

PEDRO PRADO

ALSINO

A mi querido amigo
Valentín Brandau, envío
y dedico con gran afecto.
Pedro Prado

Casilla, 3915 Santiago Nov 7/1920

5408

ALSINO

OBRAS DEL AUTOR

«Flores de Cardo» (poesías)—1908.

«La Casa Abandonada» (parábolas y ensayos)—1912.

«El Llamado del Mundo» (poemas)—1913.

«La Reina de Rapa Nui» (novela)—1914.

«Los Pájaros Errantes» (poemas)—1915.

«Los Diez» (poema)—1915.

«Ensayos sobre arquitectura y poesía»—1916.

«Alsino»—1920.

VIÑETAS DEL AUTOR

Casa Editorial "Minerva"
M. Guzmán Maturana
SANTIAGO - CHILE
MCMXX



PEDRO PRADO

ALSINO

ADRIANA: te consagro ALSINO; antes no tuve nada digno de ti. Lo dedico, también, a nuestro hijo Pedro y a sus siete hermanos menores; y perdona si aun lo ofrezco a esta vieja casa de adobes, a los árboles silenciosos que la circundan y a la torre que se eleva sobre las bodegas abandonadas.

Chacra Santa Laura, Septiembre 29 de 1920.


EX LIBRIS
PEDRO PRADO

PRIMERA PARTE

I

EN LA NOCHE

La noche cubre los campos como un agua oscura y sutil. Después de haber penetrado hasta en las últimas concavidades de las dunas, eleva silenciosamente su nivel mil veces por encima de las más altas montañas.

Una niebla delgada, que el viento empuja contra el mar, vela los contornos de las cosas y hace que ellas se compenetren.

La luna, que cae hacia el poniente, brilla pálida tras la niebla. En torno de la luna se ven dos nacarados y enormes círculos concéntricos. Alguien ha tañido esa campana de plata: son dos ondas sonoras que se propagan por los dominios de la noche silenciosa. Alguien ha arrojado la luna, como una moneda de oro, contra las mansas aguas del

infinito; su caída ha hecho nacer esos círculos crecientes y gigantescos.

El mar, convertido en una sombra sonora, canta; su voz se mezcla a la niebla que brota de su seno, a la niebla débil que se opone, sin fuerzas, al viento frío y cortante que baja de las nevadas cordilleras.

Por angosto desaguadero un lago pugna por vaciar su tributo en el mar; pero las olas, desde la muerte del invierno, han vencido y ahora elevan y mantienen una constante valla de arena. Las aguas del lago, buscando cumplir con su destino, se filtran calladamente; pero van con tanto despacio, que se espesan y pudren, y las innumerables fosforescencias que vagan en la noche como fuegos fatuos por encima de los pantanos, juegan y danzan sobre ellas como niños alegres y caprichosos. Más allá del desaguadero el lago es puro y transparente. Cerca de los trémulos pajonales, y en un sitio que nadie conoce, los flamencos, sentados a horcajadas en sus altos nidos de barro, empollan y duermen. Los huillines, que en el día pasaron en sus escondidos lechos de hierba, ahora aprovechan la pálida vislumbre de la luna y pescan confiados y pacientes.

Y del mismo modo que las iglesias guardan las melodías de las oraciones y de los cánticos que en ellas se elevaron, la enorme cuenca que forman las colinas que rodean el lago, está llena de una dulzura que sólo se atribuye a la placidez del agua que duerme, cuando ella está formada por los úl-

timos ecos de los melancólicos cantos de los pidenes y de todas las aves que, desde incontables atardeceres, aquí se reunen para elevar sus oraciones cuando aun brillan las últimas horas rosadas y luminosas.

Como nadie las ve, las dunas avanzan con más prisa que la que tienen cuando el sol brilla.

Hay una mísera aldea de pescadores y labriegos que las dunas estrechan contra el desaguadero, donde las miasmas se incorporan a las densas nieblas del pantano.

Las chozas, construídas con ramas traídas de la montaña, todavía no pierden sus hojas y su fragancia cuando, antes del año, ceden al peso de la arena que se ha ido acumulando contra los débiles tabiques. Entonces es preciso volver a la montaña por otras ramas y construir una nueva y pasajera morada.

Una vez, una vaca que vagaba extraviada en la noche por los arenales, llegó a este caserío. Hambrienta y ciega por la oscuridad, bajando por el declive de la duna, dió con la frágil y engañosa techumbre de una choza medio sepultada. Cuando comía con ansia las hojas secas, dentro los habitantes de la choza se santiguaban al no descifrar los ruídos extraños de la techumbre. Y cuando, al avanzar otro paso, cayó con estrépito en medio de la habitación, arrastrando consigo las ramas rotas, sus bramidos de angustia y su gran cabeza armada de enormes astas, que sacudía en su de-

sesperación, hicieron creer a los aterrados moradores en la visita del Señor de los Infiernos.

Esta noche, en cada choza también se oye un ruído. Es el chisporroteo fino y constante que hacen los granos de arena al chocar contra las hojas secas y coriáceas.

Ni por un segundo el trémolo cesa; ya es casi imperceptible como débil llovizna que se cierne y cae; ya sube de tono más y más hasta semejar el ruído de la grasa hirviendo; ya se atenúa y cesa, casi no se le oye, pero es preciso perder la esperanza de que alguna vez concluya, porque siempre hay un grano de arena que resbala.

Hacia el oriente, en la última choza, duermen una anciana y dos niños.

Uno de los niños despierta y abre, abre desmesuradamente los ojos en la oscuridad. El paso de su propia sangre le finge rojas alucinaciones, apagados fulgores que él cree se desprenden de las tinieblas circundantes. El miedo le turba, cierra los párpados con fuerza y esconde su cabeza entre las mantas.

El otro niño, tal vez embriagado con el perfume violento de las ramas de boldo que forman la choza, tiene un ensueño a la vez sencillo y maravilloso. Sueña que volar es una hazaña que no requiere esfuerzo alguno; sueña que volar es un hecho fácil para todo aquel que deje su peso en tierra. Se asombra de no haber tenido antes tal ocurrencia, y una y otra vez, sólo con la fuerza de su propia voluntad, se desprende suavemente del suelo; poco

a poco se eleva, y va y viene, con rapidez, por el aire. Pasa por encima de la choza y de la aldea, pasa por sobre los montes de arena y cruza el lago a gran altura, sonriendo de los arroyos que, a la luz de la luna, vierten en él sus aguas. Desde allí se divisan tan pequeños y brillantes, que sólo parecen rastros dejados por los caracoles entre las hierbas.





II

ALSINO Y POLI

EL día que comienza aun tiene el frío de la sombra de la noche. Dos muchachos campesinos hablan, en esa madrugada, cosas incomprensibles. Las palabras que dicen salen envueltas en un blanco vapor. Están detrás de unos matorrales que huelen muy suaves con la frescura del alba.

—Anoche, otra vez, Poli, volé.

—Volaste soñando.

—Pero volé. Volé sobre la casa y el lago. Y era tan fácil, que yo me decía: mañana, cuando despierte, no me olvidaré de todo lo que debo hacer para volar.

—¿Y lo recuerdas?

—Sí. Pero parece que las cosas deben haber cambiado.

—No te entiendo.

—Mira, anoche quería volar y volaba. No hacía nada, no movía los brazos, no saltaba. Sólo quería volar y volaba; y ahora, tú ves, digo: ¡quiero volar! y no me muevo.

—¡Alsino! ¡Poli!

Se oye la voz de la abuela.

Alsino hace un gesto de inteligencia a su hermano para que no responda. Se ocultan más aun tras los matorrales.

La abuela aparece trayendo del cabestro a un caballejo mulato, de crines descuidadas, flaco y peludo.

La vieja cubre su pequeña cabeza con un gran sombrero de paja adornado de desteñidas flores de trapo y abalorios que brillan con los primeros rayos del sol. Dos trenzas escuálidas y cenicientas caen sobre sus espaldas.

—¡Alsino! ¡Poli!

A pasos lentos, seguida del caballo, que se resiste caprichoso, va de un lado a otro, buscándolos.

Los muchachos cuchichean y no responden; parece que entre ellos hay cierto compromiso.

Alsino dice a su hermano:

—Ayer le traje chilcas para que saque cerote y venda a los zapateros, y chamico para que fume todo el año. Ahora no voy.

Poli, en cuclillas, sonríe burlesco y se restrega las manos entumecidas.

La abuela se aleja refunfuñando. En voz alta profiere amenazas, que ella comprende deben ser

escuchadas. En su mal humor sacude, con una varilla, repetidos golpes en la cabeza de su viejo caballo, que se echa atrás y amusga las orejas con rabia.

Los muchachos prestan atención al ruído que levantan los cascos que se alejan. Y cuando perciben, en el claro silencio de la mañana, sonar de remos en el agua, salen de su escondrijo y ven a la abuela en el bote plano, atravesando el desaguadero. Atado con el cordel al bote, el caballo, del que sólo se divisa la cabeza, revuelve, al nadar, las aguas tersas y perezosas.

—Te digo que sí—continúa Alsino—como yo acompaño a la abuela, lo he visto tantas veces. Los pájaros grandes, cuando comienzan el vuelo desde tierra, corren y mueven mucho las alas, pero, cuando lo emprenden desde un árbol alto, apenas si dan dos o tres golpes.

Un buitre, a gran altura, describiendo un enorme círculo, avanza con rapidez, abiertas las grandes alas inmóviles. Su vuelo sereno, fácil y amplio, llena de curiosidad a los niños como si fuera la única vez que lo hubiesen contemplado.

—Algún animal muerto—insinúa Poli.

Alsino no habla, no podría hablar. Le sigue con los ojos, anhelante, fascinado. Cuando la sombra que arroja el buitre, no lejos de ellos, corre por sobre la ondulada y suave superficie de las dunas, salta gritando:

—¡Ya sé! ¡ya sé!

Y se pone como a danzar, y parece que va a llorar

y a reir. Brillan sus ojos con resuelta alegría. Poli se siente sojuzgado; y aunque pide mayores explicaciones, sin éxito, obediente, temeroso, sigue a su hermano, cuando éste lo toma de un brazo y lo arrastra consigo. Caminan corto trecho, descienden el último faldeo arenoso, atraviesan la callejuela que forman los escasos ranchos de la aldea, alcanzan la orilla del lago y se detienen, por fin, al pie de un roble.

Es un gran árbol solitario. Los últimos huracanes han tronchado una de sus ramas que cae, todavía, sobre el camino. Su forma es extraña, adusta y severa. Día y noche el viento muerde su escaso follaje. La humedad ha hecho crecer, en las rugosidades de su corteza, grandes escrecencias amarillentas y duras.

—¡Mira!—explica Alsino y sacude a su hermano, mientras le echa, sobre el rostro esquivo, el aliento quemante de su certeza de poseído.

—¡Mira...! Volar...Oh! Espera...Para volar...

Y sus palabras se precipitan, sus explicaciones vuelven sobre sí, se confunden, se embrollan y se hacen dolorosas hasta que el frenesí creciente le ata la lengua y lo ahoga en un tembloroso silencio. Cuando logra desembarazarse, por sólo un segundo, de su terrible mudez, grita oscuramente.

—Ven! ¡Sube! ¡Ven!

Poli trémulo, avasallado, sonríe con un terror naciente, que no logra impedir el que obedezca ciego.

Trepan por la rama rota hasta llegar a su arran-

que en el tronco. Apoyándose en los hongos duros, en las ramas débiles, en no importa cuál saliente, suben con dificultad, pero sin vacilaciones. Y a medida que suben comienzan a reir. Poli principia a convencerse. Alsino, lleno de ardor, va e primero. Cuando vuelve e inclina la cabeza, mirando hacia abajo, Poli exagera sus ánimos y le exige subir cada vez más alto. Divisan, muy arriba, una rama que avanza lateralmente, alejándose del macizo de la copa. A ella se propone llegar.

Ascienden y ascienden. En sus cabelleras negras y espesas se pegan telarañas cubiertas de polvo y se clavan ramillas y hojas secas. Con las manos y los pies magullados, y con nuevos jirones en sus viejas ropas, llegan al sitio previsto. Avanzan caminando sobre el gancho que se extiende horizontalmente, apoyándose en la ramazón vecina. Cuando les sorprende un espacio libre, lo salvan con resolución y rapidez. La rama oscila. Sobrecogidos, toman aliento. Los corazones golpean los pechos juveniles como si quisiesen volar. La sangre circula atropellada y hace un ruído que se confunde con el del viento de la altura que agita los últimos y escuetos varillajes. Ese hálito frío seca rápidamente el sudor de sus rostros.

Muchas veces ellos han trepado a cerros más altos que ese roble, muchas veces han buscado en otros árboles nidos ocultos; pero nunca se han visto suspendidos, a tal altura, sobre algo tan frágil. Nada más que aire en torno. Las mismas oscilaciones de la rama tienen algo de un vuelo que

se inicia. ¡Y qué delgado y débil es el aire! Hasta las leves hojas que se desprenden lo atraviesan. Los ojos no lo ven, no lo pueden ver. Las miradas que lo buscan, sin advertirlo, lo traspasan y sólo se detienen cuando tropiezan en alguna cosa que está detrás de él.

Poli sufre de una incomodidad creciente. Un vértigo lo embriaga, y se inclina. Asustado, se sienta a horcajadas en la rama, y cierra los ojos para no caer. Así se cree más seguro; pero le turba el extraño peso de sus piernas que cuelgan sobre el abismo.

—¡No mires abajo!—le grita Alsino. Mira lejos y no caerás!

Entonces observan el círculo del horizonte.

Se ve, allá distante, otro lago y, entre ambos, una pradera verde por la que ondula un camino.

—¿No es la abuela?

—Oye, Poli, allá va la abuela.

—¡Abuela! ¡Abuela!—gritan con alegre desprecio.

En la orilla opuesta, y al extremo del desaguadero, hay otro villorrio. Es el puerto de Llico; bien lo conocen los niños. Detrás de él, por entre las últimas ramas de la copa, divisan lomas rojas y desnudas con algunos eucaliptus negros; al frente, las interminables dunas cenicientas; y, más allá de las bodegas abandonadas, el mar azul y solitario. Se distinguen las blancas espumas de las rompientes y las gaviotas que vuelan sin rumbo.

Alsino mira a lo alto del cielo, ahora empañado por nubecillas largas y débiles que esfuman el sol.

Busca con los ojos el buitre; pero éste ha desaparecido. Poli, libre del vértigo, ha quedado como marchito, trémulo y vacilante.

Y cuando su hermano lo anima, indicándole cómo debe abrir los brazos y tomar las alas de la chaqueta, dice:

—Por qué no volamos hacia el otro lado; abajo hay arena.

—No; allá no!—replica Alsino.—No hay bastante altura; no tomaríamos aire. ¿Qué? ¿Tienes miedo?

—No, pero...

—Te digo que yo sé como se vuela. Me acuerdo, ahora, claramente de todo lo que hice anoche.

—¿Pero no decías...?

—Yo no he dicho nada, nada ¿entiendes? Espera. Ya verás cómo se vuela.

Tomando con las manos los faldones de su chaqueta, y abriendo los brazos, forma algo así como dos alas improvisadas. Y pálido, sonriente y confiado, sin quitar la vista del lejano horizonte, de un salto, y moviendo los brazos, se lanzó al vacío.

Pero si una de sus manos se agitó intrépida y libre, ansiosa de vuelo, la otra, trémula y crispada, en el último instante, se aferró, con fuerzas, de una rama vecina.

Pendiendo del brazo a medio descoyuntar, tal un triste guiñapo, convulso como un ahorcado, Alsino lanzó espantosos gritos roncos e incomprensibles. A duras penas consiguió enlazar con

sus piernas, en una de sus contorsiones, la rama firme.

Poli, paralizado por el terror, miraba mudo, atónito.

Como sonámbulos, los muchachos comenzaron el descenso, desgarrándose las carnes contra la áspera y nudosa corteza. Bajaban rápidos, sin reparar en cosa alguna, huyendo enloquecidos. Al llegar a tierra, como Alsino pareciera desorientado, y echase a andar hacia la laguna, Poli lo tomó cuidadosamente de un brazo, escogiéndole la parte más suave del sendero.

Una angustia terrible y creciente comenzó a dominar a los dos hermanos. Sollozos incontenibles, al sacudirlos, desviábanlos del camino, y lágrimas abundantes tejieron un velo que les impidió ver. Detenidos o dando tropezones, como ebrios, avanzaban penosamente.



III

LA CAIDA

DESDE los maizales y viñedos que rodean la Huerta del Mataquito, por ambas feraces riberas del río, hasta Licantén; desde la miserable Caleta de Iloca, a todo lo largo de esa costa escarpada, batida por un mar siempre solitario, hasta las salinas y lagunas de Boyeruca y Bucalemu; por las risueñas aldeas de Alcántara y Paredones, y otras más, de tierra adentro; en los caseríos que se extienden a orillas del estero de Las Garzas y de tantas otras aguas puras y tranquilas; desde el Alto del Perdiguero a la Puntilla de Hidalgos, y más allá de la sombría quebrada de los Galaces; desbordándose por todos los caminos que cruzan la cuesta de La Lajuela, y las peligrosas Sierras de Colhué, corre la fama de la vieja médica de Los Conchas.

En su abandono de todo el verano, mientras los padres de los muchachos trabajan en las salinas de Bucalemu, sólo en Alsino tiene la abuela ayuda. Es él el que la acompaña a buscar hierbas medicinales que venden, después, en los pueblos vecinos, o guardan en casa para recetar a los numerosos enfermos que acuden atraídos por el renombre creciente de la vieja curandera. Y ojalá la anciana no contase sino con la compañía del menor de sus nietos; porque cuando llegan su hijo y su nuera, han de pasar borrachos un día y coléricos el otro, y entonces vienen las palabras ruines, los trabajos y malos tratos, y el largo padecer en silencio.

Llámanla vieja bruja, y, porque la creen poderosa en sortilegios, esperan algo de ella; y, como la temen en maleficios, fraguan, borrachos, su muerte. Cuando están así, perdidos, la abuela tiembla y se aleja acompañada de Alsino.

La abuela una vez, mientras por los caminos llevaba a su nieto a la grupa del caballo, exclamó:

—Como hijo de borrachos, eres triste, Alsino, y como eres triste, te quedas pensando! No todos los hijos de borrachos son así; tu hermano es callado. Poli es torpe y flojo. ¿No se pasa los días tendido en la arena, durmiendo? Tu hermano duerme las borracheras de tus padres. Cuando a ti te engendraron, ellos estaban en el comienzo de esa mala vida y quizá todavía tuvieran fuerzas de vergüenza. Recuerdo que entre sí se culpaban, y la ira de ellos era por desesperación. Querían ser otros de lo que iban siendo. Tú heredaste su tristeza y los deseos

de salir y de cambiar. ¿No andas, tú, Alsino, queriendo ser como los pájaros? Pobre niño; bebiste en la mala leche de tu madre las visiones de sus borracheras!

Tarde vuelve la abuela del pueblo vecino, a donde fué a vender pacientes encajes y remedios milagrosos. Vuelve fatigada por su vejez y por la vejez de su caballo. Todo es mal humor en su bestia, y caprichos repentinos, y tropezones peligrosos; y todo en ella despierta una furia ciega, y un maldecir, y un menudear varillazos por la cabeza y por todo el curtido cuerpo del caballejo. Entra ya la madurez del verano. Alsino y Poli pásanlo errantes en busca de moras y de nidos de pájaros. Hacia el lado del mar se levanta una niebla espesa; el sol se ve rojo y sin brillo. Antes de tiempo ya la noche y el frío avanzan, rodando, por las dunas interminables y por las desoladas colinas. Más claridad parece venir de la laguna que del cielo. El frío fulgor de las aguas guía la marcha de la viajera.

La yerma soledad, que acrecienta la llegada del viento de la noche, va poniendo paz entre la abuela y su caballo; y aun cuando ella no profiere ninguna palabra amable de desagravio, ambos, ante el desamparo que los circunda, se sienten solidarios. Así lo da a entender el aspecto del caballo, caminando resignado con la cabeza baja y el pelaje

erizado por el viento, y el de la vieja, silenciosa, arropada en su pañolón, trémulas las flores descoloridas de su sombrero y las trenzas flacas y cenicientas.

Callados y friolentos, siguen por la orilla del desaguadero, cuando el caballo endereza las orejas y se detiene, intranquilo, resoplando. Vuelve la ira a reemplazar la fatiga de la abuela, y furiosos varillazos y maldiciones caen sobre la cabezota del terco animal.

Creyendo oir un quejido, la abuela interrumpe su castigo. Bajo el roble solitario que crece a la entrada del pueblo, un pequeño bulto se agita y gime.

No pudiendo conseguir que su caballo avance, la vieja se desmonta. Tirando fatigosamente de las bridas se acerca al roble.

Un paso más, y da un grito y suelta las riendas del caballo que escapa hacia el pueblo con su trote arrastrado y cansón. Implorando a grandes voces auxilio, la anciana tan pronto se hinca, llamando a Alsino, allí tendido, como se pone de pie, pidiendo ayuda a todos los santos.

El pueblo está cerca; pero las voces de la abuela son débiles, y el viento que viene del mar, deformándolas, las hace bailar y lleva, en ronda, hacia la laguna.

Con Alsino en brazos, las piernas flácidas, trazando surcos en el sendero arenoso, la abuela arrastra penosamente el cuerpo de su nieto. Los pro-

fundos quejidos del niño ponen fuerzas en el desfallecimiento de la anciana.

Nada temáis ahora, hierbas medicinales, que vivís en el silencio de las campiñas. No irá en vuestra busca la vieja bruja, porque cada día enceguece más y más y comete, entre vosotras, grotescas confusiones. No irá, tampoco, el muchachuelo de Alsino que os perseguía sin descanso. El muy loco ¿no ha persistido en volar?

El chequén, desde hoy, guardará para sí su savia, y no para los ojos enfermos; el jugo blanco de la pichoa no irá a quitar verrugas de las manos femeninas; madurarán en paz los frutos del hinojo, sin temer que las madres entristecidas busquen en ellos remedio para sus pechos exhaustos; y el inocente quilmai no andará mezclado en uniones clandestinas, ayudando a las mozas a perder el fruto de amores veleidosos.



IV

JOROBADO

VEN acá, Poli. Tu hermano duerme. Déjalo! Te digo que vengas! Dí, confiesa, ¿tú lo acompañaste? Todo el día has pasado, afuera, huyendo. Nada temas; acércate. De veras, créeme, no te haré nada!

—No mamita, yo no lo acompañé. Es decir, sí; pero no esta vez.

—¿Qué dices?

—El otro día, sí, lo acompañé; y trepamos al mismo roble para volar.

—¿Para volar?

—Yo tenía miedo, y Alsino, no; pero él, al dar el salto, de una mano quedó tomado del árbol; por eso no pudo caer. Ahora no lo acompañé; no quise

acompañarlo. Todos los días ensayaba en las dunas. Un día voló un poco.

—No mientas, chiquillo; no mientas!

—Sí, mamita.

—Tú sueñas. ¡Cómo puede haber volado!

—Alsino me llamó y fuimos a la parte más alta de un cerro de arena que el viento ha carcomido en arco de media luna. Desde allí saltó al aire y dijo que casi había volado. Y fué cierto. Cayó muy despacio. Quise yo hacer lo mismo, y me dí un gran golpe, y la boca se me llenó de arena, y todo el día estuve mascando granitos duros que crujían.

—Calla! Parece que tu hermano llama.

La abuela y el nieto entraron al rancho.

En un camastro, Alsino gemía.

—¿Qué tienes, niño?

—Mamita ¿qué ruído es ese?

—¿Ruído? no hay ninguno.

—Lo oigo sin cesar.

—Será la arena que se cuela a través de las rendijas. Pero ¿es posible que la oigas? ¿Ves? por allí entra.

Un hilo de arena penetraba silencioso y blando. Formaba un montecillo inestable que crecía hasta ahogar el chorro; de pronto, calladamente, se derrumbaba el montecillo y el chorro continuaba fluyendo inagotable.

—No es la arena la que oigo; es un campanilleo.

—Ah! niño; tienes razón; acaban de pasar dos

tropillas de mulas de las salinas. Las yeguas madrinas hacían sonar los cencerros.

—No, no es ruído de cencerros. A veces el murmullo parece que viene de fuera; pero, después, viene como de dentro.

—Algún pololo habrá sido, hijo. Déjame ver, que esos animalitos hacen gran daño en el oído.

—No, mamita; no es en un solo oído, es en los dos; penetra y suena muy adentro de mi cabeza, y a veces, dijera, que corre por mi cuerpo. Son como campanillas, muy pequeñas y distantes, que se llevaran sonando y bailaran. Si cierro los ojos, comprendo que están muy lejos; pero siempre, siempre dentro de mí.

—Ay! hijo.

La abuela, inclinándose temblorosa, piensa en que pudiera ser el campanilleo de la muerte. Sabe que cuando la muerte se acerca, se escucha un tintineo débil y persistente.

—Quisiera levantarme y salir—exclama inquieto Alsino. Me vienen deseos terribles de correr y correr. Correría cada vez más lejos, por toda la vida. Ah! sí.

—Tranquilízate, niño; es la fiebre. Ya pasará. Poli, trae la olla.

Un oloroso cocimiento de hojas de huingán puso la abuela en la espalda y el pecho del niño enfermo.

—¿Te alivia?

—Sí, pero siempre me duele.

—¿No te gustó ser loco? Te has torcido el espinazo y vas a quedar curcuncho para toda la vida.

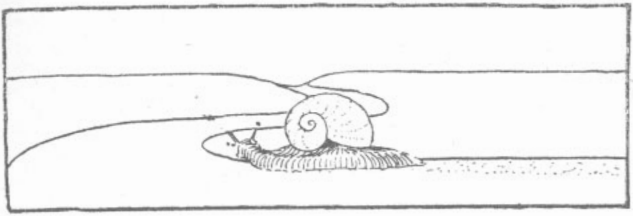
—¿Quedaré curcuncho? dices.

—Sí, niño; pero muy poco, nada casi. Bendigamos a Dios que no te mataste.

—Ay! ¿cuándo podré levantarme?

—Ni pienses en ello. Cállate! Duerme!

Cuando la abuela y Poli lo creen dormido y salen y cierran la puerta, Alsino lleva sus manos a la espalda y, bajo el paño caliente y húmedo, por sobre las hojas de huingán adheridas a su piel, se lleva largo rato, dificultosamente, palpando su espalda hinchada y dolorida.



V

LA FUGA

ALSINO en el rancho, a la caída de la tarde, salta del lecho como presa del delirio, y gesticula y habla atropelladamente.

—Estoy solo, pero volverán pronto. Han ido por agua. Poli golpeaba su tarro vacío como un tambor, más todo el ruído posible no apaga este otro que crece en mí y me recorre como un calofrío. Llega a mi cabeza y pienso y deseo cosas que nunca imaginara; llega a mi lengua y no puedo impedir que hable, hable y hable. Todas las palabras que antes escuchara, o leyera en la escuela, acuden y piden que las pronuncie. Todas piden lo mismo. Y si el calofrío llega a mis piernas, mis piernas se agitan impacientes.

¿Cuándo me vestí? No lo sé. ¡Dios mío! Pero

¿qué es esto? Mis brazos trabajan libres de mis mandatos. Cómo puede mi abuela decir que estoy enfermo? Mis piernas se van. ¿Dónde van? Ligado a ellas, sobre ellas voy. ¿Enfermo yo? ¿Cuándo he tenido facilidad mayor en el juego de mi cuerpo?

No, por este camino, no, piernas locas; por el sendero que orilla las dunas, por el sendero. ¡Cosa admirable, mis piernas son mías, pero no estoy en ellas! Trepado, sí, sobre ellas voy, como en un caballito lleno de voluntad. Contemplo su fácil obediencia. Avanza una y la otra la sobrepasa, y la primera llega más lejos, y siguen en competencia interminable. Sobre ellas camino ajeno a toda fatiga. Escondido en mi cuerpo, como en una casita que rueda, me asomo por las claras ventanas. ¡Qué estrañas ideas tengo! y acuden sin cesar y se atropellan. Ni sé a dónde voy, ni lo que busco. Los caminos se ofrecen y ayudan. Antes los creía inmóviles; ahora los veo ir y venir; adivino que desean que siga por ellos. Todos solicitan igual cosa. Vamos! iré contigo, viejo. Perdonad; no puedo seguir en compañía de cortos senderos. El me ofrece acompañarme más tiempo. ¿Véis aquellos cerros que ocultan el mar? Por encima de ellos me ofrece ir. No, es imposible! Pero no creáis que os dejo sin pena. Como los ríos que reparten sus aguas por canales y acequias cantoras, y van por todos a la vez, por cada uno de los caminos y senderos quisiera dispersarme. Mis ojos los recorren y vuelven con tristeza como perros inquietos que, por adelantarse a la marcha del dueño, husmeando

alegres, se extravían y vuelven rápidos y defraudados.

¿Alguien se acerca? ¿Me esconderé? A caballo en una mula viene.

Es un desconocido, un leñador quizás, viejo y serio. ¿Me saluda?

—Adiós, señor!

Ah! es verdad; es el saludo de los caminantes. Unos van, otros vienen; desconocidos y silenciosos, los viajeros, al encontrarse en los campos solitarios, se saludan y pasan.

Los pájaros huyen al oirme. No puedo callar; perdonadme! Hablando voy en voz alta, como un borracho. Y no es posible contenerme. ¡Qué cómodo es viajar así, sobre piernas entusiastas! Puedo pensar en cosas distantes y, sin preocuparme de la marcha, tener confianza en que mis ojos escogerán la mejor parte del camino; en que mis manos apartarán las ramas que se entrecrucen, y en que mis piernas se moverán diligentes e infatigables. Nunca he estado mejor servido. Me recojo al interior de mi pequeña morada y, perezoso, diría que me recuesto y dejo mecer por una paz soñolienta.

¿Qué hay? ¿Qué pasa? Mis ojos me avisan y me distraen. El sol poniente arroja contra el suelo mi nueva sombra. ¿Mi nueva sombra? Sí; ellos se han extrañado, y la verdad es que esta sombra es algo distinta de la que yo, antes, tenía. Nada traje y, sin embargo, veo por ella que llevo a la espalda la

alforja de los peregrinos. La alforja de los que salen a rodar tierras.

Mi abuela decía que en vez de deshincharse parece que mi joroba crece. Bajo mi manta ella hace un bulto pequeño. Desde hace días, cuando la toco, siento dos pequeñas cosas duras e insensibles que salen fuera de la piel. ¿Serán mis huesos rotos que asoman?

Hoy los tengo más salidos aún. Toda mi joroba está caliente y arde como un huevo empollándose. Ningún dolor tengo ya. Sólo siento en ella como una inquietud. Algo así como cuando se nos duerme un brazo: un hormigueo que corre sin descanso.

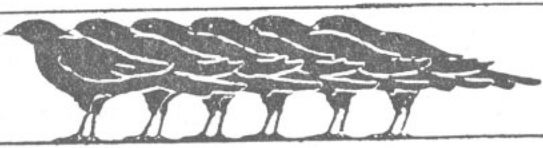
¡Cómo! ¿Ya hemos llegado a la cumbre de los cerros? Hay bruma sobre el mar. El sol rojo toca el horizonte. ¡Qué extrañas formas! ¿No parece una campana y ahora un barril? Ya es una isla toda de oro, ardiendo, y tan lejos! Ah! si pudiese ir hacia ella volando...

La noche llega sobre estas soledades; los ratones salen de sus cuevas y no me huyen. Os reconozco uno a uno árboles, matorrales y hierbas, que mi abuela me enseñó a distinguir para pediros ayuda en nuestras enfermedades. Nada temáis de mí.

Antes, sólo de pensar en los caminos lejanos, metidos en la noche, temblaba de miedo. Ahora, cuán acompañado me siento! ¿Por qué es esto? Caminaré aún largas horas; ni hambre, ni fatiga tengo, sólo la alegría de marchar, cada vez más léjos, por comarcas desconocidas que se suceden inagotables.

Viejo camino ¿vas a las salinas? No quiero ir; allá están mis padres. Pudiera encontrarlos. Buena paliza me darían. Te dejo; pero, en verdad, te dejo? Es un modo de decir; bien sé que, al tomar este otro camino que desciende a la quebrada, por ti mismo voy. Todos los caminos se unen y forman como una red sobre la tierra; por ellos circulan los deseos inexpresables.

SEGUNDA PARTE



VI

LOS TORDOS

Por una sementera de trigo, que cubría ondulados lomajes, una mañana de Enero clara y ardiente, Alsino cruzaba en demanda del agua de un arroyo que se veía resplandecer entre las sombrías arboledas de un pequeño y cercano valle.

Aires tibios, densos y arremolinados peinaban y despeinaban la sementera. Tan pronto se la veía de color pardo mate, al mostrar las espigas maduras; luego, brillante, al refulgir el sol en las pajas amarillas y barnizadas. En el cambio de color y en el murmullo que hacían al chocar las espigas sumisas, se podía seguir las corrientes del aire vagabundo. Ya encendían, en el apagado color de una ladera, un chispazo creciente y veloz de

oro vivo; ya iban, como un río de luz, en grandes y caprichosas revueltas.

Alsino admiraba el cambiante resplandor y la música de las infinitas espigas. Grandes y obscuras bandadas de tordos se levantaban a su paso, volando torpes y pesadas al elevarse ahitas.

—Eh! Tú, niño! cuidado! no espantes los pájaros.

Alsino se detuvo intranquilo.

De entre las espigas asomó un viejo, cubierta la cabeza con un pañuelo azul de hierbas. Sus ojos turbios, sanguinolentos y deshechos, se veían acuosos; grandes barbas desgreñadas, de un ceniza amarillento, rellenaban sus mejillas enjutas. Por su camiseta entreabierta divisábanse en el nacimiento del pecho, de un ocre obscuro, las culebras de las venas y los gruesos tendones descarnados cubiertos de piel arrugada y seca.

—Tengo varias ramas untadas de liga para los tordos, más allá, en el camino que sigues. Espera un rato, niño. Luego iremos a ver. ¿A dónde ibas?

—Tengo sed; busco llegar al estero.

—¿No eres de aquí?

—No—dijo Alsino.

Quedaron un momento en silencio. Al lado de una manta y de unas grandes jaulas vacías, de caña, en un saquillo mugriento, algo se agitaba.

—¿Pilló, ya, algunos pájaros?

—¿Qué?—dijo el viejo. Y luego, comprendiendo, agregó—¿Echarías, tú, los tordos en un saco? ¡Vamos! Camina!

Al hombro la deshilachada manta de color inde-

finible, las jaulas en ambas manos, el viejo antecedió a Alsino, que iba lleno de curiosidad. En un sitio donde el caminito se ensanchaba, piaban, dando impotentes aletazos, un sinnúmero de tordos, presos de las patas por la liga que los retenía fuertemente.

—Ven! Ayúdame!—dijo el viejo a Alsino.— No no los asustes. Se pueden pegar de las alas, y, entonces, no hay más remedio que arrancarles las plumas sucias. Espera! Déjame a mí solo. Estos chiquillos no saben nada!

Hablándoles con palabras entrecortadas, mitad silbos, mitad sucias interjecciones, dichas con voz irónica y meliflua, el viejo fué tomando con cuidado los tordos que picoteaban con furia sus manos tiesas y encallecidas.

—Pica, pica tordito lindo; ya verás cómo obedeces!

Con un trapo sucio, empapado en un líquido de olor penetrante, que vació de una botella, fué limpiando las patas de los pájaros. Luego parecía acariciarlos entre sus manos duras. Algo se oía crujir. Ya en las jaulas, los tordos, apretujados, abrían sus alas trémulas.

—¿Quieres llevarlos? ¿No vas al pueblo?

—¿Qué pueblo?

—¿Cómo? Ah! sí. No conoces estas comarcas, dijiste. Bien; entonces, dime ¿qué buscas?

—Nada— dijo con tranquilidad Alsino.

El viejo se detuvo y contempló al muchacho.

—Ah! Ah! Te dolieron los palos que te dió tu padre. Bonita te pusieron la espalda!

—No me han pegado—dijo Alsino.

—¿No? y te dejaron curcuncho.

—Me caí desde un árbol.

Bajaron por laderas de tierra lavada, cubiertas, apenas, de espigas dispersas, débiles y vanas. Bordeando los terrenos fofos horadados por conejos y ratones, después de cruzar los tajos profundos de varias torrenteras, por el fondo de una de ellas, donde las aguas del invierno habían descarnado agudos pedernales blancos y amarillentos, el viejo y el niño conversaban con frases incoherentes.

—Sí; se siente la necesidad. ¿No oyes? ¿Eres sordo?

—¿No oyes?—volvió a repetir el viejo.

—No, no soy sordo—dijo Alsino. Estoy lleno de ruído.

—¿Lleno de qué?

—Nadie sabe qué cosa sea. Oigo un murmullo constante. Parece que siempre, en torno mío, estuviesen hablando.

—Tú estás loco.

—Así lo creo, a veces, yo también—asintió el joven, sonriendo.

—Entonces no lo estás—exclamó el viejo, soltando una risotada.

Lejos, en el fondo del valle, humaredas grises se fundían con el aire azul que llenaba las hondonadas de los montes.

—Corta una varilla—ordenó el viejo, al pasar cerca de un árbol solitario.

Ató, luego, en ella un largo bramante. Al dar

la vuelta a un montículo, divisaron, muy próximo, un pueblo grande. Brillaban al sol techos nuevos de calamina entre pardos tejados, y un murmullo, antes imperceptible, se escuchó claro y distinto. Sonaba como un canto, y era formado con la amalgama del rodar de lejanos carros, del golpear de las herrerías, de los gritos de los vendedores, de ladridos de perros ocultos.

Por un camino orillado de altos y tupidos álamos, que rumoreaban con el viento, por la fresca sombra, oyendo el canto cristalino de las aguas corrientes, siguieron en demanda de la ciudad.

De bruces en el polvo, llenó Alsino su sombrero de agua fresca y bebió con delicia.

Alcanzaron una larga fila de solemnes carretas. Cargadas de leña de espino, recién trozada, dejaban el aire perfumado a montaña. A ambos lados del camino, ranchos cada vez más numerosos fueron apareciendo por entre los troncos de los álamos, Azules humaredas salían de los humildes hogares, y perfumes acres de fritangas avivaban el apetito de los viajeros.

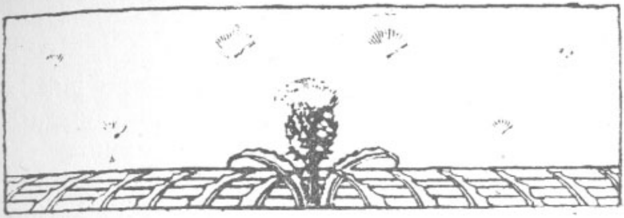
Por un suburbio triste penetraron a la ciudad.

—Adiós! ño Nazario, gritó una mujer. El viejo saludó sonriendo. Al llegar a calles más céntricas el anciano sacó los tordos de las jaulas y los dejó en libertad.

El asombro de Alsino fué desconcertante al ver que ninguno de ellos atinaba a volar. Sólo algunos corrían con las alas entreabiertas, más un seguro golpe del bramante, que formaba con la varilla

una larga fusta, al envolverse en las patas del prófugo, le dejaba preso y lo volvía al grupo.

Antecedidos por la oscura procesión de los tordos, y en medio de la curiosidad de los transeuntes que se detenían a contemplar el extraño desfile, el viejo y Alsino, instintivamente, adoptaron, al caminar, aires llenos de gravedad. Se sentían señores de esos cien vasallos que iban, como en un encantamiento, olvidados del vuelo y vestidos de ricos y negros plumajes. Reflejos azules y profundos, y brillos metálicos, despedían al sol las aves que iban silenciosas.



VII

LAS ALAS

QUE busque berros en las represas de agua clara, que corte pencas y tallos de cardo—exclama, solitario, Alsino.—De las malezas inútiles vivimos. De lo que crece en los caminos, en los pedregales de los ríos, en los cerros desiertos.

Y allá va él. Al lecho del estero se dirige.

Este viejo Nazario me busca, y yo le busco. Desde fines del verano lo acompaño, y ya llegan las primeras lluvias. Y ni él es mi amigo, ni yo me siento afecto a él. Se burla de mí, de todos y de él mismo, y yo casi no le oigo, en espera de poder valerme solo.

Aquí, en el claro de este bosquecillo perdido, donde nadie acude, quiero desentumecer mi espalda.

Fuera la manta! Fuera la chaqueta, siempre inflada por pasar colgando de mi joroba que aumenta cada día. ¡Mi joroba! Aquellas duras puntas salientes, cómo han crecido! Todos los días pensaba en ellas. Con temor pensaba. ¿Sería posible? ¡Dios mío! qué inquietud más espantosa! Por los campos solitarios vagaba con más tranquilidad; pero al llegar a los pueblos, donde vamos a vender tantas cosas y frutos extraños, qué temor de que descubriesen mi secreto! Más de una mujer triste ha pasado su mano por mi joroba, en busca de suerte; más de un infeliz, al salir de su casa y encontrarme el primero en su camino, ha sonreído lleno de esperanza. Sólo los niños y los muchachos se burlan de mí, y me hacen saludos hirientes. Pero los amantes melancólicos, los jugadores arruinados me ofrecen con sus ojos cordial acogida, mientras se acercan cautelosos a tocar lo que ellos creen de buen augurio. Mas nadie me quiere por mí, sino porque yo les hago brillar sus esperanzas! Las mozas me miran pensando en sus amores; me besarían una vez, si estuviesen ciertas de lograr, por ese medio, besar cien veces a sus amantes; y hasta los mendigos me darían un centavo si creyeran seguro el sembrar, así, para ellos, la semilla de una gran fortuna. Pero yo los huyo, los huyo siempre. Todos, entonces, se mofan y piensan que les esquivo y me alejo porque voy herido y avergonzado de mi desgracia. Ninguno sabe el miedo terrible, el calofrío de pavor que me sacude cuando, ensimismado en un rincón que creía solitario, siento

que una mano trémula acaricia, llena de fe, suavemente, mi triste espalda!

¡Oh sol de invierno! en el claro de este bosquecillo silencioso, desnudo te recibo, y veo que tu tibieza se ajusta a mi cuerpo mil veces más suave y más exacta que mi burda camisa. Eres siempre como un traje de justa medida que se amolda y ciñe uno a uno mis miembros, dejándolos abrigados y libres.

Aquí, escondido como un pájaro nuevo, quiero desentumecer mis pequeñas alas crecientes. ¡Mis alas! ¡Es posible! Día y noche ellas pasan plegadas sobre mi espalda. Mil veces me vienen imperiosos deseos de abrirlas y agitarlas al aire, lleno de deseos y promesas, de las dulces mañanas. . .

El viejo Nazario, desde que una vez vió que se movía mi joroba, malicia algo. Culpé entonces al viento que curioseaba en mi chaqueta; pero el viejo es duro de engañar. En cuántas ocasiones le he visto acercarse sospechoso! Es preciso que huya de él.

Ya a mis alas no puedo seguir ocultándolas. A menudo tiemblan y se estremecen, aunque sobre ellas pesan mi camisa, mi chaqueta, mi manta.

Y qué pena me da ver ajadas y revueltas las finas plumas grises. Con qué delicia, ahora, las extiendo lentamente y abro el varillaje de sus pequeños abanicos. Una y otra vez las cierro y las despliego; y cuando, desentumecidas, afluye a ellas cómodamente mi sangre, vibran como si pasara el zumbido del viento.

Dobléguense las hierbas débiles, vuelen y cobren vida imaginaria las hojas secas, y salga y huya de la espesura toda brizna libre! ¡Dejen su obscuro abandono inerte y dancen, y suban, y vuelen en el torrente que de mi ser, por mis alas, fluye!

Pequeñas son aún para elevar mi cuerpo; pero lo sobrado grandes para mantener lejos, en el aire, en caprichosas y febriles rondas, de hojas secas, a un vasto y palpitante enjambre.

Y también puedo haceros cantar, matorrales, arbustos y pequeños árboles! Los quilos silban, los boldos nuevos estrujan sedas, los maitenes simplemente lloran.

Ah! he aquí que en medio de la algazara aparecen plumas que un día ayudaran a volar, ahora destinadas a podrirse en la humedad. Arriba, pobrecillas! que el viento os enjute y os haga revivir, ya que para él nacisteis.

Torpemente se incorporan a la danza múltiples despojos. Vamos! a volar también!

Un vilano cobarde busca en la espesura un refugio. Roto y sucio estás, hermano, pero aun conservas tu corazón. No puedes hacer otra cosa que obedecer. Anda y vé, no temas regalarlo, que si nó él se desprenderá de ti y, entonces, volarías, es cierto, y sin temor a la menor brisa; pero ¿de qué te sirviera volar, así, toda tu vida?

Otro aparece y otro y otro. En buena hora llego y os enardezco. Me siento feliz de que todo esto ocurra. Cumpla cada cual y no rehuya su destino. Aprovechad el vivo soplo que de mis alas nace.

Os lo regalo sin desearlo. Mis alas baten el perezoso aire en calma, lo truecan en brisa suave y creciente, luego en ráfagas impetuosas. Desde los dulces vientos hasta los huracanes de tempestad, todos recuerdan este ardor que fluye de las alas y que al aire pasa. Acaso cuando ellos soplan, Dios, cerca de nosotros, invisible, vuela!





VIII

CONFESIONES DE UN HOMBRE LIBRE

En en la falda, cubierta de quiscos y matojos, de una montaña enhiesta sentados cerca de la boca de una mina abandonada, reposan Alsino y el viejo Nazario. Invisibles los valles y las tierras de labranza; en torno sólo se ven serranías agrias, calladas e interminables. Abierto el paisaje únicamente hacia lo alto, asoma, circuído de escarpadas pendientes, plantas bravas y peñascales amenazadores, el alto cielo apacible y azul, por donde bogan, como blancos peces, nubes alargadas que avanzan lejanas y serenas.

—¿No quieres ir?—dice Nazario.

El viejo espera la respuesta, y como Alsino nada dice, exclama: Cada día estás más sordo, niño. Que estás cada día más sordo!—grita.

—Ah! Sí. Es este ruído que nunca concluye el que no me deja oir—contesta Alsino.—Mi cabeza suena como un caracol. Terrible cosa! día y noche! Cada vez estoy como más lleno de voces. Hay momentos en que no cabe otra nueva. ¿Cómo oirte? Te lo he dicho cien veces.

—Bien, así debe ser; no sé de qué mal padeces; pero desde hace días sospecho que quieres dejarme solo. Confiesa! ¿No contestas?

—Para qué negar...

—¡Lo ves! Me gusta que seas así. Dos hombres libres, cuando viven juntos, se preocupan poco el uno del otro; pero al ir a separarse, se regalan con lo mejor que tienen. ¿Qué me darás tú?

—Yo? ¿qué puedo darte? Ni tú te has cuidado de mí, ni yo he reparado en ti. Tú lo dijiste primero, y es la verdad. Acaso tú me debas algo, porque me has hecho trabajar buscando hierbas en tu beneficio. Pero todo, aunque por largos meses, ha sido llevadero. No te conozco aún; mas sabes tales argucias que, sin hacerme bien, a menudo me has hecho reir y pensar, y ya es algo.

—La verdad es, Curcunchito, que yo te tengo cariño—dijo el viejo.—El hombre más libre gusta de despertar admiración, y acaso porque tú ibas a reparar en lo que hacía, realicé mil triquiñuelas. ¿Buscaba retenerte? ¿Valerme de ti? No lo sé bien. Ahora te convido a bajar al valle que está tras de esa última cuesta. Mañana, en la tarde, a la caída de las oraciones, estaríamos allá. Eres joven; piénsalo bien! Te repito que es un hermoso lugar,

lleno de mujeres preciosas, hijas adulterinas de grandes señorones de la comarca. Con decirte que sólo el dueño de la hacienda de «El Olivar» tiene veintidós carreteros, todos hijos suyos.

Alsino sonreía irónico.

—¿No vienes?—Y tomando al azar dos piedras de la mina abandonada, agregó—Al menos, sigamos hasta el portezuelo. Llévame hasta allá estas piedras. Son pequeñas, nada pesan. Haré con ellas, aunque sólo sea por pocos días, feliz a un ambicioso, y yo tendré donde comer y dormir en paz por una semana. ¿Sonríes? No es engaño. Tú tienes todavía unas ideas inútiles. ¿Acáso una mina no vale nada? ¿Nada una esperanza de oro puro? ¿Cobro muy caro por vender ésta, al precio de una cama sucia y restos de comida, que sólo robo a los perros?

Por el camino van ahora el viejo y el joven. Aunque toman por atajos para abreviar las largas revueltas innecesarias, sienten cuán poco avanzan al ir por entre las enormes y quietas montañas. De vez en cuando conversan, con largos intervalos, en voz baja, palabras interrumpidas que más bien se adivinan que se oyen.

—¿De veras?

—Sí; quisiera saberlo.

—¿Y por qué no? Te explicaré todo.

—No olvides lo de los tordos. ¿Cómo puedes amaestrarlos con sólo poner las manos en ellos?—dijo Alsino.

—¡Niño inocente! ¿No adivinas? Si los acaricio

es para zafarles un huesito del ala. Algunos, muy pocos, quedan, al comienzo, adoloridos y permanecen con las alas entreabiertas; después nada muestran. Les doy libertad al llegar a los pueblos y ellos, que sólo pueden andar, andan y corren dando saltos. Y las gentes que los observan dicen: si no vuelan es porque están amaestrados. Y como es ya mucho milagro que un pájaro muestre sus alas y no vuele, nada de extraño tiene si imaginan que esos tordos saben, también, muchas otras cosas.

—¿Les quiebras las alas?

—No, se las zafo, un huesito... Te enseñaré a hacer liga de quintral para que los caces.

Ah! y mira, Curcunchito; fíjate en que los pájaros gustan del fruto del quintral, y ellos mismos son los que llevan las semillas a otros árboles, y allá prende el quintral, y arruina al árbol del cual vive. Es una planta endemoniada; tiene hermosas flores rojas que las mujeres buscan y venden a buen precio en las ciudades. Es así que a todos por un lado hace bien y por el otro mal. Sí, Curcunchito; diablos! la vida es difícil; pero no tanto para los hombres libres.

—Si es así—dijo Alsino—¿por qué donde quiera que vamos has de robar algo?

—Pues, por eso mismo, hijo de Dios. No sabes que los posaderos calculan sus precios teniendo en cuenta los robos que unos u otros viajeros van a hacerles? Si nadie les robara, ellos robarían, entonces, a todo el mundo; y para librar a los demás de ese mal, y para dar también a esos posade-

ros un gustazo después de un mal rato, les robo. Sabe que si ellos claman contra los ladrones, en su interior, después, sonríen satisfechos de su inteligencia, al recordar que todo, hasta los robos, lo tenían previsto. Haciendo bien a tanta gente ¿no merezco yo cometer una acción sencilla que si me beneficia, trae, en cambio, tan general equilibrio?

—¡Si todo el mundo se hiciera esas reflexiones!...

—¿Quieres callarte? Yo procedo de acuerdo con lo que sucede y no con lo que pudiera suceder. He ahí una costumbre sensata. Porque son pocos los que roban, hago yo un bien robando lo que para ese objeto estaba destinado. ¿Comprendes? Para qué explicar esto cuando si todas las gentes lo rechazan de palabra, lo aceptan al proceder...

¿Confesarías tú, Curcunchito, que has comido ratones de campo? Nunca! Qué asco, dice la gente; pero si un atrevido afirma, sin temor, y con ánimo de imponer su convicción, que los ratones de campo, los cururos o, mejor aun, los tuco-tuco, son buenos; tú, que guardabas ese secreto, tímido como eres, es posible que entonces lo confieses y te pongas de su lado. Y cuántos hemos comido, niño! ¿Verdad que cualquiera de ellos tiene carne más fina que los conejos? Como que son más hábiles y conocen las raíces dulces.

Acariciaba el viejo un saquillo que llevaba colgado al cuello. En él un quique prisionero, animalito que es el terror de los ratones, se estremecía al conocido roce de la mano, creyendo, tal vez, que le iban a pedir, una vez más, sacase de sus

cuevas a los pacíficos ratones campesinos, ratones pardos de colas largas como pequeños escobillones.

Por largo tiempo los viajeros siguieron mudos. Sólo muy de tarde en tarde asomaba, en palabras, ya en uno o en otro, el curso interior de meditaciones aisladas, vagas e intraducibles.

—¿Qué?—preguntaba entonces el viejo.

—¿Quién?—averiguaba Alsino.

—Sí ¿qué decías?

—Yo no he dicho palabra.

En realidad eran como exclamaciones.

—No puede ser, es imposible...

¿A qué se refería el viejo?

Alsino, inquieto, prestaba atención; pero Nazario no agregaba otras palabras explicativas.

Ascendían hacia el portezuelo. Una enorme grieta, que ocupaba a lo largo el camino, los obligó a ir por el borde peligroso que daba hacia la quebrada. Una quebrada profunda cubierta de bosques. Era ya tarde. Todas las laderas de los cerros estaban en sombra. Uno que otro alto picacho recibía los rayos cárdenos del sol oculto. Ligerísimas nieblas nacientes comenzaban a velar la oscura sima desde donde ascendía un hálito frío y oloroso. Muy abajo, un ave de rapiña volaba solitaria; y cantos breves y tristes de pájaros invisibles, levantaban ligerísimos ecos que se disolvían, débiles, en los vastos aires de esa soledad. Sólo el lejano y cristalino rumor de las aguas de un torrente oculto, persistía imperturbable, pareciendo hacerse más sonoro a medida que las sombras avanzaban.

—Cuántas cosas, Curcunchito, pudiera haberte enseñado. ¿Sabes convertir monedas sucias en sortijas brillantes y aros de plata? ¿Qué debes hacer para que tu jilguero gane en las carreras en que se apuesta a cual de las aves da más cantos o repiquetes de llamada en menos tiempo? Muchas otras cosas pudieras saber; cosas pequeñas, sí, pero que bastan para que vivan gentes libres, como nosotros, que se contentan con poco.

Llegaban a la parte más alta del camino. Algo más abajo éste se bifurcaba. Uno se dirigía al llano distante. Desde la altura, el valle se veía dividido por lindes de zarzamora y alamedas desnudas, en pastales verdes y potreros pardos recién arados. La noche comenzaba a velarlo con las primeras neblinas. Un caserío, al pie de las azules y oscuras montañas del norte, se denunciaba por pequeñas y cristalinas luces. Sólo en el cielo del poniente, y en los lagunajos que dejaron los últimos aguaceros, brillaba una fría claridad amarillenta.

El otro camino, siempre a gran altura, seguía a media falda de los cerros para después internarse en nuevas serranías, llenas, a esa hora, de una apariencia inquietante.

—¿Será seguro ese camino para que vayas por él de noche?—preguntó con sorna el viejo Nazario.

—Tú debes saberlo—dijo Alsino.

—Esta región tiene malísima fama, y si algunos desalmados se encuentran contigo, de seguro, al verte en la oscuridad, van a creer que llevas un

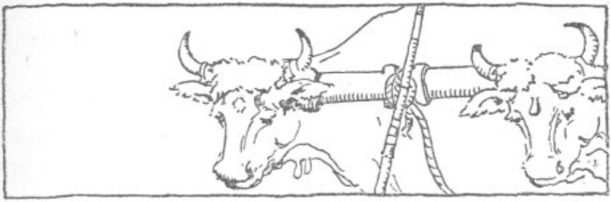
saco a la espalda. Por quitártelo serían capaces de todo.

—No tengo miedo—dijo, con naturalidad, Alsino.—Buscaré un rincón cualquiera para dormir. Aquí tienes tus piedras.

—Mira, Curcunchito, antes de separarnos, déjame darte un último consejo. Cuando encuentres en tu camino hombres desconocidos, ten cuidado si son solícitos y se ofrecen, risueños, a acompañarte. Desconfía! pueden ser ladrones. Toma por compañero improvisado de viaje a aquel que reciba tu ofrecimiento con mayor turbación y temor. El, a su vez, teme que tú le robes. Pero como nada de eso sucederá, tú, indirectamente, al fin del viaje, le harás ver que sus sospechas te han herido. El, entonces, tímido, no sabrá donde ocultarse, y para escapar pronto a su vergüenza, te dará más de lo que tú le hubieses podido robar. Y con la agradable consecuencia que donde le encuentres huirá de ti, lleno de confusión. Esto es muy de desear, porque un buen compañero de viaje es, a menudo, un estorbo en la ciudad. ¡Adiós, Curcunchito!

Alsino rió regocijado de tan peregrinas advertencias.

Desmañadamente, y sin otras exteriores demostraciones, se despidieron el viejo y el joven. Al proseguir solos, cada cual por su camino, comenzaron a sentir ligera desazón, que aumentaba con el silencio y la oscuridad de la noche naciente.



IX

REVELACION

CON la última moneda compró un trozo de pan, y salió del villorrio. Ya en los afueras, no pudo reconocer, en el hilo de agua sucio, cenagoso y callado, al alegre arroyuelo del que más arriba bebiese.

Metido entre áridos lomajes, que las lindes de las heredades cruzaban, dormía el pueblo hosco y misérrimo. Veíanse arboledas achaparradas; ranchos negruzcos y ruinosos; construcciones mayores, que no llegaron más allá de paredes de adobe a media altura, carcomidas de lluvias y de vientos, fatigadas de inútiles esfuerzos, desplomándose. Asnos, chanchos y gallinas, vagaban escasos por las callejuelas torcidas y desiertas.

Novicio en soledad, Alsino no sabía amarla con-

tinuamente. El lastimoso aspecto de ese lugarejo le trajo mayor angustia.

Unos muchachos, jugando con una rústica carreta fabricada con un cajón viejo y unas ruedas llenas, formaban gran algazara al permanecer atascados en los profundos carriles pantanosos que había en el camino antes de que éste iniciara el repecho.

Alsino, curioso, se acercó a ellos. Tres muchachos, enjaezados como caballos, forcejeaban desesperados. El que en el interior del cajón hacía el rol de cochero, no dejaba en paz la huasca.

Un mocetón, que venía con una yunta de bueyes, arrastrando ramas traídas de la montaña, al ver obstruído el tránsito, se detuvo. Con la aijada enhiesta, delante de los bueyes, afirmado en el yugo, aguardaba molesto.

—Que les ayude el curcuncho!—gritó.

Aludido Alsino, de buenas ganas se dispuso a prestar auxilio a los muchachos. Diéronle el sitio del caballo de varas.

De un vigoroso envión, pudo sacar del atolladero una de las ruedas, y ya de por medio su amor propio, logró sacar la otra.

Al trote, cuesta arriba, iba arrastrando el carretón. Los chiquillos, felices de encontrar tan buen caballo, gritando alegres quisieron, todos a la vez, meterse dentro del vehículo.

Como Alsino con tamaño peso pudiera apenas seguir cuesta arriba, comenzaron a propinarle de-

nuestos groseros, y golpes con los terrones que tenían a mano.

Acezando se detuvo el jorobado. El carretero, que iba a la siga, unió sus gruesos improperios a los de los muchachos impacientes. Envalentonados éstos, escogieron piedras en vez de terrones, y los menores, saliendo del carretón, petulantes y provocativos, se acercaron al caballo mañoso, dándole con la huasca por las piernas.

Extrañado y molesto, logró coger Alsino a uno de ellos por el brazo, y se lo apretó con fuerzas. Púsose el chico a berrear desesperado.

—Eh! Eh! anda curco!—gritó el carretero, dándole con la aijada un fuerte puntazo en las espaldas.

Alsino, dolorido y colérico, al sacarse con rapidez los improvisados arneses de cordeles, enredó en ellos su poncho, y, por zafarse de algo que lo embarazaba, se despojó, a la vez, de todo estorbo, quedando desnudo con sus alas vibrantes en ira. Espantados huyeron los muchachos. El carretero, atónito, como quien ve al diablo, dejó caer la aijada y escapó veloz.

En su persecución fué Alsino corriendo y agitando sus alas. Pero como si se mantuviera en un gran salto continuado, notó, de pronto, que sus pies no tocaban tierra. De trecho en trecho, breves, fueron repitiéndose sus primeros vuelos.

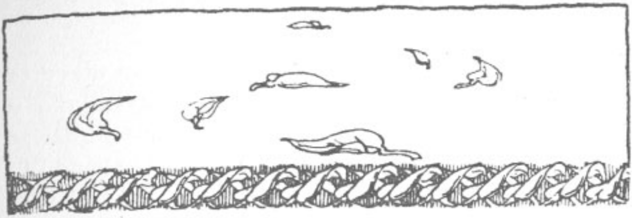
Tan grande impresión recibió ante el nuevo poder que se le revelaba que, olvidado de ofensas de carreteros felones y haraganes crueles, intentó emprender un vuelo mayor y libre; mas estaba

tan fatigado, que apenas si por un corto instante se desprendió del suelo.

El estruendo que hacía su corazón, aleteando en su pecho, era el de las aves bravas cuando se debaten furiosas en su jaula. La sangre que de ellas, entonces, mana, parecía ser la que cegaba a Alsino con un velo rojo.

Tambaleándose como un ebrio, volvió adonde quedara abandonada la carreta de los niños. Desenredando su poncho, con él otra vez cubierto, no dudó en escoger un atajo que se dirigía a la montaña solitaria.





X

UN REFUGIO EN LA NOCHE

POR lomajes y serranías abruptas, dominando, a veces, horizontes abiertos sobre valles brumosos; bajando a las aldeas y caseríos de puertas cerradas y ojos inquisidores; donde se oyen voces de mujeres ocultas que amenazan, lloros de niños y cantos de gallos que anuncian el paso del tiempo; por caminos llenos de barro, entre paredones ruinosos e interminables, con álamos tronchados y tristes que renuevan en el extremo de los muñones sus débiles varillajes; por anchos cauces profundos y estériles de ríos muertos; atravesando torrentes impetuosos y turbios que pulen piedras o cristalinos esteros que se deslizan silenciosos por blandos lechos de arena, entre árboles quietos y sombríos; por todas partes, durante largos días, ha vagado Alsino.

Si baja a los pueblos es para volver, con mayores ansias, a las solitarias montañas. Allí tranquilo y confiado puede desplegar sus alas y contemplarlas y acariciar las finas y suaves plumas. Y cuando le acontece, de improviso, al subir a un elevado sitio, divisar en lontananza el asombro que trae la visión repentina y olvidada del mar, del mar inmenso y resplandeciente, le sacuden temblores de locura y llora de no poder aún volar y obedecer al llamado que para él parece venir desde la más inconcebible lejanía.

En casas abandonadas de campesinos a quienes hicieron huir salteos o maleficios, entre matorrales de quilas espesas o en esas grutas que hasta las más severas de las montañas ofrecen, Alsino busca abrigo en las frías noches del otoño. Ahora está en una de ellas: una cueva escondida entre los árboles. Afuera, en el cielo nocturno, lleno de nubes negras que pasan veloces, se ve como huye poseído de terror el cardumen de las claras estrellas. Pasan de una nube a otra, ocultándose como pececillos de plata enloquecidos por un trágico aviso; y aunque toda la noche interminable nadan con igual frenesí, lejos de ir avanzando, la fuerza invisible del río de obscura eternidad que buscan remontar, los vence y los oculta y los arroja, lentamente, trás de las montañas que se ven hacia el sitio por donde el sol se puso. Alsino contempla las palpitantes estrellas, y al esconderse derrotada alguna por él preferida, que siguió con la vista hasta el borde de la sierra, vislumbra, al avanzar rápidas

las nubes en esa dirección, que las montañas, de pronto, se deciden y salen a su encuentro. Las nubes, asombradas, se detienen. Y en medio de un silencio desconcertante, las montañas, solemnes, arremeten y galopan.

Embelesado contempla Alsino la grandiosa y callada batalla. ¿Quién creerá después en sus relatos? A esa hora los leñadores y carboneros que pudiera haber en los bosques, duermen fatigados, y si alguna partida de bandidos aprovechando las tinieblas de la noche, busca valerse de ellas para escapar sin peligro del sitio de sus hazañas, ningún bandolero tendrá el ánimo dispuesto para observar tan extraño espectáculo. ¿Y quién es aquel que viviendo entre montañas se ha dado cuenta, una vez siquiera que, en noches de nubes enloquecidas, las montañas solemnes y calladas, majestuosas, vuelan?

Soplos de vientos bajan y estremecen los árboles. Las aves despiertan y pían. Alsino busca el abrigo de la cueva. Tras él entra una procesión de hojas secas. Las que en el interior, agrupadas en el rincón más oscuro, dormían, se contagian con la alegría que traen las nuevas compañeras, y en el fondo de la gruta se arremolinan y rozan, ebrias, el cielo de roca.

Más de una, en su apresuramiento, al entrar, no evita la pequeña fogata que encendiera Alsino y se chamusca y muere como una mariposa.

Alsino ese día ha recorrido leguas, ha comido sólo frutos silvestres y siente que el sueño, suave-

mente, lo rinde. Cuando busca dormir en el lecho de hojas secas, éstas comienzan, de nuevo, a danzar en brazos de vientos galantes que vienen a convidarlas. Y bailan hasta sobre el cuerpo y el rostro de Alsino que, con tales caricias, no puede conciliar el sueño.

Por un instante no sabe si es fantasía o realidad; pero el murmullo creciente y continuo que lo persigue, desde su aventura con los muchachos, a ratos como que se aclara y convierte en palabras. Ahora escucha anhelante. ¿Son las hojas las que hablan? ¿Es posible? Sí; parece que son las hojas, y el viento, y las rocas, y el agua que se filtra gota a gota, y el fuego que aun arde afuera.

—¿Sois vosotras las que habláis, hojas?—pregunta, trémulo, Alsino. Al oir la voz, una gran zozobra detiene la zarabanda.

Las hojas, inmóviles, escuchan.

—Ah!—dice, feliz, Alsino.

—¿Quién es?—indaga una vocecilla.

—Es el hombre que ha entrado en la gruta—contestan varias.

—Sí, es el hombre, hojas y demás invitados a la fiesta. ¡Oh maravilla!—exclama emocionado.—Cuanto terror y curiosa alegría me trae el saber que ya podemos entendernos. Durante largo, muy largo tiempo, todo ha sido ruído confuso para mí, mas ahora él, por fin, se aclara. Y erais vosotras, hojas; y erais vosotras rocas, aguas y llamas; y eras tú, viento; y eran acaso todas las cosas de la tierra, y quizás del mundo, las que hacían en mí

ese ruído! Bien me parecía adivinarlo! Mi sospecha sólo me tuvo confuso y taciturno. Hojas locas! sorprendí lo que tramabais en mi contra, al burlaros, haciéndome cosquillas en el rostro y las manos.

Al oir esto ninguna hoja se mueve. Los vientos, aprovechando ser invisibles, se escurren medrosos a los más oscuros rincones.

—¿Por qué sois tan tímidas? Todas mudas y quietas. Nada os haré. ¿Cómo recobrar vuestra confianza? ¿Queréis que os refiera una historia?

—Sí, sí—dicen las innumerables vocecillas de las hojas.

Los vientos reaparecen confiados y se aproximan. Alsino, con voz clara e insinuante y ademanes sencillos, les refiere la historia de nunca acabar, que así dice:

Salí caminando un día,
salí caminando a pie,
y en el camino encontré
un letrero que decía:
salí caminando un día,
salí caminando a pie,
y en el camino encontré
un letrero que decía:
salí caminando un día
. . . .
. . . .
. . . .

Mientras Alsino repite, con tonos cambiantes y

ceremoniosa seriedad, la interminable historia, puede verse, a los últimos resplandores que lanzan las llamas curiosas, el ir y venir de las hojas inquietas que suben y bajan por las ropas del narrador, no encontrando nunca, tan nerviosas son, un sitio lo bastante apropiado para oir con comodidad esa historia maravillosa.

La inagotable repetición poco a poco va venciendo a todos... Cuando se extinguen las llamas, y los vientos duermen, las hojas se agrupan amodorradas. Alsino, sonriendo, soñoliento también, evitando oprimir sus alas, termina por acostarse en el blando y crujiente colchón que, todas las hojas juntas, forman.





XI

VAGANDO

Lleno de la sana alegría del amanecer, por campos cubiertos de alfilerillo olorosos a almizcle, va Alsino una mañana en que aun brilla el llanto de la noche sobre las hierbas. A su paso las vacas se desperezan y se levantan, arquean el lomo y mugen suavemente.

Sobre los bueyes que reposan, tiuques bulliciosos se afanan en sacar las costras hechas por recientes marcas a fuego.

Mas lejos, en una ligera hondonada, sorprende un grupo de jotes mal olientes que graznan y bailan en torno de una yegua muerta. Celebran el extraño ritual que antecede al grosero banquete. Aun sólo danzan en ronda. No sin gracia levantan las patas,

y con las alas entreabiertas avanzan dando saltos rítmicos. Las mollejas y las pequeñas y calvas testas comienzan a colorearse. Antes de que arda en ellos la sangre espesa de la gula, antes de que hundan en el animal muerto los afilados picos y largos cuellos y extraigan las entrañas descompuestas, Alsino se aleja con rapidez de tan innoble festín.

Al pasar entre las altas y vigilantes malezas, cadillos y frutos de amores secos se han ido pegando a sus ropas y viajan clandestinamente.

Cuando más alejado se cree de los pueblos, al dar una revuelta, el camino emboca por una garganta y cruza un larguísimo puente tendido sobre el cauce de un estero de aguas escasas. Un pueblo se agrupa en la opuesta ribera. Abajo, unas mujeres, metidas las rollizas y rosadas piernas en el agua, lavan dando fuertes golpetazos sobre las ropas y conversan a gritos y ríen ruidosas.

Como el puente es ancho y cubre la parte enjuta del lecho del estero, las carretas que traen los frutos a la pequeña ciudad, pernoctan bajo él e improvisan una posada. A través de las tablas del puente sube el humo de las fogatas.

De codos en la baranda, Alsino contempla el correr de las aguas y sonríe ante el alarde de las lavanderas que provocan con sus punzantes risas a los carreteros.

Estos quieren demostrar indiferencia; pero más atentos están a esas desenfadadas mujeres que a las fogatas que se extinguen y a los bueyes que se dispersan y beben perezosos.

Alsino, hallando medio de esquivar la ciudad por una calle exterior, que se dirigía a un molino distante, orillas del estero, por allí se fué.

Todos los árboles de los huertos, vecinos a la elevada construcción, olorosa con la molienda del trigo, se veían blanquear por el impalpable polvo de harina depositada en ellos. En la puerta del establecimiento un grupo de molineros, ociosos y blanqueados que, entre risas y gruesos chascarros, disfrutaban del aire libre y de la pereza, se mofaron de él.

—¿Traes trigo que moler?—le preguntaron.

—Deja con nosotros tu saco y habla con el patrón.

—¡Vaya con una joroba!—exclamó admirado uno de ellos.—En mi vida he visto nada igual.

Alsino, haciéndose el que nada oía, siguió su camino. Dos perros, azuzados por los molineros, vinieron a ladrarle con furia repentina y amenazadora.

El jorobado, indiferente, caminaba sin darse prisa. Los perros, contenidos por tal desprecio, se mantenían a distancia, pero ladrando sin cesar. Con la algarabía, otros perros, salidos quién sabe de donde, acudieron con mayor ira; y como uno de ellos, más atrevido, baboseara los harapos de Alsino, éste se detuvo, y mirando la jauría rabiosa, preguntó con una voz sencilla:

—¿Qué queréis de mí?

Dichas por otro esas pocas palabras inofensivas, incomprensibles para los perros, hubiesen avivado el atrevimiento y la rabia que ardía en ellos; pero como Alsino ya se daba a entender a las cosas y

a los animales, todos los perros, al oirlo, enmudecieron a la vez; y, sin responder, detenidos, temerosos, con los pelajes erizados, mostrando en sonrisas forzadas los albos y puntiagudos dientes, los espinazos en arco, las colas entre las piernas, volvieron grupas y tomaron trotecillos de través, que fueron avivándose más y más hasta transformarse en carreras ciegas y sin freno, huyendo a la desbandada por atajos y veredas, por albañales y escondrijos.



XII

EL VUELO

Era incierta la hora, porque el cielo estaba cubierto de obscuras nubes azules. Cuando ya se creía en la llegada de la noche, una claridad imprevista apareció por el poniente, y un segundo después, los rayos vivísimos del sol tocaron el altozano sobre el cual se elevaba el caserío. La pequeña ciudad, construída de adobes y ladrillos de roja tierra, despertó al encenderse como un vasto incendio que ardiese entre montes sombríos, y contra el cielo tempestuoso y obscuro del oriente.

Las torres de la iglesia, los altos y pequeños edificios, los árboles y los hombres y animales, sorprendidos por el fulgor resplandeciente, acusaron,

en colores nítidos, relieves poderosos y detalles increíbles y precisos.

Desde el llano sombrío, por donde iba Alsino, el espectáculo de la pequeña ciudad era de una magnificencia fantástica. No podía él reconocer en esos castillos de oro resplandeciente, las torres de la iglesia parroquial, el molino ruinoso, las casas vulgares, y las zahurdas misérrimas. Y poco más allá, al bordear un pantano, sobre el cual volaban innumerables golondrinas, y ver reflejarse en el agua la inmensa llamarada que formaban la colina y el caserío, la sintió aún más cegadora, quizás por brillar entre el cieno de las orillas y los obscuros pajonales.

Lentamente fué apagándose la luminosa visión; mas, como si el fuego hubiese prendido en el aire, por largo tiempo una claridad rosa bañó el ambiente.

Parecía por momentos que llegaban nuevos grupos de golondrinas. Eran tantas las que se habían reunido sobre el pantano a cazar, en rápidos giros, los zancudos y mariposas crepusculares, que ellas, a su vez, desde la distancia, parecían, por su número, mosquitos en el aire de las bodegas.

Alsino comenzó a prestar atención a lo que hablaban, y con dificultad, por pasar las golondrinas en vuelos veloces, pudo saber que todas las de la región se habían reunido ese día para emigrar.

Como un torbellino que se elevara en el aire, las miriadas de golondrinas, después del incendio albergado en el pantano, eran negras y livianas cenizas que aventara el cierzo naciente de la tarde.

En miles de estridentes y finos chillidos confesaban las ansias que tenían de ir hacia las cálidas tierras del norte.

Cuando las últimas rezagadas vinieron a incorporarse, el negro enjambre se remontó despacio en el aire hasta llegar a gran altura, giró después cinco veces sobre sí mismo, con el vértigo de una honda silbadora y desapareció, en seguida, llevado por rapidísimo vuelo, rumbo a las remotas comarcas tropicales.

Una agitación angustiosa sintió Alsino. Su sangre ardía, sus ojos contemplaban el sitio impreciso del aire por el cual desaparecieron, invisibles, las innumerables golondrinas.

Sin darse cuenta de sus actos, se encontró con sus grandes alas desnudas, abiertas y temblorosas. Las plumas agitadas hacían un rumor semejante al de los pajonales. Dió un grito ahogado y terrible; lo estranguló a medias la angustia que le oprimía la garganta, y sus alas enardecidas con un furor de éxtasis o muerte, engancharon en el aire. Elevando el cuerpo, mientras los ojos se entrecerraban, y la cabeza, en desmayo, echada atrás, recibía el roce de blandos vientos, ellas prosiguieron rítmicas, serenas y poderosas.

En su semi-inconsciencia, Alsino sentía el vértigo del abismo del cielo hacia el cual, elevándose, caía. Llenábanse de lágrimas sus delicados ojos con la alta y fría atmósfera, que rasgaban en un choque fortísimo y continuo. El aire inmóvil se trocaba para él en un viento de tempestad.

Cuando vuelto en sí, los cabellos flotantes, la cara fría, los ojos doloridos, miró en contorno, no vió abajo sino una incierta bruma blanquecina, llenándolo todo. Como islas emergían, en ese mar flotante y silencioso, las cumbres de los cerros.

Hacia el este, un resplandor creciente hizo comprender a Alsino que la luna salía.

—¡Oh luna de las solitarias alturas!—exclamó delirante—perdona que te sorprenda, perdona que, sin haber sabido cómo, haya llegado a esta región desierta donde tú, quizás confiada, enseñes tus más secretos encantos. Perdóname! mas ¿qué podía hacer? Un día, ligado a mis piernas, las ví moverse y llevarme a cumplir con un secreto destino. Esa vez, ardiendo de curiosidad, feliz de sentirme libre, libre de toda posible libertad, no alcancé a experimentar al mismo tiempo este terror de verme unido a algo que ahora me arrastra más allá de los límites de acción fijados a mi vida.

Como un día mis piernas, ahora mis alas las siento como que son y no son mías. A ellas va mi sangre, y ellas, a su vez, todo entero, me llevan. Cuando nos sentimos arrastrados por el cauce maravillosamente oculto de nuestro destino, todo es expectación confusa, y se llega a ignorar si algo, en verdad, nos pertenece.

¡Oh luna! cómo se irisa el mar de nubes que me ocultan la tierra. Para los hombres ahora será noche oscura, mientras el otro costado invisible de las mismas nubes que les impiden contemplarte, se

llena ¡oh Dios mío! de esta luminosa y perdida belleza.

Y no has dispuesto, pensando en mí, tal espectáculo. Es esa la causa de mi temor y mi alegría; he aquí que sorprendo una cosa ignorada, que no estaba hecha para mí!

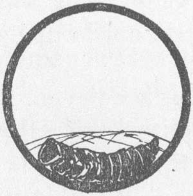
¡Cómo chispea ese mar blanco de luz corpórea! ¿Qué es eso que corre sobre él? ¿Es acaso la sombra que arrojo mientras vuelo? Una mancha pequeña e incierta va y viene sobre las compactas nubes plateadas. ¡He ahí lo que yo doy cuando tú brillas!

Mis alas fatigadas me llevan, nuevamente, hacia la tierra. No necesitaría de ellas para conocer el camino que a la tierra conduce. Entre más alto subo, más poderoso y difícil de seguir desplegando siento el fuerte resorte que parece unirme a ella. Ya vuelo desorientado entre la niebla resplandeciente. Pero ¡qué importa! me basta dejarme arrastrar, para ir por el camino que conduce a la tierra. Ya tú, luna, te esfumas y me eres invisible. Las nubes están sobre mi cabeza. Diviso el resplandor de las ciudades iluminadas en la noche. Mas ¿cómo explicarlo? ¿Soy yo el que vuelo hacia la tierra, o es la tierra la que veo ascender hacia mí?

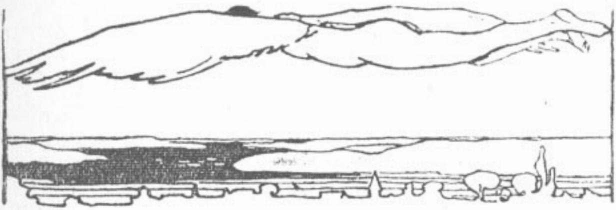
Sé que yo vuelo y tú, tierra, permaneces indiferente, y juraría, dando crédito a mis ojos, que tus ciudades se alzan, y tú con ellas, para venir a mi encuentro!

¡Oh cosas incomprensibles! Cuando iba caminando sobre ti, bien sabía quién era el que se movía, más ahora cuando vuelo, confuso veo que la tierra,

las nubes y todas las cosas se acercan o se alejan de mí, vienen o van, mientras yo parezco fijo e inmóvil, y vislumbro que todas ellas buscan referirse a mi ser, y me están ligadas y dependientes, como si yo fuese el centro del universo!



TERCERA PARTE



XIII

EL CANTO

El buen tiempo se anuncia. Las noches son más templadas. A las lluvias el sol las vence y las convierte en pasajeros y bulliciosos chubascos, y aun sorprende e ilumina a las incontables gotas cuando todavía vienen volando por el aire. Vientos tibios y olorosos, de un perfume que no es el de ninguna flor, pero que las recuerda a todas, pasan por los bosques cuajados de yemas, y van y dispersan a grandes nubes que huyen y arrojan sombras cambiantes sobre las dilatadas praderas.

En un día tibio y húmedo, de aire luminoso, Alsino vuela, a gran altura, sobre una enorme ciudad. Refulgen los cristales de las claraboyas, brillan, más suaves, lagunas quietas, escondidas entre

bosquecillos de grandes árboles. Suben de los parques y jardines, donde deben abrirse las primeras flores, ráfagas de perfumes espesos. Alsino las aspira con ansia, y sin medir el peligro que hay para él en cruzar, volando, sobre una ciudad; acaso inconsciente por la belleza del día, y atraído por el tañido de las campanas, que abajo celebran quién sabe qué fiestas, prosigue su vuelo curioso y feliz.

Así dice:

—Oh! embriaguez; volar siempre en silencio no es posible. Si las alas con sólo volar ya hacen su canto, también obligan a poner todo el sér al mismo diapasón. Incansable, mi voz acude y se mezcla al gran murmullo de mi vuelo. Acuden las incontables palabras, los múltiples sentimientos los infinitos deseos, y mil y mil otros espejismos pugnan por encarnarse y acompañarme. Solo vuelo, y se diría que vuela una multitud! ¿No hay en estos cantos, diálogos inverosímiles, voces que afirman y buscan y anhelan cosas contradictorias? ¿Y no hay otras, amigas, que asienten y confirman las opiniones? Cuando callo, si mis voces se apagan, sus ecos siguen siempre volando en derredor mío, como un numeroso coro de cánticos que se alejan.

Todo desfila en rápida sucesión. Cuán poco tiempo mientras vuelo, está bajo mi vista una ciudad! Me acerco más a tierra, y ya no es el tañido de las campanas el que llega a mis oídos. Ahora escucho la paz que sube de las calladas campiñas y el mugido de los toros en celo. Mis ojos, que se han ido robusteciendo con el baño de los fríos y fuertes

vientos, y con el espectáculo cambiante de amplios horizontes, los distinguen claramente, mientras van y vienen por los potreros en flor.

Cantemos ¡oh! voces ¡oh! sentimientos ¡oh! deseos incomprensibles; ayudadme todos y cantemos a la vez, al compás de las alas y del aire que van haciendo melodioso; cantemos esta necesidad de volar, y volar! ¡Que las alas se necesitan sólo para ciertas ocasiones! Así lo creía yo, pobre de mí! Cuando lo desee, volaré, decía. Y ha ocurrido que las alas no se resignan y piden constantemente ir por el aire arriba. Con el crecimiento de ellas vino alentando, más y más, esta ansia de decir y de cantar!

Cantemos ¡oh! voces el deseo primero: el deseo de cantar. Cantemos la libertad que por su medio, encuentra no se qué tiránico y oculto poder. Y cómo, sin pensarlo, todo nos resulta un canto cuando el corazón, al agitarse por el esfuerzo del vuelo, lleva a las palabras su poderoso aliento entrecortado, obliga decir sólo lo principal, y, dando un ritmo variable, agrupa las voces que se suceden justas, sencillas y musicales.



XIV

AVENTURAS

Modelado por el roce del viento, Alsino adelgaza. Su rostro pálido y curtido muestra unos ojos fijos, abiertos y penetrantes; sus mejillas están enjutas; sus labios, fríos y descoloridos. Cuando baja a beber en los claros y estáticos remansos, contempla su imagen reflejada. El cabello negro, abundante y crecido, ondula rizado por el oleaje que el viento imprimiera en él. Sus ropas despedazadas cubren a medias los músculos ceñidos y recios, que se afinan en una engañosa y delicada apariencia. Cuando marcha buscando frutos silvestres, el peso de sus grandes alas lo inclina ligeramente a tierra, y toman sus pasos el vaivén de los cargadores.

La vida para él va siendo cada vez más difícil.

A menudo, y quizás enervado por la primavera, tan llena de flores y pobre de frutos, pasa los dias sin probar alimento. En un principio, no reparando en el asombro y en el peligroso terror que iba a infundir, llegaba tranquilamente en sus vuelos de pleno día, hasta las chozas de los campesinos y pescadores. Al divisarlo, los perros ladraban huyendo; los caballos atados cortaban las bridas y, a galope tendido, iban a campo traviesa; las gallinas cloqueaban llamando a sus polluelos, y con las alas entreabiertas y las plumas erizadas, valientes, cubrían su prole. Cuando, al ruido, asomábanse viejas y mozas, y después de contemplar el azoramiento de los pajarillos y demás animales, divisaban a Alsino, agrandado por sus alas desplegadas, llegarse volando, mudas de terror no atinaban sino a atrancar puertas y ventanas. Por unos segundos todo en ellas era terrible expectacion; encendían, después, velas a los santos y, luego de quemar palma bendita, rezaban en alta voz, sin atinar con las palabras, que todas eran: misericordia! misericordia! Y se golpeaban el pecho, y abrían los brazos en cruz, y besaban el suelo dando alaridos.

Suerte tuvo Alsino de acudir a los hogares de esa gente sencilla, porque si nada le dieron, tampoco recibió algún escopetazo que pudieran haberle disparado, a haber sido esas personas más cultas, de las que siempre saben a que atenerse sobre diablos, aparecidos y demás seres ignorados o misteriosos.

Temiendo por su vida, se dirigió nuevamente a

las serranías desiertas. Una tarde al bajar y posarse no lejos de la cumbre de un cerro árido, llevado allí por inconsciente y caprichososa decisión, mientras miraba unas enormes peñas, sin atender mucho a lo que contemplaban sus ojos, distinguió, un viejecillo de largas y enmarañadas barbas, cubierto a medias de remendados harapos que, abriendo los brazos, exclamó:

—¡Gracias, Dios Santo, por haber atendido la súplica del último de tus siervos y haberle enviado uno de tus celestes mensajeros!

Alsino, comprendiendo a medias, no atinaba a hacer o decir cosa alguna, y como el viejecito, enflaquecido por las privaciones, no era de temer, y la soledad del sitio mostrábase absoluta, se entretuvo en contemplar al anciano postrado de rodillas, en el suelo lleno de guijas, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada, las barbas humildes besando tierra, orando con un fervor que movía a compasión.

Las palabras truncas, reveladoras de la fe expectante de ese hombre humilde, conmovieron a Alsino.

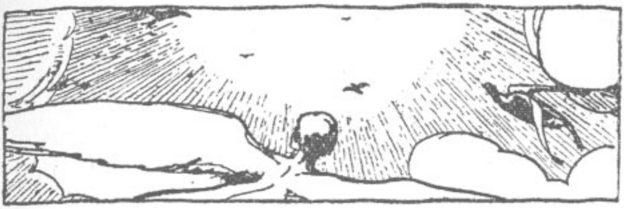
Como si se encontrase ante un emisario de Dios, con prolijidad angustiosa detallaba los más amargos trances de su vida anónima, con voz ya fuerte, ya llorosa o desfalleciente.

Cuánta crueldad para con su propio dolor al abrir, una vez más, viejas heridas y hurgar en ellas midiendo su profundidad sangrante!

—Sí, Dios mío! fuí falso y perjuro, robé y asesiné, si no de obra al menos de pensamiento. Pero

tan negros fueron mis criminales anhelos, que la fortuna codiciada vino a mis manos, después de haberse extinguido la vida de su poseedor, envenenada por mis ocultos y feroces deseos. ¿Tendré yo perdón algún día? Veinte años llevo de penitencia, meditando y orando, en este cerro antes poblado de árboles y hierbas, hoy estéril y triste por la ponzoña de mi aliento. Y cuando creía que ni cien vidas de remordimiento fuesen capaces de lavarme, tú ¡oh Dios misericordioso! me envías, en señal de tregua, a uno de tus ángeles.

Alsino sintió al oir tales confesiones una tristeza enorme y desconocida. Lamentando no saber aliviar con palabras engañosas la tortura del anacoreta, avergonzado del papel que a pesar de sus alas allí hacía, en el mayor silencio se escabulló detrás de las rocas. Y mientras el anciano, hundida la faz en tierra, daba, en alta voz, nuevos detalles sobre otros, tal vez, ilusorios pecados, volando rápidamente, Alsino se alejó de ese sitio como turbado para siempre.



XV

EL ALBA

CON la primera claridad del alba, al igual de los pájaros, Alsino despertaba y para cada amanecer, tenía una nueva alegría y un nuevo canto.

Es en un bosque de peumos y quillayes. La algarabía estridente de una bandada de choroyes crece con el palor del alba.

La locuacidad de esas aves les ha hecho fácil, desde la tarde anterior, intimar con Alsino.

—Buenos días! buenos días!—repiten, saludando. Fresca la noche ¿verdad? ¿Ha tenido usted miedo? ¡Qué viento el que vino a molestarnos! Era imposible conciliar el sueño. Gracias a que tenemos buenas garras! otros hubiesen caído. ¿Y usted? ¿tomó sus precauciones? Já! já! já! así no es posible caer.

¿No nos acompaña a los barrancos? Allí tenemos nuestras casas. Las viera! son pequeñas. Es lástima que no pueda entrar en ellas. Las tenemos llenas de comodidades. ¿Imagina que le tuvimos miedo? Estos peumos no acaban nunca de madurar. Nosotros sabemos lo que decimos. Para qué íbamos a engañarlo. Oiga usted!

Y hablan y hablan sin esperar respuesta, sin saber si se les escucha. Cuando Alsino se despide de ellos, no le oyen, y creyéndole siempre presente, sin percatarse de lo que hablan, llevados por la fuerza de su necesidad de cháchara, siguen riendo y ofreciendo una y otra cosa, preguntando asuntos inverosímiles y dándose ellos mismos, las más disparatadas contestaciones.

Pero Alsino va léjos. No puede oir ya el parloteo de los choroyes. Concluye el bosque. Se ve el cielo lleno de cúmulos soberbios que dora el sol naciente.

Todos los que una vez han mirado las grandes y redondeadas nubes cuando el alba o el crepúsculo las enciende, habrán deseado, aunque sea fugazmente, temerosos de pensar en imposibles, habrán deseado ¡oh sí! ir hacia ellas, caminar y recostarse en su muelle blandura y vagar por esos montes de ensueño; y de los senos, azules de sombra, subir allí donde brilla en los atardeceres la luz cambiante que va pasando del topacio al rubí, del rubí a una pálida amatista y que, por fin, largamente brilla con el desvanecido resplandor de una inmensa perla enferma.

Mas, ahora es el sol de la mañana el que enciende

las nubes. De grises y opacas ellas comienzan a fulgir como brasas que pierden su ceniza y se encienden en un fuego más y más vivo.

El bosque, que cubre escarpadas montañas, está en un resto de la fría penumbra de la noche.

Ateridas por el hielo nocturno, todas las aves, tan pronto divisan los pálidos rayos del sol en la cima del cielo, dejan el refugio de los árboles y volando suben a recibirlos; y al llegar al aire alto ascienden y bajan en ese río luminoso, y se persiguen jugando como los niños, y ríen, y gritan. Sus cantos hacen una greguería que parece prolongar el trémolo cristalino que del aire, al entibiarse, en ondas imperceptibles, lentamente fluye.

Alsino también asciende en busca del sol, y mientras vuela canta:

—¡Ausente dueño! tus pasos presiento venir; los escucho con oídos trémulos de siervo que quiere complacer y que no sabe cuál será el mandato. Mi tribulación me hiere y hiere, duda de si seré capaz de complacerte.

Viajero en los aires suspendido, entre brisas pasajeras, adivino tu cercana majestad que viene.

Más allá de lo que vemos, ciego somos, sólo lazarillo en el misterio, el olvidado corazón advierte.

Cuando arda el cielo y tus rayos sobre los montes caigan ¡ay de mí! si en la negra sombra que sigue al deslumbramiento, extravío, en la vertiginosa ascensión, tus huellas.

Cuando a través de mis párpados, que busquen tu visión impedir, brille más roja, mezclándose a

mi sangre, la luz inextinguible de tu hoguera, la expectación será para mi cuerpo dolor desconocido y sobrehumano.

Y cuando arrebatado por ti me impregne de tu luz y en ella brille, surgirán los cantos que saludan el esplendor de tu eterna aurora. Aurora eterna, sí; porque siempre estás surgiendo, para alguna comarca de la tierra, sobre el horizonte de su oriente.

Mi voz será la tuya, buscarás mi aliento, y confundido en él la multitud que encierras, harás que en vasto y amplio coro se torne la sola y débil voz de un hombre.

Destinado en secreto a grandes hechos, recibiré temblando tus dones y tu amor.

Del solitario valle, hondo asilo a silenciosa vida, volando subo hacia tu encuentro.

Y en medio del asombro de menudas avecillas, desatinado, ebrio de locura, sabiéndome elegido, no podré mirarte cara a cara. Pero el destino arrastrándome al delirio, me hará creerme para el instante digno, y arrebatado por fin en mi deliquio, ajeno a mi existencia que conquistas, seré entre tus brazos, en olvido, no más que tu placer, en el que acrecentándome me abismo...

Os escucho venir. Todo está dispuesto. El corazón en el misterio acecha. Mis brazos se tienden y juntan impacientes, y rasgan los aires como arietes. Mis alas reman anhelantes, mis voces surgen como abejas que anteceden mi vuelo. Mis miradas agudas, como sondas, escrutan el abismo celeste.

Mi cuerpo todo lentamente vibra en un temblor creciente.

Llegad ¡oh sol! la escoria de mi cuerpo tu sacro fuego aguarda.

Ya pierdo toda clara noción. Obedezco, sí, obedezco! Y mientras crece mi deseo de ti, extraviado vislumbro que se acerca la luz de tu eternidad!



XV

UNA MAÑANA DE PRIMAVERA

Extensos, suaves y aterciopelados lomajes, cubiertos de hierbas y flores efímeras que las lluvias del invierno hicieron nacer. Un dulce sol en mañana húmeda de primavera; sol nuevo, claro y tibio, de luz que vibra como el lejano sonido de trompetas resplandecientes. Brisas de altura, aires livianos, puros y vastos, que en sí guardan y al besar dejan el salino sabor y los libres sueños del océano que acaban de cruzar. Distante, apagado y profundo se escucha el estruendo de las olas. Ceñido en débiles nieblas, el mar más se le adivina por sus voces que se le ve; borroso se diluye y mezcla, en armoniosa gradación, con el cielo que se eleva inconmensurable. Por el oriente, las cordilleras remotas, cubiertas con

el fuego blanco de las altas nieves espejeantes, al diluir sus cumbres en el aire diáfano que resplandece, logran, por fin, fundirse con el cielo.

El mundo entero se disuelve en la luz jocunda, y la alegría de ser domina a toda cosa, y se expande y crece avasalladora!

Alsino, que viene despertando, ya sonríe, y aun cuando pasara la hora del alba en la que, al igual de las aves, canta, tal vez ninguna de sus oraciones matutinas equivaldrá en fervor a la dulzura acogedora de su sonrisa percibiendo, esa mañana, el alegre ritmo de su sangre al deslizarse hasta por sus últimas venas.

Sale de bajo los matorrales, y, desperezándose con un placer prolongado, estira lenta y forzadamente uno y otro brazo, una y otra ala; y echando fuera el pecho, la cabeza inclinada hacia atrás, mientras cierra los ojos y aspira el aire oloroso, sin dejar el suelo, agita sus alas como en una bienvenida.

Un estruendo que no es del mar, escuchan sus oídos sutiles. Oteando hacia la otra vertiente del altozano ve, muy cerca, cruzar grandes manadas de caballos que retozan en la alegría del amanecer. Van en desordenado galope, los cuellos en arco, las largas crines al viento. Veloces con la cabeza entre las patas delanteras, los belfos rozan las flores y las abiertas narices aspiran su perfume.

Al divisar a Alsino, mermando la velocidad, interrogativas, echan hacia adelante las orejas, enderezan los cuellos, yerguen las colas y a gran tro-

te, paso de una elegancia altiva y acompasada, acuden curiosos.

Son potros nuevos, gruesas yeguas de cría y potrillos de cuerpo menudo y patas desproporcionadas que copian, presuntuosos, los ademanes de sus mayores.

Irresolutos los animales se detienen. Brillan sus grandes ojos atentos.

Alsino, acogiéndolos con zalameras y engañosas palabras, trata de que se acerquen más.

Un potrón oscuro da, de improviso, un bote de costado, atropella a los vecinos; y todos, tras él, se alejan entre corcovos y contenidos relinchos.

Alsino, con los saltos lentos de las grandes aves cuando corren en tierra, sale a la siga, remonta, por fin, el vuelo y rápido inicia la persecución.

Los caballos, presintiendo un peligro, van a carrera tendida, estrechándose para salvarse mejor.

Pronto Alsino les da alcance; vuela sobre la manada en fuga. Auriga que azuza los corceles de su carro invisible, los azota con gritos violentos que zumban en el aire como el látigo de una fusta implacable que restalla.

Sus ojos escogen entre ellos, y cae sobre el lomo del preferido como un águila que cabalgara. El potro se encabrita desesperado; pero Alsino enreda sus manos en las crines, aprieta sus piernas como tenazas, inclina su tronco y en la oreja del bruto, que esquiva la cabeza, arroja sus voces como ascuas ardientes. Sus alas, que el viento enarca, tras él, gigantes, tremolan.

Cegado de espanto el potro demora en recobrarse, y al ver distante a la manada, arranca veloz en su demanda.

Jinete en su corcel, que por dar alcance a sus compañeros, se dirige en derechura a ellos, salvando en saltos descomunales enormes grietas, Alsino goza hasta el paroxismo de la alegría que trae el dominio avasallador.

Cuando ve que el potro, sudoroso, comienza a cubrirse de espuma, y, lejos de mermar la distancia que lo separa de sus compañeros, va quedando cada vez más y más distanciado, abre sus alas, afloja sus piernas, y, despreciativo, dejándolo libre, lo abandona para escoger presa más digna.

Poseído de ira entusiasta, ágil vuela y pronto alcanza nuevamente a la manada. De un salto, como una fiera, se deja caer sobre un altivo potro tordillo que guía delantero.

Corren vecinos a las barrancas que dan sobre el mar. Atrás y distantes los potrillos relinchan perdidos.

El potro que Alsino escogiera, se revuelve con él y brinca como un poseído. Se alza en dos patas, y tanto se yergue que va desplomándose. Alsino da un salto y esquiva que lo aplaste. El potro vase de espaldas, y se derrumba con el estruendo de una torre que viniese a tierra.

Cuando el animal, aturdido, se pone nuevamente de pie sobre las patas abiertas y trémulas, otra vez Alsino, de un vuelo, cae sobre el lomo donde destiñeron sus matices, hierbas y flores reventadas. El

bruto, que ahogado resopla, mete la cabeza entre las manos y sale disparado.

Grítale Alsino, pero nada advierte, ciego avanza como una exhalación, llega al borde del barranco y aun sigue galopando largo trecho por el aire, entre las gaviotas que graznan y huyen sorprendidas. Alsino da un alarido y lo abandona. Vuela espantado, y ve cómo el potro cae veloz hacia el mar, oye el choque que hace al hundirse y desaparecer entre las olas, y contempla la enorme columna de espuma que se levanta!



XVII

EL MAR

ALSINO va por la orilla del mar donde las olas lanzan sus zarpazos y aprisionan el aire y brota la espuma. Sube por altas rocas grises, con pozas de agua cristalina donde cuajan los grumos deslumbrantes de la sal. Más allá de las últimas grietas del granito inclemente, defendida del viento y sólo cruzada por sombras de gaviotas que vuelan, duerme, reclinada, una playa de muertos caracoles marinos, blanco cementerio de esos silenciosos pobladores del mar, sitio preferido de invisibles corrientes submarinas.

Al dominar el mar desde mayor altura, y oir el ofrecimiento que se extiende y desenvuelve por sus amplias y azules llanadas, como un canto sube y llega hasta Alsino un deseo de vuelo.

Abre sus alas; da con ellas al aire dos o tres golpes, y se lanza hacia lo alto, firme y rápido.

Cuando para sus finos oídos el áspero sonar de la resaca se convierte en suave murmullo, léjos ya de los cuervos marinos y de las águilas pescadoras, entre grandes pausas, con voz entrecortada, emocionado exclama:

—¡Mar! ¡mar!

Desde aquí veo tus grandes y pequeños ríos: raíces de plata que hundes en la tierra ¡oh! bosque ázul, ahora florido de espumas; flores las más grandes, blancas, hermosas y efímeras del mundo.

¡Oh padre! por dos débiles alas que yo poseo, en cada ola tú despliegas, curvadas por el ansia y el viento, alas gigantes de inmensas aves desconocidas que naufragan.

No sólo su caudal traen hasta ti los ríos; en ellos, como un légamo invisible, viene la sabiduría que recogieron al cruzar la tierra.

Altiveces de erguidas montañas acuden hacia ti disueltas como un tributo. Filos de rocas limaron tus puros diamantes. Teñidas en paz de campiña, te manda la tierra dulzura. Sobrevive el reflejo de todas las flores en tu tono cambiante; y el aroma de incontables jardines, aceite oloroso caído en las aguas, contribuye con sólo una nota en el vasto concierto de tu sacro e infinito perfume.

Mas viles ciudades te mandan su cieno. Flotando en ríos oscuros, hombres que tristes, a manos ocultas y ajenas murieron, sus cuerpos te envían. Barcos sin velas que la muerte guía, único piloto de todas las naves que nunca retornan.

Mas tú siempre arrojas de nuevo a la tierra todo lo que flota. Todo lo que teme tus hondos abismos, allí donde el tiempo trabaja y convierte a tus aguas, que absorben y crecen, las mil variedades de forma y sustancia que pueblan el mundo.

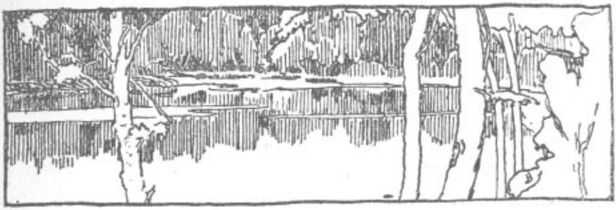
Del hombre retienes su espíritu. Mil veces viajeros en busca del oro o el sueño de remotas comarcas, en naves un día gallardas, el otro deshechas por las tempestades, a tus aguas cayeron, bregaron nadando. La angustia espantosa de tu abismo y misterio, y el misterio y abismo de la muerte postrera, hicieron que miles y olvidados recuerdos llegaran volando. Y al hundirse, con el último aliento, todos esos sueños, a tus aguas, por siempre, quedaron mezclados.

Cuando nuevos viajeros recorren, en barcos que avanzan solemnes, tus soledades, creen que sólo son aves las que eternas siguen en pos de la ruta de todo navío; y al sentir una vaga tristeza, la atribuyen a tu vasto y desierto horizonte...

Si reflejas al cielo, tú recuerdas a Dios.

Tú perduras viviendo aquel día primero del mundo, cuando Dios te tiñera de eterno al pasar sobre ti con su sombra y su acento, y en las cimas ¡oh padre! que forman los montes mayores, te hundiera y atara por siempre!

Si lo imprecas, tu voz, su voz, recuerda; te revuelves airado y deseperas, y tus olas gigantes rememoran su clámide agitada!



XVIII

EN EL VERANO SILENCIOSO

SEDIENTO, en la soledad de unas cumbres calvas y roqueñas, Alsino tiene que salir de ese seguro retiro y volar en pleno día. El vuelo, en un comienzo, algún fresco le proporciona, pero el esfuerzo desplegado luego le trae mayor bochorno. Abre inútilmente la boca buscando alivio en beber el aire; pero más se resecan así sus fauces enjutas, y una saliva ligosa hace insoportable con su viscosidad, la sed que le atenaza.

Arde el aire. En oleadas sube de la tierra reseca, como hálitos de horno. Los cerros desnudos, a través de las ondas calientes, los ve agitarse temblorosos como monstruos echados que acesaran.

En los repliegues de las lomas se van destacando las manchas redondeadas y oscuras de los mato-

rrales. Siguen la humedad de las quebradas y de los hilos de agua que en la época de las lluvias por ahí van. Espesando más y más, a medida que las hondonadas descienden, los matorrales aumentan y crecen hasta convertirse en bosques de árboles altos y tupidos.

Quietos bajo esa tarde canicular, que ninguna brisa recorre, hay en su inmovilidad la actitud de una espera angustiosa.

Alsino los contempla, y viendo que entre ellos espejea el agua de un remanso, comienza a bajar en busca de la sombra y la frescura que le ofrecen.

Divisa un claro en el bosque y en él desciende. Bajo los árboles que rodean el descampado, echadas, sestean unas vacas. Al divisar al intruso, intranquilas, van levantándose pesadamente. Alsino les habla y las sosiega.

Las más nuevas y ariscas, que comenzaban a huir, se detienen y vuelven la cabeza.

Cuando después de atravesar el claro de tierra suelta y quemante, cubierto de bostas secas, Alsino se interna bajo los árboles, las vacas, que lo siguen con sus miradas, mugen maternalmente.

Por el sonido que hace cantarina el agua, pronto da en el arroyo que cruza el bosque, allí donde la espesura es más sombría.

Con los destellos del diamante sobre la tierra negra de su cauce, lamiendo las raíces contorsionadas y revueltas, como serpientes en lucha por beber, brilla la linfa pura. A las hojas secas que caen, el arroyo las acoge y transforma en barquichuelos que

derivan, joviales, siguiendo la loca y rápida corriente.

Aprovechando una alta y angosta cascada, las piernas abiertas como un puente sobre el arroyo, Alsino cierra los ojos y estira la cabeza, abierta la boca sedienta. El agua penetra en él, fresca al igual de la nieve. Siente cómo va bajando por su pecho, que se ensancha para recibir tal alegría. Goza de un placer intenso, al que, interminablemente, se entrega goloso.

Sus piernas cansadas tiemblan, sus ojos tanto tiempo cerrados, tráenle sensaciones vagas; y, como un sonámbulo, inconsciente se inclina. Brusca azótale, de lleno, el agua el rostro. Riéndose sorprendido estira sus brazos para no caer y se apoya, inseguro, en ramas que lo pinchan y en peñas agudas. Y la cascada lo baña por entero.

Cuando se aleja, como calofríos que le recorrieran la piel, siente el escurrirse de las gotas de agua que destila su cabellera y que bajan serpenteando por su pecho y su espalda.

Risas claras y voces alegres lo hacen detenerse asustado. Tras el grueso tronco de una patagua, escruta el sitio de donde las voces vienen, y distingue en el amplio remanso, que el arroyo, más abajo, forma, a unas jóvenes bañándose.

Furtivamente se aproxima pidiendo ayuda a cada tronco. Se detiene curioso. Cerca de él, blancas y apabulladas están las ropas de las bañistas. Busca un sitio más seguro y observa sonriente.

Son dos niñas. Como el remanso tiene escaso fondo, el agua, a la menor, la cubre apenas hasta el arran-

que de los muslos. Cuando la más alta, que persigue a su compañera lanzándole puñados de agua, un instante se endereza, el sol, que refulge en su cuerpo húmedo, la hace invisible en fuerza de resplandecer sobre ella. Brilla cegadora, como una hoguera emergiendo de las aguas. Es un vivísimo fuego blanco encendido en el oscuro corazón del bosque. Alsino, deslumbrado, aparta de ella sus ojos heridos, pero donde quiera que pose, en seguida, sus miradas, un velo de sangre, que vuela presuroso, va ocultándole toda cosa.

La pequeña laguna, que siempre durmiera en dulce quietud, ahora tiembla con las ondas que nacen de esos jóvenes cuerpos agitados. Pequeñitos oleajes llegan a besar las orillas y cantan suavemente.

Alsino, que entiende la voz de las cosas, al escuchar lo que dicen, experimenta una nueva sed, y su sonrisa, antes despreocupada, adquiere un gesto sombrío.

Llegan desde larga distancia, repetidos por los ecos del bosque, isócronos e iguales, los golpes interminables del hacha de un leñador. Los pájaros, en el sopor de la siesta, callan; sumidos en quietud, están los árboles. Todo lo dominan, reinas en la floresta, las alegres voces de las bañistas.

La mayor, aviesa, juega pesadas bromas a su compañera. Ya la acosa con puñados de agua, ya sigue tras ella sin dejarla un instante en paz, ya se zabulle y, tomándola de las piernas, la hace hundirse bajo el agua.

La pequeña, sofocada, sale llorosa y la insulta; y aunque la mayor quiere impedirlo, la ofendida logra alcanzar la ribera, y, sin dejar su enojo y sus lágrimas, camina en busca de su ropa. Rápida va vistiéndose.

—Verás!—amenaza—te acusaré a Lorenzo.

—Anda! tonta—respóndele la otra, desdeñosa.

—Anda y dile! ¿Qué me importa tu hermano?

—¿No te importa? ¿No oyes su hacha? Corriendo iré a su lado. ¡Si alcanzara a llegar antes de que salieras del agua y te viese, así, desnuda!

—Corre en su busca, que aquí lo espero. Lo crees muy cerca, y antes de que llegue tendré tiempo para seguir aún bañándome largo rato, y vestirme, y llegar tranquila a mi casa.

La pequeña sale corriendo y grita:

—Yo le diré que eres mala, muy mala, y Lorenzo no te querrá más. Nunca, nunca te hará otros regalos...

Cuando la ofendida desaparece, la otra joven, aunque sigue bañándose, se ve que ha quedado nerviosa. Auméntanse sus dudas y cruza el remanso apartando violentamente las aguas al ir corriendo con dificultad en penosas zancadas. Se toma de las ramas pendientes y trepa a la orilla.

Alsino, sin darse cuenta de sus actos, sale de su escondite y va a su encuentro. Al oir un roce entre las ramas, la joven vuelve ligera el rostro llevando, rápida, una mano a sus vergüenzas. Al divisar a un hombre que, tímido y sonriente, se acerca, lanza un grito de terror y huye a escape. Como cree que la

persigue, sin dejar de correr, mira hacia atrás, tropieza con un árbol, y se da tan recio golpe en la cabeza que, tambaleante, se detiene, gira sobre sí misma y cae sobre el talud cubierto de hojas secas.

Alsino, asustado, se detiene. Pero al oir que lastimera gime, el corazón saltándole en el pecho, se va acercando lentamente. Por allí el arroyo cae en el remanso. Se inclina y toma entre sus manos, como en una copa, el agua fresca y vuelve donde la joven para vertirla en su boca. El agua no pasa más allá de sus apretados dientes, derramándose por sus mejillas que empalidecen. Vuelve nuevamente al arroyo; cuando regresa, al contemplar el cuerpo desnudo de la joven, se queda inmóvil, observándolo en muda alegría. Al inclinarse para darle nuevamente el agua, observa que toda ella se le ha escurrido entre los dedos.

El sol, que atraviesa el follaje, cae en discos de oro atigrando el cuerpo desnudo de la joven; y una claridad mayor baña su vientre terso, donde, como diamantes, brillan las gotas de agua que destellan.

Algunas hojas que en la caída volaron, han quedado pegadas al cuerpo húmedo. Alsino se inclina. Trémulo toma una de las hojas que está entre los pechos núbiles, y, cuidadoso, la desprende. Más y más confiado en su habilidad, va limpiando ese cuerpo desnudo de toda impureza. Como algunas ramillas son muy pequeñas, sus dedos, para sacarlas, tienen que acariciar la piel.

Un escarabajo, confiadamente, trepa por uno de los muslos. Alsino lo ve y persigue sin piedad; cuando

ya cree encontrar asilo, es cogido y lanzado lejos.

Un ruido de ramas agitadas hace que Alsino se incorpore vacilante. Una vaca viene perezosa en demanda del agua.

Rehecho de su impresión, furioso Alsino toma una piedra y, violento, la arroja contra la intrusa. Al trote huye la vaca con gran estrépito de ramas tronchadas.

La joven lanza un quejido y vuelve la cabeza. A través de los párpados, apenas entreabiertos, se ven sus ojos clavados como los de una muerta. Alsino, temeroso, se inclina sobre ella. Buscando el sitio de su corazón, para escuchar si latía, vino a colocar su oreja sobre el pecho izquierdo. Como nada oyera, dejó apoyar todo el peso de su cabeza en ese suave cojín turgente. La piel estaba húmeda y fría, pero desde el interior, junto con unos vagos latidos, sentía subir una dulce tibieza.

Fué girando su rostro y, antes de mucho, no escuchó cosa alguna, porque era su boca la que ahora apoyaba sobre el pecho. Y fué besándola aquí y allá, en cada disco de sol, como si quisiera con sus labios hasta de ellos limpiarla.

La razón perdida, se recostó sobre la joven como en un blando lecho. Enervado fué enderezándose sobre sus rodillas; y cuando, acometido del furor, púsose sobre ella, agitado, a temblar, sus alas vibraron rápidas como en un vuelo.

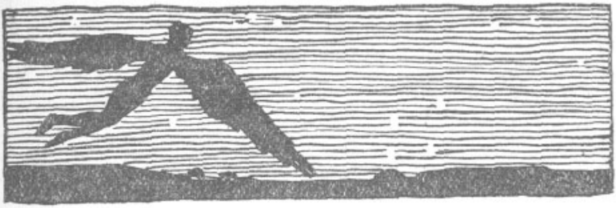
Quejábase más dulcemente la joven. Abriendo sus ojos parecía mirar desde un mundo distante...

Iban aquietándose las alas; y las hojas, que vola-

ban suspendidas, principiaban nuevamente a caer. Caían sobre ella, leves como suaves e interminables caricias que la besaban por todas partes.

Cuando Alsino se inclinó a expiar el rostro de la joven que volvía en sí, oyó ruido de pasos en la hojarasca. Temiendo el regreso de la otra niña, y del hermano de ella, salió volando por el hueco que los árboles hacían sobre el remanso. Al mirar hacia abajo vió en el agua, ahora quieta y dormida, otro ser a él parecido que volaba alejándose hacia las profundidades de la tierra.

Una suave laxitud comenzó a envolverlo. Ganado cada vez más por un dulce sueño, en pleno vuelo se cerraron, lentos, sus ojos.



XIX

NOCTURNO

No hay una nube en el cielo crepuscular de un azul violeta. Pero el sol aun envía sus últimos rayos de púrpura.

Quién sabe si algún muchacho indolente, tendido en la maleza, de cara al cielo, al distinguir apenas a Alsino iluminado, que va muy alto volando, le tome por la primera estrella que despunta.

Se oye el canto de los huairavos que pasan, abajo, rumbo de las lagunas y riachuelos.

Alsino no buscará como ellos la noche para pescar. Una vez más quiere gozar de la incomparable delicia de las quietas noches del otoño.

Después de ascender otro tanto, dispondrá sus alas para que tracen enormes y lentos círculos; y colgante de ellas como en una hamaca, al arrullo

de suaves y tibias brisas, dormirá recibiendo la luz de las estrellas y el fresco polvo del invisible rocío que desciende.

—¡Oh noches inagotables!—canta—otra vez volvéis!

Interrumpidos quedan los surcos, paralizadas las labores y vendimias. Una vez más, el día que acaba de pasar, no ha cumplido las esperanzas que en él se pusieron. Nuevamente defraudados, los hombres todos, comienzan a esta hora, como avaros que se mueven en las sombras, a trasladar el tesoro de sus ilusiones, al día por venir.

Moradores viviendo a la orilla de un río que se desborda y sube incansable, van mudando sus bienes de los sitios que las aguas aniegan, a otros más y más elevados.

Noche de abril, olorosa a viñas cuajadas de racimos, no sólo frutos abundantes madura en ti el otoño, tiéndense también a dormir los hombres bajo tu espesa sombra, cual semillas cubiertas de tierra oscura y liviana.

Más de uno que triste y cansado cayó en tu surco, ¡oh noche! mañana, se despertará florido como una amapola. Y estas horas negras, idénticas a tantas otras, se alzarán después en su recuerdo, como una montaña que se interpuso y torció el curso de sus aguas.

Pero ¡ay! como río subterráneo, también por tus entrañas sigue su marcha, y más invisible, el tiempo. El tiempo que aun en el día es ya tan transparente! Y los dolores que para muchos dormidos se aproxi-

man, por él vienen, como peregrinos y romeros por un camino real. Llegarán con el alba, y tan rendidos, y tan miserables, que sus huéspedes, aunque quieran expulsarlos, no tendrán jamás el valor necesario.

¿Quién sino es cada cuál, prestará albergue a sus propios dolores? Más compasivo que el destino, el hombre no los abandona y termina por sentarlos cada día a su mesa.

Ya se apagan las últimas fogatas de los campesinos y se extinguen las luces de los dispersos hogares. Distante y débil, surge apenas de la tierra el fulgor de las ciudades lejanas que pretenden, vanidosas, ¡oh noche! vencerte.

No sólo son sombras, lo que tú, a la tierra y sus moradores, traes. Madre de toda cosa impenetrable, tu oscuridad se presenta al igual de un viento imprevisto, avivando las innumerables interrogaciones que el hombre perennemente se hace. Ellas brillan como chispas que brotan de una hoguera encendida en la negrura de la montaña. Gritos de perdidos caminantes, oraciones te cruzan y suben invisibles. Traspasado de todas ellas, quedo en mis vuelos de cada noche. En sus ansias de llegar a la altura, flechas ciegas disparadas al cielo, las que en su camino me encuentran, sutiles y terribles me atraviesan. Por las heridas que me hacen las incontables oraciones de los hombres, canta mi ser, cuando, al igual de ahora, en vuelo silencioso ¡oh noche! te voy cruzando.

Cuando un pez nada en las profundas y lóbregas simas del océano, con él tropiezan las burbujas lle-

nas de aire triste que suben por largos meses de los buques náufragos. Así cada voz y cada ruído que ahora a mí llegan, llenos vienen de algo más liviano y penetrante que la noche ha depositado en ellos.

Sube el sonido de los besos de amor, en lejano crepitar de incendio; ascienden los vagidos de los que nacen a la vida, como balar de rebaños extraviados; trepan los últimos suspiros de los moribundos, con el leve quejido de los cierzos invernales.

Oigo a todos ellos a la vez, y risas perdidas y llantos tenaces. Y tal si la vida se paralizara, todos juntos forman un acorde siempre sostenido y constante. Un segundo se confunde con todos y cada uno de los segundos que siguen, y una noche viene a ser, así, la negra noche de siempre.

¡Dios mío! ¡oh trágica angustia, la de saber en este vuelo nocturno, que no hay sino presente! El está ante mí tan inmutable y eternamente idéntico, que se diría tu rostro. El tiempo no es sino la medida de los breves pasos de un hombre, recorriendo un camino que reposa, por siempre, a si mismo, igual!



XX

LA TEMPESTAD

En el amanecer oscuro, el aire viciado por inmovilidad, caliente y turbio, denso hasta la angustia, soportaba, rendido, el peso abrumador de una inmensa y monstruosa nube negra que llenaba, sin resquicio, el dilatado círculo del cielo.

Hediondo, de una fetidez vaga y desconocida, ni residuos de los valles, campos lejanos apenas visibles; ni lagunas de aguas pútridas; ni fermentos ignorados de frutos ponzoñosos que allí, en la montaña, pudiese haber, serían capaces de producir ese olor extraño que despertaba en Alsino, en las aves

y en los animales, el pavor expectante de un ancestral y remoto recuerdo sobre el anuncio vecino de ineludibles cataclismos.

Cuando los toros bravíos salieron inquietos de la espesura y, vigilantes, lanzaron poderosos bramidos de alerta; cuando las alimañas dejaron sus cuevas, e iban sin rumbo enloquecidas, ya hacía tiempo que las aves, en bandadas, volaban inquietas, dando estridentes voces.

En el silencio trágico de la contenida expectación, libre y sin freno, un ruido profundo subió de las entrañas mismas de los montes, y, sordo, poderoso e interminable, fué creciendo, hasta la exasperación, en hondura y terrorífica potencia.

La tierra osciló temblando. Como si bajo ella pasasen las olas del mar, en ondulaciones violentas de serpientes en fuga, los montes, antes quietos, danzaron en desorden como barcos anclados en una bahía insegura.

Una luz carmínea, tal el reflejo de lejano incendio, tiñó el cielo ensombrecido. Abajo, el áspero entrechocarse de las ramas de los árboles, ponía en fuga a los pequeños pajarillos, que volaban veloces dando agudos y breves silbos.

Como si los remecieran manos ávidas de traer a tierra los frutos inalcanzables, los bosques eran sacudidos por el temblor con ímpetu continuado. Chasquidos secos, crujimientos penetrantes, y caían ramas quebradas en la refriega. Y mientras algunos árboles, crecidos en el borde mismo de los barrancos,

se derrumbaban con estrépito, arrastrando consigo los terrones y las piedras que abrazaban sus raíces, de todos los bosques estremecidos, en lluvia suave y sedante, se desprendían las hojas interminables.

Pasado un tiempo indefinible en extensión, la tierra cesó de moverse. Los animales, todavía inquietos, azotaban con las colas sus ijares nerviosos y jadeantes. Las aves aun volaban sobre los montes, como tábanos en espera de que se aquiete el lomo de sus víctimas.

Distante y perdido, un trueno que venía del norte, hizo volver todos los ojos en esa dirección.

El silencio que siguió fué acrecentado por la inmovilidad en acecho.

Vívido relámpago cruzó en zig-zag de fuego contra las nubes oscuras. Fugazmente todo el valle, que desde la altura se divisaba, se iluminó con su resplandor verdoso y espectral.

Más sombría, tras su luz cegadora, quedó la mañana cenicienta.

En el silencio, un nuevo trueno rodó arrastrado, destacando, soberbio, su áspero sonido retumbante, prolongado y hondo.

Lejanos, otros relámpagos dieron su luz rápida, y truenos menores siguieron en són de batalla.

Comenzó a soplar, en ráfagas calientes y secas, un viento repentino. En ellas se hacía mayor esa fetidez extraña que anuncia la tempestad.

Lentas principiaron a disgregarse las nubes. Unas, bajas, blancas, deshechas a jirones, pasaron velo-

ces; trayendo la ilusión de que las otras, más altas y oscuras, volaban en dirección contraria.

Uno, dos, tres claros se hicieron entre los nubarrones últimos; y trozos de cielo, de un azul puro y sereno, se abrieron remotos.

Alsino vió caer las primeras gotas de una lluvia pasajera. Gotas dispersas que no dejaron huella, secadas por el hálito ardiente del huracán que se desencadenaba.

Invisible, en trombas frenéticas, el viento, antecedido por su ulular, avanzaba apagando los bramidos de los toros en fuga y los gritos extraños de los animales salvajes.

Aves arrebatadas y revueltas con ramas desprendidas, todas entre un turbión de hojas, pasan rápidas hacia al sur embarazadas por sus propias alas.

Cuando los árboles gimen silbando como las cuerdas de los navíos y torbellinos de polvo cruzan sofocantes en giros vertiginosos, Alsino, los ojos ardientes, secos los labios, la ondulada cabellera tremolando como negra llama, inquietas las alas enormes que al entreabrirse lo arrastran, sin contener por más tiempo el estremecimiento de locura que lo sacude, obediente a los deseos desenfrenados que en él libertan las fuerzas tumultuosas, dando alaridos de frenesí y deseoso de la terrible alegría que trae el ímpetu de la vida al desbordarse, abre sus alas y, sin esfuerzo, se entrega como las hojas desprendidas y el polvo de la tierra, al torrente invisible del viento de la tempestad!

Fácil como una carrera cuesta abajo, excitado por la velocidad más y más acelerada del huracán, Alsino siente la embriaguez de ir cayendo en inconsciencia. Sólo queda en su corazón una felicidad fiera y desencadenada, abierta a los deseos máximos que se le ofrecen sumisos y rendidos.

No con voz humana, extraño, ronco, grita:

—Voy sí, voy! Más lejos! Fuera de mí! Maduro como fruto que estalla y arroja sus sabias semillas al viento, mi alma anhelante rompe su cárcel. Vuela infinita y dispersa. Rápida busca todo confín!

¡Salve! ¡oh viento divino! Tú excitas y obligas a cortar las amarras a todas las naves y a todos los hombres. Tú llenas sus vidas de ardores terribles que nunca, por otro emisario, reciben!

¿Quién despierta y aviva esta furia del éxtasis? Delata tu paso presencia divina. Sólo ella es capaz de este fuego sagrado. Tú naces de alas supremas en vuelo!

El viento espantoso lo arrastra veloz, lo encumbra, lo suelta, lo vuelve a tomar y lo arroja iracundo! Rasga y muerde las plumas, busca arrancarle las alas, y brama! Bajo sus garras las alas vibran y rugen como grandes arpas!

El día turbio se oscurece más y más. Repentina se descuelga una lluvia torrencial.

Alsino gozoso la recibe y canta.

—Avido de ti, desnudo y danzando en los altos vientos, me encuentras ¡oh amplio bautismo! Unge

mi cuerpo: mi cabeza, mi espalda, mi pecho, mis alas, mis brazos, mis piernas!

En mis labios, vierte tus aguas. Ni vaso, ni cuenco de mano se mezclen. Directa mi boca las beba. No es sed, que es ansia! Diez gotas así yo reciba y sediento de todo perdure..!

La lluvia prosigue terrible. De tibia que era, pasa a ser fría y cortante. Caen las gotas como alfileres de hielo que pinchan las carnes desnudas de Alsino. Su cuerpo caliente, la lluvia evapora.

El agua enceguese su vuelo, y hace pesadas sus alas. Al viento mismo lo abruma y lo vence. Atronadora cae una manga de granizo.

Alsino, herido por los pedriscos, desciende.

En la cumbre de un monte, bajo los árboles espesos, lo rodea un blanco nimbo de vapor que fluye de su cuerpo ardoroso empapado de lluvia.

Contempla, la mirada incierta, el caer del agua.

Es una cortina que se hace más y más impenetrable. Un velo que va esfumando desde lejanas y altas sierras, desde llanos profundos y oscuros, hasta rocas próximas; y todo ello con un crepitar en crescendo que se mantiene máximo, por horas y horas, hasta turbar el ánimo.

Se forman hilos de agua que culebrean, arroyuelos que los reciben e hinchan y se desploman mugidores en torrentes que cavan grietas profundas en las laderas. En cataratas sonoras, se despeñan las aguas espesas y rojizas.

Después de largas horas de batalla, por instantes parece que declina el turbión, y cuando ya comienza

a nacer una esperanza, otra vez, y más fuerte que antes, arrecia ensordecedor un diluvio que ocupa cielo y tierra, llenando inagotable las horas que caminan lentas y rendidas bajo su azote. Arboles descarnados de la tierra en que afirmaban sus raigambres, caen a los improvisados torrentes, bajan rápidos y luego se atascan en otros que forman diques. Choca espumosa el agua en ellos, y sube, y batalla sin cesar buscando paso. Abrese una brecha con el derrumbe de una puntilla, y el agua impetuosa arrastra consigo los árboles que descienden a las llanuras.

Alsino dejó hace ya tiempo su primer refugio. Se ha guarecido bajo unas rocas que le dan más seguro reparo.

Imprevisto, otro recio temblor sacude la tierra y parece que disloca los montes.

El viento que espiaba, nuevamente comienza. La lluvia suelta sus látigos y busca contenerlo. Confundido, el viento vacila, mas luego acomete furioso. Las nubes se dispersan en fuga.

Cae el chubasco. Iluminado por el sol poniente es una inmensa red de araña, toda de plata desde los cielos tendida. El viento la hace flamear.

Las montañas, húmedas y oscuras, parecen islas que emergen de los valles inundados con el desborde de los grandes ríos.

Siempre en persecución de la lluvia, el viento va lejos. Su ausencia, mayor dulzura deja en el sosiego del aire.

En esa mansedumbre se percibe, frío, el perfume de los bosques y de la noche que viene.

Nubes olvidadas por altas, comienzan suaves, lentas, puras, en silenciosa esplendidez, una sinfonía crepuscular que se eleva resplandeciente.

Alsino la oye. Habla su corazón, mientras él, el ánimo embargado, lo escucha:

—Ved en nubes tenidas por vanas, unos tras otros los vivos matices de todas las flores y de todas las cosas que en tierra encarnan belleza; ved cómo adquieren las mil y una forma de todos los cuerpos que saben de actitudes divinas. Es mundo formado de sólo las cosas mejores que nunca descansan en tedio de rasgos, por siempre, seguros y quietos. Jamás satisfecho, ondula buscando, por todo un abierto e infinito camino, las formas futuras de ensueño.

Sin advertirlo la emoción interior, al ir creciendo, se hace en Alsino, ritmo y voz y vuelo.

Asciende recto y extasiado hacia las nubes.

Un inmenso coro desvanecido sube de las hierbas que dan su olor, de las aguas que lanzan su brillo, de los pájaros que elevan sus voces, de la paz que vuelve a regir, más solemne y completa, sobre los campos vencidos.

Cuando ya en la altura inmensa, a Alsino lo envuelve el resplandor luminoso de los castillos de niebla, y mira un instante hacia la tierra, atónito, sin percatarse de que es el rojo crepúsculo el que se refleja en las vastas llanuras inundadas, de que son

las imágenes de las nubes las que se ven luciendo bajo los cerros sombríos, exclama:

—¡Dios! Huracanes, diluvios y terribles temblores han dislocado la tierra. ¡Oh trágica maravilla! veo cómo vuelan dispersas entre las nubes resplandecientes, y acuden en poderosa ascensión, las enormes y oscuras montañas! Por el sutil océano del aire, libres vienen, como inmensas islas en vuelo!



XXI

SOLEDAD

Tiempo después de la tempestad, cuando los ríos volvieron a sus cauces y de la tierra, todavía húmeda, sólo se levantaban brumas débiles a la caída de la tarde; volando Alsino una noche, noche de grandes nubes y luna fugitiva, creyó ver, en la comarca que tenía bajo sus ojos, un paisaje familiar.

Con intranquila alegría fué reconociendo las lagunas de Torca y de Vichuquén; los lomajes y los viñedos; el puerto de Llico, donde clareaban las espumas del mar; y, a orillas del desaguadero, oscuro y triste, el grupo de chozas de la aldea donde antes viviera.

Era alta noche pasada. Los gallos cantaban dando las horas. El alba venía cerca.

Alsino, emocionado, bajó a las dunas, y fatigosamente fué por los oscuros repliegues y hondonadas de las blandas arenas.

En sus últimas estribaciones, los médanos inconstantes habían cambiado. La choza de sus padres se inclinaba bajo el peso de las arenas que alcanzaban, por un lado, hasta el techo de carrizo. Dos horcones la apuntalaban por el costado opuesto.

Todo dormía tranquilo. Bajo el cobertizo, plácidos, rumiaban unos bueyes.

Alsino se acercó a la puerta de su casa. A través de las rendijas salía una débil luz. Asomándose a la más ancha grieta, divisó en el interior del cuarto una vela de sebo casi consumida, ardiendo con una larga y humeante llama inmóvil. Empotrada en el gollete de una botella, sobre un cajón que servía de mesa de noche, la vela iluminaba la pieza con luz rojiza que hacía más negras y profundas las sombras. En el lecho de Poli no había nadie. Los rotos colchones estaban doblados. En el de la abuela se veía a la vieja medio recostada. Sus ojos parecían brillar. Un resoplido vago, cansado y gangoso, que mecía su cuerpo, se escuchaba apenas. Sus manos intranquilas iban y venían sobre las ropas hurgando y sacudiendo las descoloridas frazadas en una busca constante. Alsino, intranquilo, la espiaba. Veía, con asombro, el rostro de la anciana casi inconocible por lo flaco y desencajado. Cuando la vieja permaneció un rato con las manos quietas, y uno de los brazos se deslizó hasta quedar pendiente fuera del lecho, la tuvo por dormida.

Entonces metió la mano por entre las tablas flojas de la puerta e hizo resbalar la tranca.

Entreabriendo, temeroso, la puerta, inspeccionó los rincones.

En uno estaba la vieja silla de montar con sus mandiles rotos impregnados a sudor de caballo, olor fuerte y agrio. De las vigas enhollinadas colgaban la misma jaula vacía y los mismos envoltorios polvorientos que él viera por tantos años.

El brasero apagado y la negra tetera, estaban bajo la mesa. Ropas colgando en el rincón más oscuro y sobre varias cajas, encima de sacos medio vacíos, dormían unas gallinas. Nada inspiraba recelo.

Alsino con sus pies descalzos, que se posaban sin ruido, se fué acercando al lecho de su abuela. Se detuvo al ver que ésta, los ojos vagos y extraños, lo miraba y miraba.

Cesó la vieja un instante en el acesar de su fatigosa respiración, y sus ojillos hundidos e inseguros, se quedaron observando con más clara atención a Alsino desnudo y a sus enormes alas grises. Nada dijo cuando su nieto le tomó la mano colgante y la retuvo entre las suyas. Después sus miradas contemplaron largamente la gran sombra que arrojaba.

—Alsino! Alsino!—Fué ella quien primero habló, con voz apagada como un murmullo.

—Alsino!

—Sí, soy yo... ¿Está sola?

Al oir la voz de su nieto la vieja dió un débil grito, y crispada por el espanto, como queriendo huir, se

incorporó en el lecho, retirando su mano con insospechado vigor.

—Soy yo; soy Alsino, no tema.

—¡Dios mío! ¡Alsino! ¿Eres tú?—y cerró los ojos y dobló la cabeza, desfallecida como presa de un síncope.

Inclinado sobre el lecho, Alsino, confundido, no atinaba sino hablarle y hablarle.

Buscó a tientas algo en su ayuda por el cuarto. Sobre una mesa, había, en una olla de greda, cocimientos de hierbas aromáticas. Encima del cajón, encontró una cuchara impregnada del mismo olor.

La abuela se movió en el lecho. Rápido Alsino volvió hacia ella.

—Ven! niño, ven! ¿Dónde estamos? Llegó sin saber!... ¡Muerta ya! Bendito sea Dios!

—No, si está viva. No tema. Está aquí, en su casa.

—Alsino! ¿Para qué engañarme? Poli; bandido de tu hermano! me abandonó. ¿Y tus padres? ¿Sabes tú dónde están? Sola, enferma, meses aquí en cama... Si no hubiese sido por mi vecina. Ah! pero que tonta soy, tú debes saberlo. ¿No ven ustedes todo lo que ocurre en la tierra? Dime ¿cómo moriste? ¡Cuánto te he buscado, niño! Sólo tu sombrero encontré flotando entre los juncos.

—Pero, ¿entonces cree?... murmura Alsino.

—¡Qué alas tienes! ¿Y debes de andar así desnudo? ¡Pobre niño! ¡Ven! ¿No tienes frío? Acuéstate y abrígate; abrígate aquí conmigo, como cuando eras niño! Pero, no! No te acerques! Tengo miedo!

¡Dios mío! Retírate! ¿Qué es esto? —Y comienza a sollozar implorante.—¿Dime, Alsino, eres tú?

—Sí, soy yo, que he venido a verla, ¿por qué se asusta?

—¿Entonces ya estoy muerta? ¿Muerta yo? ¡Animas benditas! ¿Y este miedo? ¡Alsino!—grita rendida, y va desfalleciendo, y se turban sus ojos, y sus manos inquietas se agitan, y su pecho da resoplidos de ahogo. Después, sosegadamente, entra en un sopor, exclamando con voz entrecortada y estropajosa:

—¿Me has venido a buscar?... Y ya eres todo un ángel... No lo hubiese creído de ti... Já! já!... No te enojes... Eras bueno, sí, sí, muy bueno; pero... no lo entiendo... Y cuántas cosas sabrás... Vamos! cuenta...! ¿Podrías dejarme terminar esa frazada? Alsino!... ¿Qué debo hacer? Espera... ¿Qué pasa? ¡Hijo!... ¡hijo mío!...—Sus ojos buscan los de su nieto. Hacen un signo incomprensible. Alsino le toma una mano. Ella parece asentir. De su garganta salen voces incomprensibles y glú-glús, como de una botella en la cual el agua, invisible, sube.

Y lo mira con sus ojos más y más opacos que giran lentos en las órbitas profundas. La mano que Alsino tiene entre las suyas, adquiere, de pronto, un peso extraño; Alsino se estremece. Quiere comprender; pero no la suelta, y siente como se va enfriando.

—Abuela, soy yo! ¿Qué tiene?

—¡La he muerto!—exclama entre sollozos.—¿No me dijo ella que estaba enferma? Iba a morir pronto, esta misma noche, tal vez. Y no ha creído en mí! Me tiene por muerto.

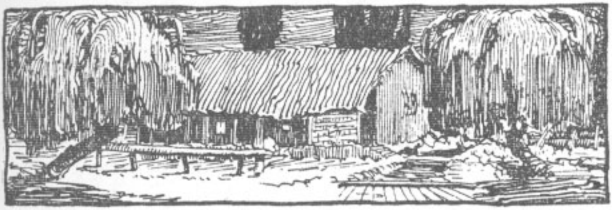
Silencioso llora. Al salir se sobresalta porque la luna empalidece con el alba que se avecina. Teme lo sorprendan. Vuelve a entrar confundido, y luego sale irresoluto de la choza.

¿Cómo enterrar a la pobre vieja? Sí, en las arenas. Allí es fácil. Tropieza con los horcones que apuntalan la miserable vivienda.

Se detiene dudoso. Luego toma uno de los horcones y, con gran esfuerzo, lo saca de su sitio. La choza cruje bamboleante y se inclina. Toma el otro, y lo quita rápido. Entonces las quinchas ceden y se quiebran con ruido. Las arenas sobre ellas se derrumban y sepultan la choza.

Alsino emprende el vuelo. Va silencioso entre los pájaros que celebran el nuevo amanecer.

CUARTA PARTE



XXII

EL PÁNICO

NUNCA, ni de día ni de noche, deja de haber arrieros que vayan viajando por todos los caminos. Así sea por atajos o despeñaderos peligrosos, por sendas desconocidas o amplios caminos reales, ellos, noche y día, van y vienen tras de las mulas y las yeguas madrinas, adormilados por el tintineo de las esquilas. De vez en cuando, al detenerse las tropillas para ramonear en los polvorientos matorrales, los arrieros lanzan gritos que turban la soledad. Las mulas prosiguen su marcha, y ellos, encajados en sus altas y estrechas monturas, vueltos al vaivén cansón que les imprime el paso de sus caballejos, oyendo el eterno sonar de los cencerros, recobran su mutismo y por leguas y leguas, camino adelante,

piensan, o dejan de pensar, en quién sabe qué cosas.

Son ellos y los carreteros que van en caravanas, en viajes que hacen interminables el tardo paso de los bueyes; son los faltes que recorren vendiendo géneros, baratijas y quincallas por los más apartados villorrios y lugarejos, los que traen y llevan por todos los rincones de la comarca, la extraña historia.

Mas, sucede que cuando ellos comienzan a relatar el misterioso asunto, los posaderos y campesinos, que conocen nuevos detalles, les interrumpen y no quieren oir nada hasta no desembuchar primero lo que ellos saben. Sólo así, y no sin el deseo de volver a comenzar, se resignan a oir tranquilos el extraño suceso. De boca en boca corre la nueva del ángel o demonio que, volando por los aires, visita la región.

Se diría que nunca han aullado tanto los perros. Aun a medio día, o cuando más tarde al entrarse el sol, con uno que dé el alerta, por todos los ranchos corre el calofrío del misterio al oir como, en aullidos incontables, los perros lloran en la indefensa soledad de los campos. La noticia sube a las cordilleras, donde los mineros viven entre las nieves y las eternas rocas; baja a las playas, y en las míseras caletas de pescadores, el misterio del mar hace mayor el pánico.

Los trenes que en el silencio de la noche cruzan los campos, se diría que lanzan con sus sirenas más angustiosos e interminables alaridos; los jinetes ya no confían en sus caballos, antes tranquilos,

porque éstos, a cada instante, amusgan las orejas y se espantan de una roca, de un árbol, de una sombra cualquiera, llenos de presentimientos. Se comenta con pavor en las posesiones de inquilinos cómo han recrudecido los robos y los asesinatos. Al entrarse el sol, ya están las puertas atrancadas, y bien pueden pedir auxilio los caminantes incrédulos, nadie saldrá a favorecerlos. Aunque a la media noche se sientan pasos furtivos y cloqueos de gallinas, todos prefieren perder sus aves y sus míseros bienes, antes que encontrarse cara a cara con el demonio.

Un periódico de provincia comenta la historia con tal ingenuidad, que los grandes diarios de las ciudades la aprovechan por varios días para burlarse de él y aumentar el tiraje de sus ediciones. Por una semana escasa es el tema de los más risueños comentarios. Como un señor tenido por desequilibrado y espiritista, publica artículos ampulosos tratando de engarzar el asunto en bien de su credo, y como no faltan frailes de aldeas que, sin creer en él, lo aprovechan para atemorizar a sus feligreses descarriados, hombres de ciencia, jóvenes y fervorosos, salen a rebatirlos y confiesan en largos artículos, el rubor que sienten ante la ilustración de un pueblo que acoge tales patrañas. Prueban de una manera evidente la imposibilidad del suceso y refieren otras ilusiones colectivas, de épocas pasadas, que mantuvieron el engaño sobre grandes masas de ignorantes y cretinos.

Una noche de fines de invierno, en una taberna y almacén de trapos y comestibles, en uno de esos clásicos boliches que nunca faltan en el cruce de dos caminos, un sargento y dos policías rurales aprovechan la celebración del santo de una de las niñas de la casa, y al mismo tiempo que evitan el cansancio y el peligro de la vigilancia nocturna, beben, comen y hacen el amor entre las bondadosas y fáciles mujeres.

Y la verdad es que no sólo el miedo, los robos y las depredaciones han aumentado. Para todos es notorio que el amor va requiriendo menos melindres y escarceos, como si todo el mundo, temiendo oir la trompeta del juicio final, tomase prisa en despedirse de la vida dejando satisfechos sus apetitos.

El dueño de casa está enfermo en cama. Los guardianes tienen así mayor libertad, y alardeando de heroicos ante las mujeres, aseguran, con mayor fuerza entre más beben, que quisieran encontrarse con el mismísimo demonio.

Las puertas están bien cerradas. Ningún ruido ni luz sale al exterior. Duermen en torno de la casa, grandes y espesos sauces, y tras de ella se extiende, negro, un huerto de naranjos.

Como la primavera recién comienza, no hay aún para Alsino frutos maduros. La vida le es difícil y hostil, pues sospecha el miedo que por todas partes infunde. En un comienzo llevado por la necesidad; luego, cada vez más tranquilo con la costumbre, y siempre al amparo del silencio en

que duermen los ranchos, una noche aquí, otra lejos, visita los gallineros y soberados llevándose consigo huevos, quesillos y lo que pueda servirle de alimento en esa su vida cada vez más frugal.

Es posible que nadie hubiese reparado en tan insignificantes robos, pero son muchos los que se aprovechan del pánico y quieren beneficiarse. Sin embargo él resulta, siempre, el único sospechoso.

Esa noche volaba buscando alguna casa solitaria. A pesar de la oscuridad, sus ojos experimentados descubrieron en el repliegue de los montes úna aislada por leguas de las más vecinas, y escondida entre grandes árboles. Bajó, llevado por su seguro instinto, entre los naranjos de un huerto, y no lejos de un corredor donde, sobre escaleras y barriles abandonados, dormían unas gallinas.

En cuatro pies, y todo lo encogido que le era posible andar, se acercaba, cuando un perro oculto en un rincón oscuro, sin titubear, se lanzó resuelto a atacarlo, levantando en el silencio de la noche gran desconcierto con sus ásperos y furiosos ladridos. Uno de los guardianes, que en ese mismo instante, contra uno de los pilares en sombra, desalojaba la cerveza bebida, vió a pesar de su naciente borrachera que, seguido del perro, alguien huía hacia el interior del huerto.

Aligerado de su peso y valiente por el alcohol, se lanzó tras el posible ladrón.

Alsino corriendo desesperado por entre los árboles que le impedían volar, por segundos enlazado en los altos hierbajos y sus recias marañas, trope-

zando en los troncos con sus alas, que el viento de la velocidad de la carrera entreabría, recibió, de pronto, de algo firme e invisible, tan recio golpe en el pecho, que cayó bruscamente de espaldas. Había chocado contra un alambre bajo tendido entre los árboles, donde, olvidadas, pendían algunas piezas de ropa puestas a secar.

El perro, envalentonado, de un salto cayó sobre Alsino alcanzando a darle en un brazo dos o tres feroces mordiscos, antes de que el guardián, que gritaba llamando a sus compañeros, llegase hasta él.

Con la algarabía y el estruendo de los disparos de carabina de los otros policiales, al acudir en auxilio los pajarillos dejaban los árboles y huían en la oscuridad estrellándose contra las altas ramas hasta caer despavoridos en la maleza.

Aprovechando el encontrarlo tumbado y medio inconsciente, todos le dieron a Alsino despiadados puñetazos y puntapiés, mirando por mantener ese casi aturdimiento, propicio a la seguridad y a la obediencia.

—Mire, mi sargento! ¿ataditos no se llevaba unos pavos el sinvergüenza?

—Espanten el perro!—gritó otro.

—Toma, mañoso!—dijo un tercero dándole una descomunal bofetada.

—Traigan luz! luz!

—Arriba, cochino!

Por entre la cerrada oscuridad de los naranjos fueron los policías demostrando con sus gritos y

golpes el entusiasmo que les despertaba la hazaña que venían de realizar. Al llegar al corredor una sospecha sacudió al sargento; y cuando todos, dentro de la pieza iluminada, vieron al preso y oyeron los gritos de espanto de las mujeres enloquecidas que volcaban las copas, un calofrío de terror y de misterio los poseyó, al ver que el ratero era un joven desnudo y esbelto, de piel rubia como la miel, de flotante cabellera y de enormes alas grises y entreabiertas, que levantaban un pequeño ruído al rasmillar, temblorosas, las paredes.

—¡Dios mío!—gritó despavorida la vieja dueña de casa, mientras, en alto, y como dos armas que apuntaran contra el prisionero, hacía con los dedos en ambas manos, la señal de la cruz.

Un sollozo contenido se escapó a Alsino y, sin poder remediarlo, lágrimas silenciosas se desprendieron de sus ojos. Iba sintiendo, cada vez más vivamente, las mordeduras del perro. Inquieto de dolor movía el brazo herido.

—Pero éste no es el diablo, mi sargento—dijo uno de los policías; un chico moreno y recio que batallaba por espantar su borrachera.

—Mire como lo ha dejado el perro! ¿No ve que está llorando?—Y como al acercarse envalentonado, a Alsino, éste, tímido y encogido escondiera el rostro, queriendo lucirse ante las mujeres, de improviso le dió un empujón que casi trajo a ambos por tierra.

—No me hagan daño—exclamó Alsino. ¿Por qué me maltratan?

—Déjalo ¡por Dios! Evaristo—gritó la vieja.

—Pero no ve, señora—dijo, medio enderezándose, el guardián—que este mañoso anda así por la pura fantasía? ¿Y le sale sangre, y se queja, y pide que no le hagamos nada? ¿Va a ser el diablo este sinvergüenza, sin cola y llorando como un maricueca?

El sargento y el otro soldado, intranquilos, no se cansaban de contemplar a Alsino, pero al ver que el rostro del preso comenzaba a hincharse y a ponerse morado con los tremendos golpes que antes le propinaran, renació en ellos la confianza.

—Vaya la carita que va luciendo con los machucones!—dijo el sargento.

—Traigan un cordel y lo llevamos, no faltaba más!—agregó Evaristo, el chico intrépido.

Convenientemente atado, las manos a la espalda, aprisionando así las alas, sacaron a Alsino.

—¿Y nos dejan solas?—gritaron las niñas, pálidas de temor.

—Yo las acompaño—dijo el otro guardián.

—Déjelo, mi sargento. Estoy seguro—argumentó Evaristo, el chico bravo, empinándose al pasar un gran vaso de vino—que éste es un falso y nada más. Ya verá cuando lo manipulee en el cuartel! Quédate, si quieres, Eustaquio.

—Pero de alba estás en el retén—ordenó el sargento. Lo hago sólo por usted, comadrita, y por las niñas.

Mientras los dos guardianes van por los caminos, sacudiéndole de vez en cuando algunos rebencazos a Alsino, que marcha fatigosamente amarrado a la cincha del caballo de Evaristo, el otro guardián, Eustaquio, aprovecha el desorden que en los ánimos de las mujeres dejara tan extraño suceso, y las protege entre sus brazos.

Pero las jóvenes, si se abandonan fáciles, no reparan grandemente en las burdas caricias del policía. Han quedado como deslumbradas con la aparición del cuerpo fino y desnudo de aquel hermoso mancebo de piel rubia como la miel.





XXIII

PRISIONERO

El retén de policía ocupaba los restos que quedaban habitables de una vieja casa de fundo. Separada del camino por un canal de aguas ocres, rápidas y murmuradoras, y por una reja destartalada, cubierta de enredaderas sucias, todo el ruinoso edificio, los arbolillos enclenques y los restos miserables de un jardín minúsculo, estaban cubiertos de verdín y hierbas locas. El invierno había sido copioso en lluvias.

De noche su aspecto era desagradable por la extraordinaria quietud que parecía vivir en acecho entre los muros inútiles y los tijerales descarnados, en las piezas sin puertas ni ventanas, abiertas al alto cielo.

Esa noche, caso extraño en la estación fría,

en ellas cantaban los grillos, pero pequeños terrones, empujados por una mano invisible, caían de los muros haciéndolos, a ratos, enmudecer y llenándolos de pasajera zozobra.

A esta casa triste han llevado a Alsino. En el cuarto más confortable tienen su dormitorio los guardianes, y en el vecino encierran a los presos. En medio de la habitación, a media vara de altura, encajada en sólidos soportes, hay una barra de hierro donde no sólo amarran de los pies a los presos temibles, sino a todos los infelices que allí caen; porque la habitación no ofrece seguridad alguna con sus puertas rotas y el techo podrido, con grandes claros por donde se divisa el firmamento.

Esta noche hay, además de Alsino, tres huéspedes a medio colgar de la barra. Un borracho, que durmiendo rezonga; un ratero experto en hurtos de gallinas y pequeñeces; y un hombrecito desconocido, gañán de poncho que se hizo sospechoso, porque, al preguntarle la policía si era forastero, dió explicaciones tan largas y embrolladas que causó un fastidio peligroso.

Para mayor seguridad, a Alsino, con la tijera que tusan los caballos, Evaristo, el guardián, le ha despuntado las alas.

—Vamos a ver, gallinita loba. . . .—le dijo. Y estuvo después, bromeando con tanta alegría que se retiró sin darles a los presos el puntapié de despedida, seguridad y revisión que en él era de reglamento todas las noches.

De algunos de los gruesos cañones de las plumas de Alsino, salen lentas y espesas gotas de sangre. La postura forzada, y para él desesperadamente incómoda, le obliga a estar de espaldas sobre sus alas mutiladas. Una congoja terrible lo desespera. De cara al cielo ve, por entre las vigas y tijerales desnudos, el vuelo casi imperceptible de unas remotas y pequeñitas estrellas.

Cuando los pasos de Evaristo ya no se escuchan, el ratero pregunta a Alsino:

—Dígame, hermanito, ¿qué era lo que le decía ese bandido?

Alsino, en la oscuridad de la habitación, oye su voz como en sueños y no responde.

—No se apene tanto, amigo—siguió el ratero.—Si, lo tengo visto, es por temporadas. Hay años en que las gallinas no gritan; pero hay otros, en que por diestro que uno sea, han de cacarear antes de que se las toque. ¿Lo pillaron con las manos en la masa? ¿Cuántas traía?

—¿Yo?

—Sí, Vaya...!

—Yo no traía ninguna.

—¡Buen dar! ¿Es primerizo? No sabe lo que le pasa del susto...

Alsino calló.

—Lo bien engreido que ha salido el roto—siguió el ratero.— Niega y después se calla.—Y precipitándose en él una ira violenta, exclamó fanfarrón:—Espera que salga de ésta y te encuentre por ahí! Estos pata de perro son los peores. No dejan a

nadie tranquilo, llegan, roban y se van; y después cargan con uno!

Afuera se sentían pasos que se acercaban. Eran el sargento y Evaristo. Venían a toda prisa después de referir al dueño del fundo y subdelegado, la extraña captura.

Encendieron una vela. Con trabajo desatáron a Alsino. Sobre sus pies, que las amarras dejaron hinchados e insensibles, apenas podía sostenerse. En silencio, las manos nuevamente atadas a la espalda, sin que ellas pudieran ahora retener las alas cortadas, Alsino, arrastrado con fuerza de los brazos, caminó con rapidez, entre los guardianes, hacia el fondo de la casa abandonada. Atravesando un potrerillo inútil, con árboles dispersos y viejos, al parecer higueras y perales, tal vez sobrevivientes de un antiguo huerto, llegaron a un puente tendido sobre un canal seco. A pesar de la oscuridad se dibujaba, allí cerca, la silueta de una enorme rueda hidráulica de la que caían chorrillos de agua sonando cristalinos y armoniosos al chocar contra las piedras descarnadas del cauce. Por una puertecilla escondida entre la zarzamora, pasaron, a través de gruesos tapiales, a un bosque extraordinariamente oscuro y quieto. No disminuyeron por eso la rapidez de la marcha.

—¿Se habrá levantado ya? preguntó el sargento.

Evaristo no contestó.

Iban por un camino parejo y fácil, pero en la negra espesura no se veía nada.

Al fondo pareció brillar una luz. Perros ladraron. Los guardianes dieron voces.

—Malacara! Capitán!

La luz era la de un farol. Colgado en uno de los pilares de un corredor, diseñaba en la penumbra de la noche, una enorme casa de dos pisos. Hacia los costados, medio ocultas entre los árboles, otras construcciones, vastas y confusas, fundidas en las sombras, se adivinaban apenas.

En el segundo piso, una puerta se abría sobre el corredor de los altos, y una claridad débil se vió brillar en el interior. Alguien gritó:

—Suban!

Unos perros se acercaron y siguieron, entre zalameros y desconfiados, tras Alsino y los guardianes, olfateándolos cuidadosamente.

Al entrar a la pieza donde brillaba la luz, sintieron la agradable sensación de una atmósfera tibia y tranquila. Era, sin embargo, una habitación enorme y casi desmantelada, con sólo un estante y una mesa. Un señor de poncho, bufanda al cuello y sombrero puesto, se adelantó hacia ellos. Los cordones sin atar de sus zapatos, a cada paso, azotaban suavemente las tablas desnudas del piso.

—Este es el reo, patrón.

—Acércate!—le dijo a Alsino el señor del poncho. Tomó la vela que brillaba sobre la mesa, y la mantuvo en alto.

—¿Cómo te llamas?

—Me dicen Alsino.

—¿Robando gallinas, ah? ¿Por qué andas desnudo? ¿Y qué es eso de las alas? ¿A ver?

Los guardianes se apresuraron a hacer girar al prisionero para que mostrase la espalda.

El señor del poncho examinaba, con asombro y curiosidad, las alas cortadas llenas de pegotes de barro amasado con sangre.

—¿Qué significa esto?—dijo alumbrando muy de cerca la cara de Alsino.—Estas alas ¿de dónde las sacaste? ¿Por qué tienen sangre? ¿Vuelas?

—Sí, volaba... Me las han cortado—masculló Alsino.

—Yo se las despunté, patrón—interrumpió Evaristo.—Primero se las quise sacar, creyendo que eran sólo humorada del roto.

—Pero ¿de dónde te vienen? ¿de dónde pueden haberte venido?

Con temor y reticencias, después más tranquilo, al asegurarle que nada se le haría, Alsino fué contando, contando, con voz entrecortada, algo de su extraña existencia.

El curso del breve y maravilloso relato serenaba los incrédulos semblantes. Los policías perdían, con su tendencia irónica, los últimos restos de la embriaguez. Se escuchaban toses sofocadas en el cuarto vecino, y débiles crujidos de un lecho, en el que, pesadamente, alguien se revolvía.

Un murmullo imperceptible, en torno de la casa, fué creciendo más y más.

—Espera, dijo el emponchado. Asómate Evaristo. ¿Está lloviendo?

Evaristo desde el corredor, respondió:

—No, don Javier. Es el viento que se levanta y mueve los árboles. Parece, sí, que va a llover.

—Bueno. Lleven a este muchacho a donde Banegas. Aloja tú con ellos. Oyelo bien ¡nada de brutalidades!

—No temas—dijo dirigiéndose a Alsino. Te vas a quedar aquí en la casa. Pero ¡ay de ti si tratas de escapar! Y usted, sargento, pídale a la Candelaria una manta vieja y se la da, mientras tanto, a este muchacho.

—¿No tienes frío? le preguntó a Alsino.

—No, señor.

—Bien, váyanse!

Los pájaros, afuera, comenzaban a cantar.

—Cómo! ¿está amaneciendo?

—Sí, ya comienza a aclarar.

—Entonces llévenlo allá, y me esperan.

El señor del poncho, penetró en una pieza vecina, abrió las ventanas, y a la vaga claridad del alba se lavó y fué vistiéndose, no sin dificultad por lo escaso de la luz y el desorden en que se encontraban sus ropas revueltas y dispersas sobre el lecho y las sillas.



XXIV

VEGA DE REINOSO

SIGUIENDO el camino hacia el portillo de Maltusado, en la provincia de X. desde los primeros contrafuertes de la Cordillera de los Andes, por verdes ensenadas, abras angostas, cerros suaves y redondos, cubiertos de retazos de bosque indígena, y otros altivos y desnudos, sólo erizados de rocas amenazantes y de espinudos quiscos, se extiende la hacienda de Vega de Reinoso.

Escasa en tierras de riego, fértiles potreros vecinos a las barrancas del río; rica en rulos trigueros; con viejos viñedos de fama lugareña; abundante en montañas vírgenes; y con leguas y leguas de serranías, aptas para pastoreo de temporada, es un feudo valioso y pintoresco.

Viniendo del pueblo, al pasar el portezuelo, ya desde la cruz de madera allí plantada para rememorar un alevoso asesinato, cruz a la que siempre alumbran velas humildes que comienzan a brillar más y más a medida que el crepúsculo se entenebrece, divísanse, aun distantes, en la oscura hondonada de este lado del río, que a esa hora refleja el mortecino resplandor de los arreboles, unas luces que pestañean amigas tras confusos arbolados. Son las de las casas de la hacienda.

El raro viajero que cruza por esa solitaria región, comenzada ya la noche, al sentir en sus carnes el primer escozor del vientecillo helado que se levanta, mientras sigue camino adelante, contempla largamente, con ojos de envidia, el dulce reclamo de esas luces.

Un callejón breve y oscuro, metido entre tupidos zarzales y álamos viejos cubiertos de quintral, siempre inundado por el desborde de las acequias, va recto hacia una plazuela, sombreada por acacios y olmos añosos, extendida en semicírculo en frente de extensas y aparragadas construcciones de adobes y tejas: antiguas bodegas, galpones ruinosos, pesebreras improvisadas, graneros y amplios corrales. Hacia un extremo asoman las enormes casas de habitación de dos pisos, rodeadas por corredores interminables. Dueño de esas casas, y de todo lo que encerraban leguas y leguas circundantes, fué don Javier Saldías. Don Javier era un hombre fuerte, grueso y simpático, de ojos azules, tez tostada y lozana, y con una cabellera revuelta

como si acabase de recibir en ella un gran golpe de viento. Hospitalario y generoso, tomaba, sin embargo, a sus favorecidos de una temporada, por motivos insignificantes, odios de no despreciables consecuencias.

En su hacienda, cultivada rutinariamente, implantaba, por convencimientos precipitados, novedades extrañas y mejoras costosas en detalles de tercer orden. Pasó un tiempo con marcada preferencia por los afanes mecánicos. De allí nació la instalación de la enorme rueda hidráulica que, cerca del retén de policía, iba, inmóvil, pudriéndose. Nunca quedó terminada la tonelería y taller que la rueda debía servir. La rotura de una abrazadera, luego de otras piezas más importantes, y las dificultades para encontrar herreros competentes, hicieron que, un buen día, colérico, echase rueda y todo, al diablo! Allí quedaron...

Sus relaciones de familia y su audacia en el manejo electoral, abríanle atenciones y facilidades. Así la municipalidad de Reinoso era hechura suya, y la policía, un cuerpo de su servidumbre. Sin sentido sólido de la realidad, seguía siendo el muchacho altivo de su juventud, acrecentado, con la costumbre, un dón envidiable: el de imponerse, sin gran esfuerzo, en toda clase de reuniones.

La muerte de su madre—allí, en la hacienda,—una anciana octogenaria, ocurrida el mismo año, y poco después de la muerte de su mujer, una tímida señora, sobre la cual pasaron, doblándola, los huracanes de su marido, le dejó solo y confuso

con sus dos hijos. Sus hermanas vinieron a verlo. El, necesitado de compañía, no las dejó regresar.

La señora Dolores, viuda, sin hijos, se resignó pronto, encontrando en la descuidada educación de sus sobrinos un trabajo preferente. La señorita Matilde, la hermana mayor de los tres que, por su soltería e ingenuidad, siempre fué mirada y tenida por una menor incapaz, de vez en cuando, a regañadientes, volvía a protestar de su destierro; pero a sus quejas nadie, nunca, les prestó atención.

La verdad es que sonaban, siempre, tan a destiempo, que apenas si hacían sonreir indiferentes.

Las particiones entre ellos fueron confusas. Si la señora Dolores se conformó con las embrolladas condiciones impuestas por su hermano, la señorita Matilde seguía alimentando, secretamente, la idea de que le habían robado; pero había perdido el hábito de hablar en los casos difíciles.

Sentada en el corredor de los altos, en interminables costuras y tejidos, enteraba los días. Precavida, movíase poco, pues le corrían agujas por el cuerpo. En su gordura blanda y fofa, como la de una almohada, llevaba ocultas tres o cuatro agujas. Enterradas en distintas ocasiones, desaparecieron en sus carnes con tal rapidez, que fué imposible extraérselas. A juzgar por los dolores imprevistos que sentía, las agujas, dispersas, iban muy lejos de los sitios por donde penetraron. La señorita Matilde temía que, tarde o temprano, le pinchasen su corazón.

La señora Dolores era una mujer fea y des-

garbada, con un comienzo de bocio en el cuello deforme, de voz agria y continente antipático. Se levantaba cada día más de madrugada, cuando el primer toque de campana, llamando a los peones, era devuelto por los ecos de los montes. Vigilándolo todo, en perpetuos trajines, tenía una constancia abrumadora para repetir, sin ira, sus órdenes anteriores aun no obedecidas.

Los empleados, sin quererla, la acataban, pues siempre se sentían confusos ante ella. Nació así un respeto que fué fortaleciéndose y que superó al que demostraban hacia su hermano. Don Javier, orgulloso, no quería darse por enterado de tal supremacía y en la mesa y, más aun, si había comensales extraños, burlábase groseramente de ella. La señora Dolores decíale, en respuesta, cosas insignificantes. Pero como su vida vacía necesitaba emplearla, por ser de naturaleza laboriosa, sin titubear ponía en todo un poco de orden y de actividad.

Padeciendo de continuados insomnios, ocupaba los largos silencios nocturnos en idear mejor sus futuros afanes. Cuando en algunas noches dábase a pensar, tristemente, en sí misma, la sorprendía el alba sin pegar los ojos. Mas, las jornadas que seguían a tales meditaciones, eran de una actividad tan extraordinaria, que su cuerpo y su espíritu, castigados con el esfuerzo, recuperaban en la próxima noche el olvido del sueño.

Abigail, su sobrina, la respetaba, pero, al igual de todos, no sentía gran afecto hacia ella. Sólo, a veces, en algunas tardes, cuando ante lo apacible

de la hora quedaban inadvertidos lo agrio de su voz y lo desmedrado de su figura, las palabras serenas de su tía, impregnadas de olvido y sacrificio, perturbaban su alegre vida inconsciente. Entonces Abigail hacíale, con timidez, una caricia; pero, en seguida, por largo tiempo, parecía empeñada en huirle.

Siempre jugando con su hermano Ricardo, pobre ser tardío, como con una muñeca grande, a fuer de consentida en todos sus caprichos, era alegre y traviesa como un pájaro.

Cuando llegaba la noche, a su padre, que tenía sus ribetes de sibarita y que gustaba, antes de dormir, que ella le rascase la cabeza, dábale, de pronto, furiosos besos y abrazos, como los de una enamorada. Don Javier, ajeno su versátil espíritu a preocupaciones y compromisos, se dormía sonriente.

Así ocurrió la última noche. Al despertar, con motivo de la captura de Alsino, vinieron nuevamente a atenazarle mil quebraderos de cabeza.

El trigo y la cebada crecían mezquinos. Deudas hipotecarias mal servidas, le hacían contratar préstamos particulares para cancelar dividendos atrasados. Estaba en vísperas de un nuevo pago, por tres veces postergado, merced a peligrosas maniobras; y era aún imposible pretender la venta en verde del trigo, a los molineros, unos tales Soloveras, godos avaros, que operaban muy so-

breseguro. ¿Qué ayuda podía esperar de sus vecinos, si todos parecían alegrarse de su situación?

Cuando don Javier caía en tales sospechas, montaba en ira sorda que iba acrecentando la situación desarmada en que la falta de dinero le tenía. Pero, hombre de recursos inagotables, sin repetir las venganzas, iba desde chanchos en sembrado ajeno, cercas rotas, o incendiadas, hasta hacer que el canal mediero rompiese pretiles y tuviese en seco, por no poco tiempo, a los vecinos molestos.

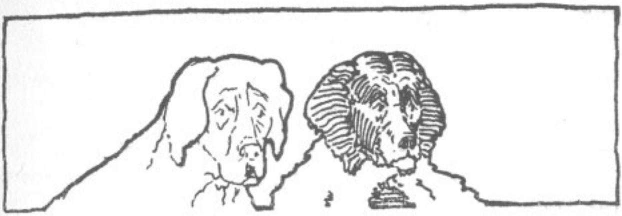
Para colmo de afanes, desde el año anterior había sentido la debilidad de meterse en negocios de minas. Cayeron en buen momento los descubridores de una veta de cobre situada en el solitario cajón de Las Loicas, en su propia hacienda. Y ahí estaba, maldiciendo el dinero gastado, y él que aun había que invertir para salvar el anterior. Le alentaba la remota posibilidad de poder endosar el negocio a unos yanquis, que habían anunciado un viaje de estudio por esa comarca.

La captura del extraño prisionero, hirió vivamente su imaginación, haciéndole concebir esperanzas descabelladas. Pensó exhibirlo; pero el imbécil de Evaristo le había cortado las alas. Después de todo, quién sabe si más valía esperar! No fuesen a llegar, en su ausencia, los yanquis. Mientras se vestía a la luz de ese gris amanecer, dábase a pensar en lo difícil que le sería mantener el secreto. Afortunadamente el invierno había

roto puentes y caminos, y toda la región estaba aislada.

Cuando salió afuera, en busca del prisionero, sonrió complacido, como si el aire fresco hubiese disipado sus últimas incertidumbres.





XXV

EN EL HUERTO

La señora Dolores y la señorita Matilde entraron juntas en espera del desayuno. A esa hora, y por lo oscuro del día ceniciento, en el comedor reinaba una claridad escasa. En el aire viciado flotaban el olor rancio y desvanecido de cigarros fumados en la noche anterior, el agrio aroma de restos de licores que quedaban en las copas, y el perfume mortecino y sombrío de flores mustias que se deshojaban silenciosas sobre la mesa.

En aparadores y trinches, muebles enormes y oscuros, adosados a la pared del fondo, clareaban apenas los espejos.

La gran mesa, flanqueada de numerosas sillas

que quedaron en desorden, estaba aún llena de migas de pan y de servilletas revueltas.

—¡Margarita! ¿Dónde se ha metido esta muchacha? exclamó la señora Dolores, indignada ante tal incuria.

Se sintieron pasos en el corredor y apareció don Javier, gritando:

—Gran noticia! gran noticia! ¿ustedes eran las que no creían en el diablo o ángel que tantos habían visto volando?. ¿Eran ustedes? Pues vengan; síganme. Mucho secreto. Anoche, la policía le echó el guante.

—Javier, por Dios!

—Lo tengo aquí al cuidado de Banegas.

—¿Pero es cierto?

Una joven, seguida de un niño venía bajando rápidamente la escalera que comunicaba con el piso alto de la casa.

—¡Papá!—gritó la joven, corriendo hacia don Javier.—¿Dónde? ¿De veras?—Avanzaba esbelta y graciosa; era blanca, de dorados cabellos castaños. Cuando se llegó a su padre, y besándolo en la mejilla, dióle los buenos días, su rostro se coloreaba, y la agitación de la carrera seguía meciendo apresuradamente su pecho y entreabría su boca de labios encendidos y húmedos dientecillos.

—¿Quién te contó?

—¡Vaya! si lo saben todos.

—¡Qué gente! exclamó disgustado don Javier.

Llegó a juntarse con ellos el niño: una pobre criatura blanducha, de piernas que cedían al peso

del cuerpo y con una cabezota poco firme sobre el pescuezo, delgado y débil. Tenía la mirada vaga, la expresión sonriente y desvanecida.

Todos se dirigieron hacia la posesión de Banegas, el hortelano.

Las casas estaban separadas del huerto por una fila compacta de álamos colosales.

Había entre los álamos y la casa un patio extenso, abierto y olvidado. Grandes encinas, acacias nacidos en desorden, zarzas creciendo en enredados ovillos, cicutas olorosas y multitud de libres malezas, vivían allí entre viejas e inútiles maquinarias agrícolas, arrumbadas en desorden, a las que la humedad y la herrumbre mordían sin descanso.

Sobre las segadoras abandonadas, en los grandes rastrillos de la siega, en arados rotos y carretillas tumbadas, trepaban las gallinas ociosas.

De un montón de guano salía un vaho blanquecino. Unas carretas vacías, esperaban. Los bueyes, aburridos, se entretenían en rumiar. Algunos, echados en el suelo, dejaban al compañero de yugo que permaneciera en posición forzada, el cuello torcido e inmóvil.

Al llegar a la casa de Banegas, en el deslinde entre el patio y el huerto, no divisaron a nadie.

El cielo del cuarto era un empolvado jergón roto y lleno de grandes manchas. Cuando se asomaron a la puerta, varios ratones, que se paseaban meciéndose en la tela como maromeros en la red, arrancaron veloces.

Se desprendió del jergón estremecido un polvillo lento y silencioso.

Por la puerta que daba a la arboleda, penetraron con prisa dos mujeres. Confusas, al ser sorprendidas, trataron de pasar rápidas, con la cabeza baja.

—Margarita, ¿qué andas haciendo?

Pero ya la interpelada corría por el patio hacia las casas.

—¿Dónde está? preguntó don Javier deteniendo a la más vieja de las dos mujeres.

—Está al lado de los almácigos... ¡Por Dios!, señorita...—sólo pudo exclamar la anciana, dirigiéndose a la señorita Matilde.

En el huerto no apuntaba aún la primavera. Sólo de los altos álamos, bajaba el fuerte olor a almizcle de los brotes nuevos; y de unas enormes mimosas en flor, entre un zumbar de abejas, fluía una dulce fragancia.

Tratando de ocultarse tras las malezas, dos hombres buscaban pasar sin ser vistos.

—A ver, Calixto; y tú, Régulo, acérquense!

Don Javier se retiró aparte y, colérico, dió órdenes estrictas al campañista y mayordomo de no meterse donde no los llamaban. Ahora, a guardar silencio! El primero que en el fundo anduviese con cuentos, se le expulsaría.

Las señoras mayores, prudentes, se habían quedado aguardando a don Javier.

—Abigail, espera!—gritaron. Pero la joven, impaciente, proseguía su marcha llamando a su hermano.

—¿Tienes miedo, Ricardo? No seas tonto. ¡Ven!

Acompañada del niño, siguió llena de curiosidad.

Después de recorrer el largo parrón desnudo aun de hojas, cerca de unos almácigos en abandono, en un claro que había hacia el poniente, divisaron a Banegas con su pala de regador al hombro.

Detras, sobre unos terrones, al borde de la acequia, vieron a un joven sentado. En torno de él había un semicírculo de perros grandes y pequeños. Reconocieron entre ellos a los perros de las casas. Allí estaban, entre otros forasteros, Malacara, la Popea y Capitán.

En derredor del joven de pie, o sentados en sus cuartos traseros, no le quitaban los ojos, pacientes como jauría que bloquea una cueva impracticable donde se acaba de ocultar un zorro.

Algunos se relamían y estornudaban nerviosos, restregándose el hocico con las patas. Otros, aullando breves, permanecían quietos.

Pero, de pronto, todos, en silencio, comenzaron a mover las colas, azotándose los flancos. Nerviosos hacían ondular sus cuerpos en contorsiones de serpiente, tan atentos y preocupados del joven, como si aguardasen que les lanzara un bocado.

La joven y el niño, que se acercaban temerosos, oyeron con asombro la voz muy natural y tranquila del joven dirigiéndose a los perros, como si con ellos conversara.

Banegas bajó su pala. Afirmado en el mango, no sin recelo, se puso a observar, con expectantes ojos, escena tan extraordinaria.

Un ruido entre la maleza, hizo que el joven

enmudeciera. Eran don Javier y las señoras Matilde y Dolores que llegaban.

Banegas, al ver a sus patrones, quiso sonreir, y sonrió, pero con falsedad. Lo incomprensible le preocupaba por sobre todo otro miramiento.

El prisionero, al divisar a los recién llegados, se puso de pie. Bajo la manta, demasiado grande, parecía un jorobado. Con sus ojos húmedos y tímidos como los de un ciervo, contemplaba a una y otra de las personas que le rodeaban. Los perros, demostrando descontento, intranquilos, lo cercaban estrechamente.

—Banegas, quítale la manta—ordenó don Javier.

—Nó. ¿Qué vas a hacer?—reparó preocupada la señorita Matilde.

Pero ya el mismo prisionero se sacaba la manta. De unos grandes, viejos y grotescos pantalones, surgía su esbelto tronco desnudo. Los cabellos largos y revueltos, caíanle sobre los hombros.

En su rostro alargado y enjuto, brillaban los grandes ojos negros, dulces y penetrantes. La nariz era recia, aguda y fina, de aletas temblorosas. La boca grande, de labios extraordinariamente delgados, que se cerraban firmes, hacía pensar en una enorme cicatriz.

Los espectadores dieron la vuelta en contorno del joven y contemplaron sus espaldas. Ya se había lavado las alas mutiladas; pero ellas aun conservaban algunos costrones, y se veían sucias y miserables. Las costillas diseñábanse claramente bajo

la piel, modelándose, en acusado relieve, fino y neto, hasta los más pequeños músculos.

Pasaba el tiempo y nadie era capaz de pronunciar una palabra. Por fin, don Javier ordenó que lo siguieran.

Tras él fué Banegas, con el prisionero. Rodeado de los solícitos perros, Alsino marchaba con dificultad, acariciando la cabeza de los más próximos. Cuando algún sarmiento colgante del parrón, tocaba sus espaldas desnudas, rápido y temeroso volviendo el rostro, contemplaba a las señoras que iban pálidas, al niño que le sonreía inconsciente, y a la joven que lo miraba con los ojos llenos de lágrimas.



XXVI

MIENTRAS EL AGUA CORRE

A PESAR de todas las prohibiciones, Abigail y su hermano iban al huerto cada vez con mayor frecuencia, en busca de las historias extraordinarias que Alsino contaba.

Banegas, ganado por la mansedumbre del prisionero, lo dejaba en libertad dentro del recinto de la arboleda. Pero, hortelano afanoso y querendón de su oficio y de esa parcela de tierra que él mulliera por tantos años, trató de sacar algún partido de su huésped. Fué así como Alsino quedó encargado del riego, mientras él, sin tregua, dedicábase a perseguir las malezas de la primavera, que amenazaban ahogar almácigos y plantíos.

Era allí, al lado de las melgas de hortalizas, mientras el agua corriente venía por las acequias de regadío para caer en ellas con cristalino rumor, atento a las basuras que se atascaban, y solícito a trazar pequeños regatos que llevasen el agua a las partes altas, donde Alsino refería, nostálgico, los recuerdos de su vida. Para esos jóvenes sedientos de maravillas, eran historias más preciadas que todos los cuentos y consejas que antes buscaban oir de labios de las viejas sirvientes.

Como por el estorbo de sus grandes alas, Alsino no podía usar ni una mala camisa, y resultándole embarazoso y demasiado abrigador, ante la tibieza de los días primaverales, el poncho de castilla que le habían asignado, de medio cuerpo arriba, se pasaba desnudo.

Embotados por el hábito sus sencillos pudores, Abigail fué acostumbrándose, no sin embarazo, a contemplar a Alsino con sus alas desnudas.

Es cerca de medio día. Los dos hermanos están sentados en un oloroso montón de malezas secas. Abigail muerde con sus finos y blancos dientes, una ramilla que tiene un sabor singular. Ricardito, con su vaga sonrisa de siempre, y sus ojos que danzan lentos y tristes, oye absorto.

—¿Cuándo?

—No lo sé, pero vendrá.

—¿Le han ocultado su visita a don Javier?

—El nada sabe. Asegura tía Dolores que el párroco lo librará a usted del maleficio que sufre.

—¿Viene a ponerme en libertad?

—No; a exorcisarlo.

—¿Qué dice?

—Anoche comentaba con mis tías sus terribles aventuras. Lo dura que le es la vida cuando llega el invierno y comienzan a escasear y luego se agotan los frutos silvestres y, rechazado por el miedo de las gentes, tiene usted que soportar el frío, el hambre y la soledad. Confundidas, rezamos por usted. Nunca dejaremos de destinarle una de nuestras oraciones. Tía Matilde, que es una santa, pidiéndole a Dios por su suerte, ha pensado, aunque papá se enoje, que nadie podía hacerle mayor bien que nuestro párroco. Es un viejito tan bueno. ¿Por qué no ha de librarlo él de todo daño?

Alsino escucha emocionado y mudo.

—Y ¿qué piensan hacer conmigo?

—Mi padre ¿no lo ha adivinado? quiere exhibirlo como a un monstruo, Alsino! Quiere llevarlo para que lo vean las gentes de las grandes ciudades. Perdónelo, papá está enfermo. Si usted supiera cómo las deudas le roban el sueño. Ahora ha ido a la ciudad.

—¿No está él aquí?

—Salió en la madrugada. Estará varios días ausente. Fué a vender en verde sus siembras a los molineros. No le aceptarán. Pero él va dispuesto a cualquier cosa. Necesita dinero para detener la ruina. Luego espera resarcirse con creces exhibiéndolo a usted.

—¿Cree él que las gentes tendrán interés en verme?

—¡Oh! sí. ¿Quién lo duda? todo el mundo buscará contemplarlo, tocar sus alas, hablarle, escuchar lo que usted diga; y en los recintos cerrados de los grandes teatros, sentir entre el silencio de la multitud, el ruido de sus alas.

—Se diría que usted refiere algo que ya ha visto.

—¡He pensado en ello tanto! Tal vez por eso ya no podrá ser. Nunca será; porque cuando el destino descubre que se le adivina, dice tía Dolores, tuerce el rumbo.

—¿Cómo es posible que quien así sabe tanta cosa oculta, se entretenga oyendo las aventuras de mi vida?

—¿Qué es lo que yo sé? No se burle. ¿Y cómo no escuchar lo que refiere? Si nada dijera, y permaneciese siempre mudo, así, con sus alas a la vista, ¡qué de cosas extrañas no haría imaginar a quien lo viese! ¿De qué le serviría callar? ¡Explotarlo como a un monstruo! Aun cuando papá se disguste, pediremos al párroco que venga en su ayuda.

—En mis relatos—comienza a decir Alsino—he hablado con mayor viveza de mis sufrimientos que de toda otra cosa. Las cicatrices son pliegues que no se borran, por eso las tenemos siempre presentes; los pliegues que hace la alegría pronto desaparecen. Todos esos dolores fueron verdad; pero vea qué placer ahora me regalan, al proporcionarme medios para encadenar su atención.

Con lánguido gozo, como un convaleciente, los voy refiriendo. De qué gran bien estaría privado si no me hubiesen herido!

La desgracia de mi prisión y de mis alas cortadas, han hecho posibles el oir su voz, y saber ¡oh Dios mío! por primera vez, que en la mujer, de la que mis vuelos y mi soledad me alejaban, hay una dulzura desconocida. No sólo se conduela usted de mí, alégrese también.

La joven se ha puesto de pie.

—¿Qué hace? ¡Oh! no se vaya!—exclama Alsino.

Abigail, acompañada de su hermano, como si las malezas enlazaran sus pies, se aleja caminando con extraño esfuerzo.

Las bandadas de chirigües, que cantaban hasta aturdirse, posadas en los durazneros desnudos, se asustan a su paso y emprenden atropellado vuelo.

Alsino sigue con los ojos a Abigail e, indiferente a lo que le rodea, no ve como, de las melgas inundadas, el agua comienza a rebalsar silenciosamente.

. . . .

Volvieron las enormes bandadas de chirigües, cantando aturdidos hasta desgañitarse, como alegres borrachos que hiciesen tintinear las copas.

Alsino, atento al riego, quedó todo el día interminable en espera de algo desconocido.

El sol comenzaba a esconderse. Pronto las grandes nubes se descoloraron.

Ya oscurecía, cuando de la tierra en sombra,

en la melga que regaba, salió una viva claridad de plata, cabrilleando resplandeciente. El agua de riego al avanzar bajo los copudos y negros naranjos, que impedían ver a Alsino que la luna se levantaba, había recibido su reflejo.





XXVII

LA AYUDA PARROQUIAL

Antes de lo que esperaban se oyó el leve rodar del carruaje del cura. Cuando se asomaron al corredor de los altos, penetraba rápido al patio de las casas. La conocida yegua overa, que arrastraba con vivo trote el liviano cochecillo de dos ruedas, nerviosa al oir los ladridos de los perros que salían a su encuentro, lanzó inquietos relinchos. Cruzando al galope el ancho portón de entrada, la cabeza baja, entre los perros que lo acosaban, apareció, respondiendo a la madre, un potrillo ya crecido que se acercó, jadeante, al coche.

Salieron los sirvientes espantando a los perros. Ayudado por el muchacho que le servía de cochero, descendió del carruaje, con lentitud y dificul-

tad, un anciano moreno ya ligeramente encorvado.

Mientras se encontraba la llave del salón, las señoras y Abigail vinieron respetuosas a saludar al señor cura.

Como las cuncunillas llegaban a las mismas casas, y anduviesen hasta por los ladrillos del corredor, hablaron de la magnitud que alcanzaba ese año tal plaga.

Se encontró, por fin, la llave. Al penetrar a la pieza oscura, olorosa a moho, vieron con asombro que por sobre la vieja alfombra amarillenta con grandes ramos descoloridos de flores rojas, caminaban varias orugas.

Como si se hubiesen desprendido y animado los flecos de las antiguas cortinas de felpa, iban y venían. Cuando, para abrir las ventanas, retiraron de su sitio algunas sillas enfundadas, tres o cuatro mariposas de alas rojas y negras revolotearon por el interior de la pieza, y luego salieron al patio por entre los barrotes de las ventanas.

—Parece mentira!—dijo el cura, observándolas.—Menos mal, que este año será de mariposas, y Ricardito podrá cazarlas por docenas.

Sonrieron las señoras, asintiendo.

—Bien;—exclamó de pronto el párroco—aquí estoy, deseoso ¿por qué no decirlo? de ver a ese ladrón con alas.

—Oh! señor cura, no es un ladrón, es un desgraciado—dijo la señora Dolores.—Javier lo tiene preso. Es tan extraño todo lo que ocurre! Es un muchacho tímido y bueno, al que los perros siguen

con insistencia mortificante. Pero él posee una paciencia de santo! Les habla sin fatiga. Se diría que entre ellos se entienden; porque, sin aburrirse, los perros no lo abandonan por horas y horas, como escuchándole.

—¿No se tratará—dijo riéndose burlesco el cura —de un caso de hechicería?

—No lo creemos; aunque ¡quién sabe!—murmuró dudosa la señorita Matilde.

—¿Dónde está?

—Abigail, díle a Banegas que lo traiga. Está en el huerto, señor cura. Y sabe tanto de hierbas medicinales! Ha hecho curaciones milagrosas.

—¿Recuerda usted—interrumpió la señora Dolores—el panadizo que tenía la Benita? Ya le tomaba la mano y el brazo; pues, él, con cataplasmas de cabello de ángel, la ha sanado en cuatro o cinco días.

—Pero sucede—agrega la señorita Matilde—que el pobre sufre de tanta soledad y privaciones...

Mientras las señoras dan mayores explicaciones al párroco, Abigail, quién sabe por qué motivo, sin atreverse a ir sola al huerto, busca a Don Ñico, el cochero, y se hace acompañar por él.

Golpean en la casa de Banegas, y como nadie acude, llaman al hortelano con grandes voces. Se oye el chasquido de unas ojotas y pronto la llave gira en la cerradura.

—Banegas, llegó el cura,—exclama nerviosa Abigail. —Mis tías dicen que lleve a Alsino a las casas.

Al extremo del parrón, trepado en una rústica escalera, Alsino, el tronco desnudo, está colocando unos tarritos debajo de los gruesos sarmientos recién podados, para cuando después destilen grandes gotas de sávia. Es un remedio inmejorable para las nubes de los ojos.

—Las señoritas dicen que vaya—le comunica Banegas.

Alsino mira a todos inquieto, y espera de Abigail una respuesta a su muda interrogación. Pero la joven calla. Confundida, baja la cabeza y camina adelante.

—Amigo—le dice burlón Don Ñico, dándole un codazo—¿en esa facha va donde el cura?

Alsino se avergüenza. Cálase, al pasar por la casa de Banegas, su grueso poncho, y sigue entre los hombres que lo custodian.

Abigail se apresura y camina cada vez más rápida hasta llegar corriendo al salón.

—Ahí viene—dice con una agitación que no es sólo la de su carrera.

El cura contaba su enfermedad, lo mal que lo tratara el invierno. Día a día más delgado, y una debilidad creciente, y un apetito continuo.

—En las noches—dice—me sube un cosquilleo espantoso a la garganta, que me ahoga y me hace toser como un desesperado.

El anuncio de Abigail interrumpe de golpe las

conversaciones. Las señoras cruzan sus manos sobre las faldas y esperan.

Asomando el busto, don Ñico, con el sombrero en la mano, la cara maliciosa y grave, en voz baja, como si trasmitiera un secreto peligroso, murmura:

—Aquí lo tenemos.

—Que pase!—ordena el cura.

Banegas y don Ñico quédanse de guardia en la puerta.

Alsino avanza dos o tres pasos, y sonríe nervioso. Todos callan.

—Parece un jorobado gigante—comenta el cura.

—Son las alas—explica Abigail—las que bajo el poncho le hacen ese bulto.

—Acércate, niño; — invita el cura—no tengas miedo. Ya conozco algo de tu historia. ¿Pero de dónde eres?

—¿Yo? Soy de Las Conchas, cerca de Llico.

—¿Un caserío de tres o cuatro ranchos que hay a la orilla de la laguna?

—Sí, señor.

—Vaya, vaya... conozco esa región. Cuando fuí cura de Paredones—explica, dirigiéndose a las señoras—varias veces alcancé por esos lados. ¡Qué curioso! ¿No había ahí una vieja médica yerbatera, que todos la tenían por bruja?

Alsino no responde.

El cura da toses prolongadas.

—Recuerdo haber oído—prosigue con voz que le ha quedado en falsete—historias terribles sobre daños y maleficios que hacía esa mujer. Yendo una

vez de viaje, me tocó asistir en San Pedro de Alcántara a una infeliz que se decía enferma por la malas artes de esa mujer. ¿Cómo; no has oído nada sobre tal bruja? ¡Es extraño!

Alsino, que calla entristecido, exclama:

—No era bruja. No había más médica, por allá, que mi pobre abuela.

—¿Qué dices?... ¡Dónde iba a figurarme!... Vean ustedes! Ahora me explico. ¡Pobre muchacho!

Pasó un calofrío por los circunstantes.

Al cura volvió a sacudirlo otro acceso de tos; pero tan sostenido y violento que, asfixiándose, quedó largo rato con el rostro congestionado, rojo y azul.

Como el acceso volviera persistente y prolongado, salió a escape don Ñico en busca de un vaso de agua. Cuando volvió, el viejo párroco, que aun se debatía bajo el ahogo, a pesar de él, porfiadamente, buscando hablar lo hacía como a tropezones, la voz velada y silbante.

—No debí salir... soplaba un vientecillo en el portezuelo... aquí entre ventanas abiertas... estamos en una corriente de aire...

Las señoras, confundidas, no atinaban a disculparse.

—Bien, bien;—dijo dirigiéndose a Alsino—ya volveré por ti... Con la ayuda de Dios... te libraremos de todo maleficio.

Se puso de pie. Nuevas toses lo sacudieron.

—Ustedes me van a perdonar... He quedado rendido... Creí ahogarme. Aun veo estrellas.

Me zumban los oídos. Pero no teman, vendré pronto... aliviaremos a este desgraciado...

Como el cura, al pretender andar, vacilara, Alsino alargó sus manos para sostenerlo; pero don Ñico, meloso, púsose de por medio. El anciano, sonriente, lo rechazó y, rodeado por las señoras, fué en busca de su cochecillo, no sin detenerse, aun poseído de la angustia, dos o tres veces en el trayecto para tomar aliento.





XXVIII

UN AÑO TRISTE

ESPERARON al párroco varios días; y quien llegó fué don Javier, y de un humor de los demonios. Resignadas, las señoras aguardaban una ocasión propicia, cuando, una mañana el cochero, al volver del pueblo, a donde fuera por la correspondencia, trajo la noticia de la enfermedad del cura. Relegado a su lecho, continuábanle, cada vez más seguidos, los cosquilleos, las toses y los ahogos.

El año amenazaba seguir pródigo en calamidades. Desde el otoño pasado, que se despidiera con unos días tórridos, las cosas iban de mal en peor. Antes de llegar el invierno, vino una lluvia breve, y la atmósfera, que quedara limpia como una lente, pareció concentrar mejor los rayos del sol. En la

tarde de una jornada sudorosa, mientras los aguazales, apozados aquí y allá como trozos de espejos caídos, fermentaban al igual de los vinos, a una misma hora, por combustión interna, se habían incendiado las enormes parvas de paja que, como pequeñas y rubias colinas, se veían dispersas por los potreros del valle.

Después de una noche clara, amaneció un día negro. Tal si hubiese estado largo tiempo contenido, ya maduro, resuelto e impetuoso se desbordó el invierno. Tropel de vendavales despojaron a los árboles de sus últimas hojas. Y de un día al siguiente, el valle cambió de aspecto. Y vinieron las lluvias, unas tras las otras, cada vez más contagiosas. Así transcurrieron los meses de Junio y Julio. Pero ya en Agosto comenzaron a lucir unos soles muy hermosos; y para el día del Tránsito, cuando todos tenían por agotado el mal tiempo, una semana entera, después de un temporal desatado, cayó un aguacero lento, continuo, de rumor imperceptible, monótono y hondo como el de la melancolía, sonando de tal manera interminable, que una sensación desolada, como de abandono, como de olvido, como de trastorno de todas las leyes naturales, fué alimentando una angustia creciente. Los campesinos en sus ranchos, tarde de la noche, insomnes, maldiciendo sus labores perdidas, se revolvían en sus lechos, oyendo afuera el desplome del agua.

En la oscuridad de las humildes habitaciones, comenzaban entre maridos y mujeres, diálogos

truncos y desolados. Pudriéndose en los barbechos empantanados, cuanto grano de trigo se logró sembrar, la nieve bajando hasta el plan, muertos los cerros circundantes, como envueltos en blancas mortajas, el río fué creciendo cada vez más ; y aquél su alegre són al despeñarse, alterándose, al aumentar las aguas y rodar las rocas, llegó hasta ser ronco y poderoso como la fuga desalada de un ejército en derrota.

Los animales calados por el agua, vagaban ateridos y hambrientos por los potreros convertidos en lagunas. Al caer una tarde, en medio de un diluvio deshecho, comenzaron a acudir hacia las casas de Reinoso. Era una peregrinación extraña e incontenible. Llegadas hasta los mismos corredores, las vacas escuálidas y humeantes, de grandes y tristes ojos, comenzaron a mugir estruendosas.

Quemadas las parvas de paja, vendido y entregado el pasto, no había cosa alguna que dar a los animales desesperados. Entonces bajaron los zapallos de guarda, rasgaron sacos de trigo, ofreciéronles las hojas de maíz escogidas para hacer colchones.

Por una hora, o más, los animales callaron, mientras ansiosos comían; pero esa noche nadie logró cerrar los ojos en las casas de la hacienda.

Pasos blandos y broncos se deslizaban por los corredores, y de vez en vez, un mugido trágico y prolongado apagaba el estruendo de la lluvia torrencial.

Cuando llegó, una tregua de escasos días, comenzaron a caer, como cuervos sobre un campo de batalla, las noticias abrumadoras: los últimos puentes, que aun resistían, estaban rotos; los caminos, cortados por grietas y derrumbes; y cuadras y cuadras, de las más feraces tierras ribereñas, carcomidas y tragadas por el turbión del río. La mitad del poblado de Las Juntas, allí donde el Reinoso recibe el torrente de las Loicas, había desaparecido. Faltaban dos niños y algunos animales. Desolación cayendo sobre miserias. Bajaron las aguas, y las islas que formaban los brazos del río, antes fértiles y sonrientes, cubiertas de chilcales, veíanse arrasadas y convertidas en pedreros estériles y blancos como osamentas.

Rotas las bocatomas de los canales de regadío, entrada ya la primavera, una sequía irremediable en el primer tiempo, se dejó sentir. Pero ella bastó, junto con el regreso de un ardiente sol, para que comenzasen las epidemias en el ganado.

Y fué tan contagiosa la epizotia en ese año, que no hubo en toda Vega de Reinoso una yunta de bueyes para emprender las labores de la estación. Bastó después una tarde templada para que el trébol nuevo y tibio, que comían los animales convalecientes, fermentase en ellos. Hinchados, como odres repletos, los novillos arremetían furiosos contra los vaqueros que venían a aliviarlos.

No pasaba día sin que Calixto, el campañista, al regresar a las casas, no llevara la noticia de nuevos animales muertos. En tal abundancia caían,

que fué imposible aprovechar la carne, y prepararla como charqui. Ni los cueros pudieron lograrse, porque una plaga de perros vagabundos, destrozaba en las noches a los bueyes muertos y abandonados en los solitarios potreros.

En las abundantes pozas, llenas de agua verde, restos de los copiosos aguaceros, bebieron las ovejas. Pronto, apirigüinadas, cada tarde, al volver a los apriscos, como beodas, comenzaban con la cabeza baja, los ojos vagos y tristes, a dar vueltas y más vueltas, como perros que buscaran echarse. Entontecidas, sin comer, morían por cientos.

Como si las calamidades fuesen aún escasas, sin saber la causa, las gallinas de Vega de Reinoso y de toda la comarca, amanecían muertas al pie de los árboles donde pernoctaban, caídas como frutas maduras. Qué solos, mudos y tristes, quedábanse los campos sin los clarines de los gallos! Los amaneceres entraban silenciosos, apenas coreados por las débiles voces de pajarillos menudos.

Llegó Septiembre. Los árboles empezaron tardíamente a florecer, y una larga serie de días fríos y cenicientos, con nubes locas y caprichosas ventolinas, despojaron de sus últimas flores a los perales y durazneros.

Todo el patio de las casas y corredores, viéronse cubiertos de pétalos blancos y rosados, tan tímidos, que huían al menor soplo. Pero otros nuevos seguían cayendo de lo alto, inagotables como las plumillas de una nevada fragante.

Todos venían del huerto, la prisión de Alsino,

y si algunos seguían errantes, y otros quedábanse prendidos a las rudas zarzas, a la veleta del pequeño campanario, o se colaban hasta los nidos del palomar, hubo dos o tres, tan afortunados, que lograron, suavemente, engarzarse a los cabellos de Abigail.

No se detuvieron aquí los azotes caídos. No pasó un mes cuando una epidemia de fiebres incoercibles comenzó a cundir entre los pobladores de esos remotos campos. Arropados en gruesas mantas, las cabezas envueltas en grandes bufandas o pañuelos, la tez verdosa y húmeda, los ojos hundidos y brillantes, recorridos por calofríos incontenibles, llegaban los campesinos enfermos del nuevo mal.

El éxito logrado con la curación del panadizo de la señora Benita, esparció la noticia sobre las maravillosas dotes de Alsino. No tardaron en venir, ocultamente al recinto de las casas, algunos pacientes que, por intermedio de Abigail, lograron ver al prisionero.

Acometida por un aire, medio rostro paralizado, acudió, la primera, la mujer del ovejero. Una infeliz flaca, débil y descolorida, con el rostro en el más ridículo jesto: un ojo medio fruncido abierto al soslayo, tirante la mejilla derecha, la boca forzadamente abierta al sesgo, prolongándose en la actitud regocijada de quien va a decir, con fingido disimulo, un chiste grueso y picante. Sólo en sus ojos, que nadie contemplaba, ojos extraviados como los que asoman por los agujeros de una care-

ta, se percibía la trágica angustia de quien sábese presa de una burla del destino.

Aplicaciones de salvia blanca y pasta de musgos fritos en aceite, fueron mejorándola lentamente. Los dos chiquillos entecos y mugrientos, que traía siempre pegados a las sucias pretinas, comenzaron a dejar de mirarla con el asombro que en ellos producía el jesto endiablado de su madre.

Ventosilla para el flato, a Florencio el bodeguero, que desde años atrás venía sufriendo de una dispepsia crónica; infusiones de zarzaparrilla y cataplasmas de cabello de ángel, a don Régulo, el sota, para librar su grueso rostro, siempre cubierto de rojas erupciones y granos pertinaces, fueron dando a Alsino un prestigio poco menos que milagroso.

Una tarde, Margarita, la doncella de Abigail, se sintió mal, con fuertes dolores de cabeza, la boca seca, la mirada extraña, el cuerpo flojo y el paso tan inseguro, que cayó de golpe sobre los ladrillos de la cocina.

Abigail vió reproducirse en ella los mismos síntomas de los enfermos de los últimos días.

Por intermedio de don Ñico logró que Banegas dejase a Alsino libre para que acudiese a su llamado. La noche estaba fresca y silenciosa, sólo cruzada por el chillido de los murciélagos. Llegaba de los potreros vecinos el perfume de los tréboles en flor.

Al divisar a Alsino, Abigail, nerviosa e intranquila, fué a su encuentro, diciéndole con voz velada:

—Venga pronto! Margarita está muy enferma.

Y deteniéndose en medio de la noche se acercaba a él. En sus ojos húmedos, abiertos e implorantes, brillaban unos puntos luminosos, acaso el reflejo de las remotas estrellas. Alsino paralizado, contemplándola, no atinaba a seguirla.

—¿Pero qué hace? Venga! Y Abigail, con una de sus pequeñas manos suaves y frescas, cogió una de las ardientes manos del prisionero. Los dedos de Alsino fueron cerrándose en torno de los de la joven, como las llamas de una hoguera cuando buscan encender la olorosa madera que cae entre ellas.

Margarita dormía en un cuartucho obscuro del piso bajo, enfrente de unos jazmineros floridos que embalsamaban todo ese rincón del patio.

Al entrar y encender la vela, un piar de pollitos nuevos salió de debajo de la cama; y varios, por entre los flecos de la colcha y las frazadas caídas, se asomaron curiosos.





XXIX

EL CANTO DEL AMOR

Es una mañana de domingo, domingo en el campo, silencio acrecentado por labores abandonadas. Comienza Noviembre y todos los rosales están floridos.

Desde temprano los campesinos acuden a la iglesia del pueblo. En las casas de Vega de Reinoso, parece que sólo ha quedado la vieja cocinera. Ya no se oye el rodar del coche donde van los patrones.

Alsino, en el huerto, recibe el influjo de la primavera y se ve envuelto por esa quietud creciente que ampara los rumores ocultos. El nada sabe que Abigail, enferma, ha quedado en el lecho.

Al igual de los árboles que con la brisa, sin poder contenerse, cantan, Alsino, después de larga mudez,

cae en ese su antiguo frenesí, y, viéndose solo, tembloroso exclama:

—¡Quemante júbilo, ardoroso aliento, cuán incontenible estallas!

En ti me sumerjo, aire diáfano de la primavera, todo saturado de luz. Luz esplendorosa, cuando así de pura y viva desciendes sobre el mundo, eres lluvia sutil de incorpóreos hilos de plata que se aproximan y unen y confunden, hasta formar este imponderable velo palpitante que destella.

Las nubes que flotan engarzadas a las cimas de los montes, al anegarse en ti, resplandecen blancas y efímeras, como espuma liviana adherida a los bordes del vaso. Oigo el claro estallar de los miles de invisibles burbujas que haces, mientras fermentas, licor del fuego, y adivino que ofreces la suprema embriaguez a quien acerque a sus labios la inmensa copa del cielo en que yaces y hierves.

Atraído por tu fulgor, que todo lo sojuzga, caigo en él incrementando tu hoguera divina.

Déjame trasparente y puro; hazme como increado! Que tus rayos sutiles me atraviesen, pero la infinita vibración de todos ellos, ve porque quede sonando en mis palabras.

El dormitorio de Abigail, en los altos de la casa, mira al huerto. La enferma que escucha esa voz desconocida en Alsino, salta del lecho, y tras de los visillos espía intranquila.

—¡Ah! si yo ahora volara, y al unísono de tus rayos vertiera este canto sobre el mundo, todo él reverberaría como un clarín. Al oir su voz anunciadora,

las flores innumerables de esta primavera echarían a vuelo sus pintadas y pequeñas campanas, repicando, ebrias, por valles y montañas.

Un extenso clamor jubiloso se elevaría desde el ras de la tierra; y los trabajadores y vagabundos a quienes sorprendiera, por sordos que fuesen a la voz de las cosas, quedarían intranquilos escuchando. Voces truncas, deseos inexpresados, esperanzas entrevistas, sueños fantásticos; todo un vasto murmullo perturbador que haría abandonar labores y vagancias y suspirar a ancianos y mancebos, abuelas y doncellas.

Buscando los abiertos hogares que los árboles ofrecen; queriendo acordar a la cantinela de las aguas corrientes, el fluir inagotable de los pensamientos; caerían en estática contemplación ante la santa pereza de las hierbas, agrupadas como humildes multitudes orantes. Cada cual, desde un sitio propicio, recibiría el enorme y vago ensueño que la primavera vierte sobre la vida.

Aun llegada la noche, no vendría para ellos el reposo; porque todas las flores, los árboles, las aguas, la misma tierra y sus rocas estériles, exprimiendo en el aire tibio su máximo perfume, harían enloquecer a hombres y mujeres que, sin conciliar el sueño, caerían en el deseo inagotable de luchar todas las batallas del amor.

Oh! Abigail, si la voz de cualquiera, entre estas montañas, levanta fácilmente un eco ¿qué no despertaría mi canto, cuando yo sé las palabras por todas las cosas comprendidas? Abigail ¿alguien que

se diga como yo, prendido al sortilegio de tu amor, podría ofrecer el día de la boda, una fiesta semejante?

Cuando Abigail llega hasta este huerto, que la primavera viste, hace como que busca solamente flores. En pausados giros y revueltas llega y va aproximándose fatalmente, a cortar las que lucen cerca del sitio donde yo, inmóvil, la espero.

Viene seria y silenciosa; pero si ella sabe que yo distingo hasta lo que dice una brizna de hierba ¿por qué no sospecha que su callar resulta inútil para mis oídos?

Cuando recién cruza la linde del huerto, antes que el leve ruido de sus pasos, oigo el que hacen sus palabras ocultas; y cuando llega a mi vera, aunque sus ojos parecen distraídos, todos sus pensamientos vienen y se posan en mí. Como un árbol desnudo, al que elige una bandada de jilgueros, cubierto de ellos, tembloroso de sus cantos, enmudecido quedo.

Abigail, un aura rodea a toda cosa; en la incomparable que de tu cuerpo fluye, amó cobijarme! Pájaro herido soy que busca asilo en el corazón de un árbol frondoso. Conmigo ¿qué te vale callar? Sé aun si en la noche pasada has pensado en mí. Una vez te soñaste volando. Tus alas no eran grises y opacas como las mías, sino resplandecientes y de los más vivos colores. Oh! Abigail; nunca a tu lado he permanecido en mayor mutismo! Cómo escuchaba ese tu sueño que jamás por tus palabras hubiese conocido! Cómo olvidar el recuerdo de tu vasta alegría al poder volar más ágil y ligera que

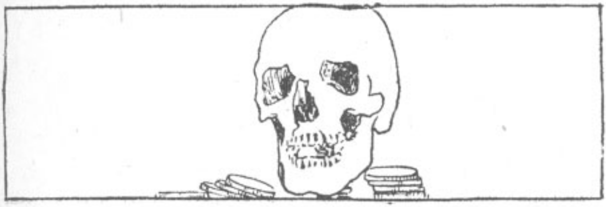
yo. Sólo seguiré sufriendo la tristeza lancinante de vanas y profundas caricias que, en pleno vuelo, recordabas te hiciera.

Un campesino si descabalga, al pisar nuevamente tierra, vese pequeño y entrabado; mil veces más reducida y confusa te encontrabas tú al día siguiente de aquel vuelo fantástico.

Pobre Abigail! tan grande fué mi dolor al saber tu desencanto, que mis palabras traicionaron algo de mi secreto. Desde entonces me miras con mayor temor y oigo ¡oh crueles! las razones que vienen a probarte que soy un ser extraño y despreciable. Pero ah! también salen pensamientos tuyos en mi defensa, y son tan ardorosos y exaltados que a mi mismo infúndenme pavor.

Esta tarde, cuando vengas como todos los días, yo acecharé el momento en que ellos vayan venciéndote, y extenderé mis brazos y mis labios para recibirte.

No son mis alas cortadas las que aquí me tienen recluído. Siempre hay una fuga para cada prisionero. Es tu amor, Abigail, el que me enlaza. Entre estas altas murallas de zarzas, preso como un pájaro altivo que enmudece, ya ganado por tus afanes, sabiéndote distante, ensayo en la soledad mi canto olvidado!



XL

ENTREVISTAS

TERMINABA el año con días revueltos. Los trigales, a media madurez veíanse, en los lomajes, de un verde tornasolado de pardo y amarillo.

Pasada Pascua de Navidad, principiaron a preparar los graneros, quemando en ellos la apestante y florida manzanilla. El aire, antes puro, púsose hediondo con el humo espeso que ahuyenta y mata a los gorgojos.

En un día fresco, muy de madrugada, dos señores desconocidos, lograron, nadie supo cómo, colarse hasta el huerto.

Bajo su poncho, Alsino, que había dormido mal, veía con agrado aquel amanecer de estío, prometedor de una jornada llevadera.

Las visitas de Abigail al huerto eran cada vez más escasas, y un cambio desconcertante había en su nueva actitud. La joven, pareciendo huirle, rara vez le hablaba. Pero Alsino siempre creía escuchar en sus palabras un rumor más vasto de voces ocultas.

Como don Javier andaba ausente, la vigilancia sobre él era más estricta; y por Banegas supo que las señoras no veían con buenos ojos las visitas de Abigail al huerto.

El prisionero, absorto, contemplaba sin gran interés los saltos de una langosta entre los toronjiles, cuando una tos fingida, y un suave golpe dado en su brazo, le distrajeron.

Dos señores saludaban sonrientes. Uno, joven bajo, moreno, de gordura rozagante y aire extraordinariamente amable; y otro, envejecido y seco, riendo de un modo falso, tal vez por cortedad de espíritu o para mejor ocultar sus dientes dispersos, negros y podridos.

—Amigo,—dijo el moreno, en voz baja y precavida, como la de un conspirador—soy periodista.

—Dueño de *El Eco de la Provincia* — aclaró el vejete, con cierta prosopopeya.

—Trabajo nos ha costado dar con usted—siguió el anterior — pero ¡vamos! conozco mi oficio y no era a mí, seguramente, a quien iban a impedir distancias, malos caminos o torpes carceleros, el tener una entrevista con usted.

Alsino, que le llevaba en altura más de dos cuartas al gordito, al ver que éste, al hablar, contoneán-

dose, jesticulaba con gran vivacidad, no pudo menos de sonreir entre curioso y burlesco.

—Ah! ah!—gritó el periodista, observándolo con atención—confesaré que ya, desde lejos, lo supuse. ¡Vamos! no podía ser otra cosa.

A Alsino producíale un verdadero cosquilleo la nerviosa actitud de ese hombrecito gordo, que le abría ojos llenos de malicia.

—¡Diablo de don Javier! ¡Qué hombre tan fantástico! Soy su más irreconciliable enemigo político; pero debo confesar que, en combinaciones absurdas, me deja muy atrás. Amigo, amigo, confiese! ¿qué majaderías ha hurdido él con usted? ¿Alas? ¿vuelos? Cuál es el objeto oculto de todo esto? ¿Negocio? ¿Fines electorales?

Alsino, sin poderse contener, reía abiertamente.

—Diga! confiéselo sin temor—susurró el vejete—seremos generosos con usted—y puso, con gravedad, unos billetes en las manos del prisionero.

—Su reir lo vende, amigo mío,—dijo el gordito, y tomándolo cariñosamente de un brazo, exclamó: —¡Qué superchería tan grosera!—Luego, corrigiéndose quiso agregar:—Pero de ridícula llega a ser graciosa, graciosísima. En todas partes no se habla sino de ella.

Repentinamente calló. Con el codo, al agitarse, a través del poncho, había tocado las alas ocultas de Alsino. Como se agachara queriendo ver qué cosas fuesen, el prisionero dió un salto atrás rogando:

—No! no! déjenme!

—¿Por qué? Ah! Bien lo decía yo! Pero no encuen-

tra ser una idiotez andar el santo día, con estos calores, cargando unas plumas sucias. Y un jorobado ¡qué diablos! no anda derecho. ¡Vamos! Hay que falsificar mejor las cosas. Un jorobado camina de este modo. Vea! Sus piernas son flojas, su cuello es débil, la cabeza la hunde entre los hombros y, luego, tiene en la espalda un bulto proporcionado. Créame que si el hombre tuviese alas, no le harían un promontorio tan desmedido.

Y seguía, en un ir y venir, imitando a maravilla el andar de un verdadero jorobado.

—Es una tramoya mal ideada, amigo. ¿Pero qué objeto tiene?

Alsino, con ánimo de alegre desdén, se acercó al gordito, e inclinándose, le deslizó al oído un largo secreto.

El pequeño y panzudo periodista, que empinábase regocijado y no quería perder palabra, lanzó una sonora carcajada.

Temiendo ser oído, rápida llevó una de las manos a su boca, y tomando con la otra, de un brazo, a Alsino, por entre unos macizos de rosas lo arrastró consigo.

El vejete, intrigado y de mal humor, los seguía a distancia.

—Véalas! ¿Verdad que no están mal?—decíale Alsino, y levantando el poncho, mostraba las puntas de sus alas.

—Hombre, hombre! Aguarde... Veamos... Pero no sería mejor escoger plumas de un ave menos conocida?

—Resulta difícil, porque necesito de tantas!—contestó el prisionero.

—¿Y cuándo comenzará la gira?

—Tengo que ensayarme aún.

—Míreme, amigo—ordenó el gordito. —Mas, primeramente, tome! guárdese esto—y le alargó unas monedas—Es una tontería lo que hacen ustedes, pero quedo tranquilo, porque no tiene fines políticos. Lo malo es que, tarde o temprano, el público, engañado, le dará a usted una paliza; y a la cárcel! Sí, a la cárcel ¡téngalo por seguro!

—¿Lo cree?—preguntó Alsino, fingiendo temor.—¿No me prometería guardar el secreto? Qué puedo hacer!—Y como temeroso de ofenderlo, dijo:—de las ganancias, algo me tocará... Por mi parte... si me ayuda... le ofrezco ir por mitades.

El chico gordo arrugó el gesto con dignidad, púsose serio y tosió. Inclinado, estuvo desprendiéndose una ramita de rosa que se engarzara a sus pantalones. Dió unas pataditas; y ya, al enderezarse, traía un rostro completamente desconocido, lleno de dulzona bondad, de aire ingenuo y humilde, y tan púdico, que estaba ligeramente sonrosado.

—Pobre muchacho!—balbuceó, acariciando a Alsino.—Esta vida moderna! El desposeído tiene que ingeniarse. Que la suerte le ayude! Pierda cuidado. No lo venderé. Seremos buenos amigos y, ejém! ejém! quedamos convenidos ¿no es así?

Dió un silbido breve, como reclamo de perdiz, y apareció, con aire grave, el viejo avellanado.

El director de *El Eco de la Provincia* lo tomó de

un brazo con gran autoridad. Levantando hasta él sus ojos severos, hizo, moviendo pensativo su cabeza, un gesto de rendido asombro.

—Ya te contaré, Jerónimo! Figúrate; ha querido engañarnos... pero lo he visto. Es un fenómeno maravilloso. Qué cosas nos es dado contemplar en los días que pasan!...

El viejo, incrédulo, se resistía, protestando. A su lado el gordito, a cada instante, con mayor altivez, lo remolcaba hacia afuera del huerto.

Alsino sólo alcanzó a oir cuando el chico le decía a su compañero:

—Siempre tan testarudo, Jerónimo!

Los periodistas no debían ir muy lejos del huerto, cuando Banegas llegó corriendo.

—El patrón! El patrón! ahí viene—gritó a media voz, y quedóse mirando con asombro las monedas y billetes que el prisionero aun conservaba en sus manos entreabiertas.

Alsino, riendo, se las regaló.

Un instante después, don Javier llegaba. Desde lejos venía preguntando:

—¿Dónde está Alsino?

—¿Cómo te va, muchacho?—dijo don Javier al encontrarlo, golpeándole afectuosamente el hombro. ¿Te han cuidado durante mi ausencia? No te puedes quejar. Veo que estás muy gordo.—Y, riendo, amenazó:—Así, bribón, menos podrás volar.

—Escucha—dijo deteniéndose, y con aire serio.—Vamos a ir donde unos caballeros que desean conocerte. Son dos yanquis. Vinieron de Santiago con-

migo, anoche, y alojaron aquí. Me proponen un negocio endiabladamente raro, pero sin riesgo. Tú me vas ayudar ¿no es verdad?

—Sí, señor, respondió Alsino.

—No te extrañes de lo que digan. Yo defenderé tus intereses. Te vas a reir, muchacho.

—Banegas—gritó—acompáñanos!

Al salir al patio, Alsino divisó a Abigail que estaba con el cabello suelto, y de codos en la balaustrada del corredor de los altos. Ella, al verlo, incorporándose, le hizo con la mano un gesto amigo.

En el salón, la única pieza habitable del piso bajo, se detuvieron.

—Espérenme aquí—ordenó al franquear la puerta, don Javier.

Alsino y Banegas, por la hoja entreabierta, divisaron a los dos extranjeros. Uno de ellos, rubio y fornido, sentado en una silla puesta del revés, con sus musculosos brazos apoyados sobre el respaldo, frunciendo el ojo izquierdo para esquivar el humillo que fluía de su pipa, atenazada entre recios dientes, escuchaba inmóvil y sin pestañear.

Repantigado cómodamente en un amplio sillón, el otro yanqui, que a pesar de tener ya grises los cabellos, lucía una tez lozana y tersa, entrecruzados los dedos, sostenía con ambas manos una pierna a caballo de la otra.

En la abierta ventana del frente, se balanceaban con suavidad las viejas cortinas de encajes, dejando

divisar, por momentos, un sombrío rincón del patio.

—Vamos a ver—seguía meloso don Javier—ofrezcan ustedes.

—Nosotros no ofrecemos nada.

—Cómo... ¿es decir que mis minas no tienen ningún valor?

—Valdrán...

—¿Cuánto?

—Diez, veinte, cien mil pesos!....

—Eso es una miseria—vociferó.— Y qué quieren decir con eso de diez, veinte o cien mil? ¿En cuánto quedamos?

—En que no nos interesan.

—Pero una buena compra siempre depende del precio. He gastado más de veinte mil pesos sólo en el nuevo socavón de la primera mina.

—Tal vez—seguía, lacónico, el yanqui.

—Yo quisiera dejar terminado este asunto primero, y luego veremos al fenómeno—dijo don Javier.

—Este asunto ya está terminado.

—No entiendo.

—Sus minas no nos interesan—finiquitó el mayor yanqui; y, como para dejarlo más en evidencia, cambio de postura haciendo cabalgar la otra pierna.

Don Javier se mordió los labios.

—¿Es la última palabra? No vengan, después, con proposiciones tardías...

Los extranjeros siguieron en silencio. El que fumaba dió una sonora chupada. Como no saliese

humo, sacándose la pipa de la boca, la contempló un instante. En seguida, sin miramientos, se puso a golpearla contra el respaldo de su silla, hasta que toda la ceniza cayó sobre la alfombra.

—Banegas ¡que entre Alsino!—gritó el hacendado.

El prisionero, empujando la puerta, asomó el rostro.

—Adelante! Acércate!—siguió mal humorado don Javier.—¿Qué haces que no te sacas la manta?

Alsino obedeció con un pudor extraño. Los yanquis, para observarlo, ni se movieron de sus asientos.

—Vuélvete de espaldas y abre tus alas!—ordenó don Javier.

Herido por la frialdad de los extranjeros, el orgulloso hacendado se prometió callar a su vez. Altanerías con él! Gringos tales por cuales...!

—¿Quiere usted venir con nosotros? Le pagaremos bien—dijo el yanqui de la pipa, directamente a Alsino.

—¿Qué proposición es esa?—estalló don Javier. —¿Se figuran encontrarse en Africa? Este muchacho está aquí preso por ladrón, entiendan! Bonita cosa! Me parece—agregó irónico—que no era eso, precisamente, de lo que hablamos.

—Si es ladrón no nos conviene, tampoco, a nosotros.

—Bien. Le damos cien dólares por su esqueleto—ofreció el otro yanqui a Alsino, poniéndose de pie,

y prescindiendo, una vez más, del dueño de casa.

Este lanzó una risotada formidable y se interpuso.

—Bonita clase de negociantes! Quieren robar a este pobre muchacho! ¿Te contentarías, tú, con semejante miseria?—preguntó a Alsino.

—Mi esqueleto?... ¿venderlo?... no comprendo, señor.

—No te asustes, si no te van a matar! Serás bruto! Tu esqueleto, para cuando mueras, se entiende.

—Ah!—exclamó sonriendo grotescamente, el prisionero.— Entonces... bien. Sí.

—¡Cómo! ¿aceptas? Tú eres un imbécil.

—Vamos a pagarle—dicen los yanquis.—Busque dos testigos.—Y, asomándose a la puerta, llamaron a Banegas.

—¿Quiere usted venir, hombrecito?

—No faltaba otra cosa—saltó don Javier.—En mi casa nadie viene a pasar por sobre mí, y a mandar a mis empleados. O pagan ustedes quinientos dólares, o se van! Yo no puedo permitir semejante despojo!

Los yanquis se detienen, se miran y recapacitan.

—Bien, aceptamos—dicen, sin demostrar mayor molestia por la imposición.

Don Javier, al oirlos, se arrepiente de no haber pedido más.

El documento lo redactó el yanqui de cabellos cenicientos, con su pluma fuente, en la página de una gran libreta que llevaba consigo.

Alsino, confuso, lo firmó sonriente. Fueron testigos de él el yanqui más joven, que no figuraba como comprador, y don Javier, que se guardó el cheque.





XXXI

LA FIESTA DESCONOCIDA

EL día, un día de Enero, amaneció nublado y fresco, con un airecillo retozón y alegre. Desde las primeras horas comenzaron a cruzar carretas que bajaban al llano. Con toldos curvos, en un arrastre lento y continuo, y con su yunta de bueyes delantera, parecían, a la distancia, perezoso desfile de caracoles. Fueron apareciendo ligeros cochecillos arrastrados al trote vivo de caballos que participaban de la alegría general, y pesados breaks y antiguos coches de trompa de los fundos vecinos, que iban rápidos llevados por tiros briosos.

Los peatones, al acercarse un alud de jinetes, flameantes las mantas multicolores, buscaban refugio entre los boldos resecos y polvorientos que

bordeaban el camino, o trepando con prisa por veredítas que subían a los faldeos, esperaban que, abajo, en la carretera, terminase el desfile ruidoso de caballos espoleados por la vanidad de los jinetes, en un deseo de competencia y lucimiento. Las jóvenes campesinas, que iban en las carretas, ahogadas por el polvo, interrumpiendo sus canciones, protestaban furiosas. Cuando la nube de tierra suelta comenzaba a ser barrida por una ráfaga de viento alegre, distinguíanse a perros extraviados, grises, sucios e inconocibles, corriendo sin descanso tras de sus amos perdidos.

Si los peatones se disponían a bajar para proseguir su camino, aparecían en una revuelta dos o tres coches queriendo cada cual antecederse, llevados por caballos espantadizos que se atropellaban en galopes desenfrenados. Zumbaban las huascas. Excitados los cocheros, desoían los pedidos angustiosos de las jóvenes. En el interior de los vehículos, temerosas, sacudidas violentamente por los hoyos del camino, lanzaban gritos de espanto cuando los carruajes, sorteando árboles, piedras y matorrales, para abreviar distancia, amenazaban tumbarse al ser lanzados por atajos en declive.

Pasado el peligro, los campesinos, hombres y mujeres, que arrastraban tras de sí sus hijos menores o los llevaban en brazos, con canastas pendientes y saquillos al hombro, proseguían su marcha. Ligeras trombas de polvo, naciendo repentinas, avanzaban sobre ellos en giros veloces, dejándolos sofocados y ciegos, con las caras terrosas y opacas,

cruzadas por la humedad oscura de las lágrimas que fluían de sus ojos doloridos.

Reinoso, pueblo notable por sus uvas de guarda, sus huesillos y descarozados, que podían competir con los más famosos de las provincias del norte, había dado un piloto a la aviación.

Desde hacía tiempo, el hijo de Reinoso venía anunciando una visita a su pueblo natal. Demoras invencibles, debido a las comunicaciones tanto tiempo cortadas, por lo riguroso del invierno, tenían a todos en una espera enervante. Elegido por los notables del pueblo un potrero del llano, apropiado para el aterrizaje, el aviador había anunciado su visita para ese día.

Para él ¿qué valía el bloqueo que aun cercaba a su pueblo? Después de todas las calamidades sufridas por los habitantes de las vegas y regiones comarcanas la fiesta anunciada, además de lo desconocido del caso, al ser como un respiro necesario entre tanta fatalidad, fué acogida por ricos y pobres, con un entusiasmo dos veces desbordado.

Metido entre lomas trigueras, divisando apenas el valle, Reinoso era un viejo caserío de amplias casonas de adobes y tejas, con corredores abiertos hacia el camino. Arboles frondosos asomaban sobre las tapias, y un sosiego perfumado, de grandes huertos frutales tenidos en abandono, lo envolvía en una plenitud de paz y de abundancia.

Un gran movimiento había en el pueblo: tilburís y caballos detenidos frente a las puertas de las casas, risas ruidosas, llamados imperativos y carre-

ras al interior de las habitaciones, acarreo de licores y comestibles, sillas traídas para que trepasen a las carretas las señoras mayores, ensayo de cabalgaduras en rápidos galopes y revueltas, iras nerviosas, compras olvidadas en los almacenes, y un cerrar con estrépito de cien puertas y ventanas, dejando el pueblo vacío y silencioso.

Cuando atravesaron el portezuelo vieron que, como hormigas por los caminos distantes o ya en grupos en el llano, los vivientes de los campos se les habían anticipado.

Don Javier, la señora Matilde y la señorita Dolores, Abigail y su hermano, salieron recién almorzados en el breack de las casas. Don Ñico guiaba con consumada destreza la piara de yeguas bayas, todas iguales en pelo, tamaño, bondad y bríos. Calixto, montado en un potrón aun de riendas, que estaba adiestrando, iba a la siga para abrir las puertas de tranca.

En vez de dar la larga e inoficiosa revuelta del portezuelo, todos los inquilinos de Vega de Reinoso subían por empinados caminos de herradura y senderos de travesía trasmontando los cerros.

Banegas, a instancias de Florencio, el bodeguero, accedió a acompañarlo, siempre que llevaran con ellos a Alsino. No se atrevía a dejarlo solo.

Mientras el bodeguero, de contrabando, iba sobre un caballito talajero, sin más bridas que un bozal de cordel, a su lado Banegas y Alsino caminaban a pie, todos por el interior del fundo. Para abreviar distancia, salvaban las cercas, cruzando boquetes tra-

bajados por el tiempo y los animales golosos. A su paso, perdices y becasinas huían silbando.

Al divisar el valle y ver las nubecillas de polvo y los pintorescos grupos de los que esperaban la llegada del piloto, escucharon un rumor lejano y creciente como de un moscardón. Siguieron descendiendo; pero, sin atreverse a bajar hasta el mismo llano, para no ser vistos de los patrones, se acomodaron, vecinos a otros curiosos, a la sombra de unas rocas y tupidos matojos.

Un grito aislado de expectación subió de entre los que, abajo, esperaban. Otras exclamaciones, primero indecisas e interrogativas, luego de seguridad ante el hallazgo, pronto prendieron rápidas entre la multitud; atenta sólo a inspeccionar el cielo, era sacudida por una creciente y nerviosa conmoción.

—Allá! allá!—y señalando con los brazos, arriba, hacia el poniente, los que primero vieron al aeroplano, orgullosos, sentían un enorme desprecio ante la inaudita ceguera de los que nunca lograban divisarlo.

—Allá, allá!

Las nubes delgadas dejaban filtrarse una resolana molesta que, al levantar la vista, hacía llorar.

—¿Lo ves?—dijo Banegas.

Alsino no contestó. Absorto y sin pestañar, no lastimándole las pupilas, ese, para él, débil fulgor del sol, seguía atento el vuelo bullicioso del aeroplano que se acercaba rápido y comenzaba a virar descendiendo.

Florencio, sin contenerse, montó de un salto en su caballito y, hostigándole las costillas con los talones, para que bajase a la carrera, quiso llegarse hasta el sitio elegido para el aterrizaje.

—¿Así volabas tú?—preguntó Banegas, no sin sorna, a su compañero.

Alsino, abrumado por el calor, ocultas sus alas cortadas bajo la manta, grotesco por su enorme joroba, volvió hacia el hortelano el rostro sudoroso, súbitamente empalidecido. Pero era tan triste su mirar, y había tal desolación en los pliegues de su boca, que Banegas, confundido, esquivó la cara, turbado ante la dolorosa angustia que revelaba.

Cuando el piloto descendió, casi todos los venidos acudieron a verlo, pero no faltaron algunos cansados o inseguros de piernas, por lo borrachos, que se quedasen donde estaban, incapaces, además, de desairar la comilona y el grueso vino de la montaña.

Grupos de campesinos conocidos que pasaron saludándolos y, tal vez, Florencio, siempre incapaz de guardar reserva, hicieron que entre algunos círculos corriese la noticia de que por allí se encontraba el hombre con alas que tenían preso en Vega de Reinoso.

Pasando por allí cerca un jorobado, pobre idiota, de enorme bocio colgante, y mirar acariciador de iluminado, un ebrio, oyendo el rumor que corría, dió la noticia del hallazgo.

—Niños, niños, aquí está el volador!

Reuniéronse algunos en torno del cretino, y como

éste no quisiese volar, en un dos por tres lo desnudaron y diéronle de golpes.

Mas como llegara por allí un hombrecito, diciendo que conocía a Alsino, y acababa de verlo más arriba, excitados, fueron todos en su busca.

Banegas, que sólo había oído un destemplado gritar, quedó mudo de sorpresa al ver una veintena de campesinos ebrios que se llegaban, violentos, rodeándolos.

—¡Este es!

—Ah! hermano, póngale usted también!...

—Vamos, arriba!

—Que vuele! que vuele!

—No faltaba más, negarse el roto...

—Arriba.. !

Banegas, que trató de interponerse, fué acogotado por dos o tres y tendido a golpes.

Alsino, trémulo, buscaba por donde huir; pero los borrachos, violentos, fuéronsele encima y arrancándole la manta, a riesgo de estrangularlo, lo arrojaron al suelo. Un hombronazo brutal y siniestro dióle de patadas hasta que nuevamente se puso de pie. Sólo cuando vieron que Alsino abría sus alas cortadas, dispuesto a acceder, cesaron los golpes y aullidos e hicieron espacio libre a su alrededor.

En su desesperación, Alsino, emprendiendo la carrera, dió fuertes aletazos y, atropellando a algunos, se elevó tres o cuatro metros para caer, muy pronto, en el tajo de un barranco vecino.

Los gritos, vivas y juramentos de los ebrios se

acallaron ante una exclamación enorme y jubilosa que subía de la pradera.

El aeroplano emprendía nuevamente el vuelo.

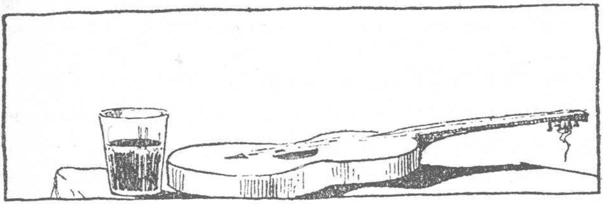
Distraídos un instante, cuando los borrachos quisieron seguir en persecución de Alsino, éste, el cuerpo magullado y sangriento, deslizándose por entre las breñas, huía sin ser visto.

El sol ya se ocultaba cuando Banegas y Florencio lograron encontrarlo. Estaba Alsino cerca de una era abandonada, a la orilla del esplaye de un canal, lavándose sus heridas.

Como las dolorosas contusiones no le permitían seguir andando, y Florencio no podía, de beodo que estaba, cederle su cabalgadura, Banegas ayudó al herido a acomodarse sobre las ancas huesudas del caballito.

Mientras el hortelano guiaba del cabestro al débil animal, que casi no podía con su carga, Florencio, mascullando amenazas a seres imaginarios, mecido por peligrosos vaivenes, recobraba dificultosamente el equilibrio, merced a Alsino que lo retenía entre sus brazos.





XXXII

UNA TERTULIA

Iluminados por una lámpara de petróleo, en la amplia cocina de las casas, negra de hollín, y donde el humo y los vapores de las viandas y de la tetera que hierve, velan el aire y hacen más indefinidos los rostros; entre los débiles silbidos y suaves voces de las peras que al asarse cantan; mientras las baratas cruzan rápidas por los rincones oscuros; los comensales de siempre, vaqueros, sotas y campañistas, mozos y sirvientas, celebran, entre risotadas homéricas y crudas expresiones, las historias de Alsino. Cuelgan de las vigas enhollinadas ristras de ajos y cebollas; pero el perfume de las brasas del peumo y del colliguay vencen sus malos olores.

Han transcurrido los meses; el párroco no ha

vuelto por temor a don Javier, que no se mueve de la hacienda desde el comienzo de las cosechas. La reclusión del prisionero poco a poco ha ido relajándose. Banegas, ante el tácito asentimiento de su patrón, ha terminado por traer a Alsino consigo cada noche, cuando, tarde ya, llega la hora en que los empleados de la hacienda, que a ello tienen derecho, vienen con los criados a comer en la cocina de las casas.

Allí preside don Régulo, el sota o mayordomo, viejo solterón, un poco solemne, parco en palabras y sentencioso; hombre de cejas tupidas y descomunales bigotes, que lleva, sólo como insignia de mando, ya que no sabe ver la hora, un enorme reloj de níquel, pesado como una piedra, y una gruesa cadena de plata, donde las monedas colgantes suenan argentinas, cuando él, sintiéndose olvidado, tose, estentóreo, para llamar la atención.

Si preside don Régulo, quien en realidad manda es la cocinera, la señora Candelaria. Una viejecita morena, seca y arrugada como un huesillo. Tiene el genio vivo y la respuesta pronta. Gasta escasa paciencia; y, aunque hace cincuenta y cinco años que es cocinera, ha rabiado todos y cada uno de los días innumerables que caben en ese largo medio siglo, quedándole por llenar con iguales afanes y coléricas voces, y monólogos interminables, quién sabe aún cuántos años más. El cabello de un blanco amarillento, le va escaseando. El moño le resulta pequeño hasta la ridiculez; y si sus manos, blancas en las palmas y overas en los dorsos, dan la desagra-

dable impresión de carnes que las aguas reblandecen y descoloran, su rostro moreno, surcado por infinitas arrugas, donde brillan claros sus ojos cenicientos, trae el recuerdo de los trabajados campos de labranza, llegada la época de los barbechos, cuando brillan, con las primeras lluvias, entre la oscura tierra arada, las claras y pequeñas pozas de agua.

Nunca falta Calixto, el domador y campañista. Tieso y duro, con manos tan encallecidas por el lazo y el roce de las riendas, que sus dedos sólo puede doblarlos a medias. Cuando alguien lo saluda, siente que estrecha no la mano de un hombre, sino algo rudo, seco y córneo como una garra. Es un hombre feo, con bigotes de bagre, bruto e inocentón. Gusta del amor a su manera. Aun a sus años es el tenorio de la hacienda; un tenorio que no habla, que no corteja, que sólo procede. Nadie puede adivinar su edad; porque la cáscara de su cuerpo, como la de sus manos, es tan dura, que los años no son capaces de romperla y salirle afuera.

Aunque no tiene derecho a la comida, Florencio, el bodeguero, desde que la vendimia principió, figura en la reunión en calidad de asimilado. Su rancho de inquilino queda lejos. Tiene que vigilar la llegada de la uva, la molienda en los antiguos lagares de cuero; y es él el que desdobla la cola, ahora hueca, que antes perteneció a un pacífico buey, y hace que por ella, como por un caño, salga la lagrimilla que resulta de la danza de los muchachos medio desnudos sobre el lagar colmado de negros racimos. Es

él el que carga la prensa de orujos, y en las noches tiene sobre sí toda la responsabilidad de que las grandes cubas, al fermentar, no rebalsen. Como por esta causa debe vigilar hasta muy tarde, se le admite en las comidas. Es un buen compañero, alegre, no gracioso por lo que dice, sino por sus actitudes. Lampiño, con los ojos saltones y gesticulador como buen tartamudo, posee en el largo cuello una nuez enorme que, al bajar y subir, cuando bebe, atrae sobre sí todas las miradas, hasta constituir una molesta obsesión. La verdad es que se sufre observando al pobre hombre, que nunca termina de tragarse ese bulto desesperante Está contento con su suerte. Quizás el secreto resida en que tiene el vino a su cuidado.

Tarde viene a sentarse a la mesa Margarita, la sirvienta del comedor, porque antes debe lavar los platos e ir a dar una vuelta a una guagua que, aunque soltera, le ha llovido del cielo. El pobre chico, metido todo el día en su cajón, se aburre y llora seguidamente; sus chillidos, por lo continuos, no molestan. En el dia, la madre, a la carrera, entre uno y otro quehacer, lo sacude falta de paciencia. Entonces el chiquillo grita hasta enronquecer. Pero en la noche, al meterse en su cuarto se acerca a él y le va hablando y hablando. El tono de su voz se hace poco a poco tan suave y dulce, que la criatura, asombrada, se calla y abre cuanto puede sus ojos. La madrecita con embeleso lo contempla. Bruscamente, lo besa con furia. Como su hijo se sobresalta, con nuevos besos ahoga su llanto. Sentada,

teniéndolo entre sus brazos, lo mece y le canta. Ambos se van adormilando. La cabeza de la madrecita, ya dormida, se inclina e inclina, y sólo se detiene cuando el rostro tropieza en el cuerpecito de su hijo. A veces despierta; pero otras se queda, así, dormida, largas horas, como besándolo.

Es una muchacha de diez y ocho años escasos, pero su juventud está tan ajada que sólo cuando ríe, brilla. Ha quedado temerosa de los hombres, y los mira con un recelo y un asombro que la hacen más deseable a sus galanes.

No sabe lo que quiere. Tal vez su sueño sería convertirse en otra señorita Abigail. Como bien comprende que eso no será nunca, se dedica a cuidar con celo a su joven patrona. Tiene por ella un afecto tan singular; no es raro el día en que, por insignificantes modales de la señorita, no ría feliz o no llore ocultamente, y de tan desconsolada manera que quisiera morir.

Está débil y pálida. Tiene las manos rojas y estropeadas. En sus ojos grandes y muy negros, se reflejan claramente, como en dos pequeñitos espejos, todo lo que ella, con ese su modo de sonámbula, contempla.

Más tarde aun, baja doña Benita, la mama de Abigail, la mama que fué de la señora Dolores y de la señorita Matilde, la mama de don Javier y mama, asimismo, de dos hermanitos del patrón, muertos en la infancia.

En Vega de Reinoso es contemporánea de la señora Candelaria; pero sobre la mayor antigüedad,

que cada una para sí se asigna, hay dudas que nadie puede resolver.

Las dos ancianas se odian. Es una pasión que el tiempo se ha declarado incapaz de agotar. Tratando de despistar lo que sobre ellas se piensa, se hacen sus obsequios y otras manifestaciones de mutuo señorío y acatamiento.

Sólo de cuando en cuando estalla entre ambas un altercado formidable que nadie, ni los patrones, consiguen apaciguar. Después, por semanas, una desde abajo, encerrada en su cocina, la otra desde los corredores de los altos, siguen, cada cual por su cuenta, hablando sobre el asunto. De pronto una se calla: ha oído lo que la otra dice. Se reanuda la tormenta que, en ocasiones, hasta los perros corean.

Ambas van donde los patrones y amenazan, y lloran, y dicen que se van y se van. La experiencia advierte que nada de ello sucederá. ¿A dónde se irían?

Doña Benita es obesa, casi ciega, y muy dada a las golosinas. Compensa su gula teniendo siempre presente a la muerte. Todos los días reza su rosario, y durante el mes de la Virgen, lo reza de quince casas. Todas las noches se acuesta, no metida en una camisa común, sino en su mortaja.

Abigail es su ídolo; cuánto dinero le pagan, suelen pagarle, lo invierte en regalos para su niña.

Desconfía de los sirvientes y los sirvientes la aborrecen. Cuando cada noche penetra en la cocina, en busca de su indispensable azúcar tostada, las conversaciones se callan. Ella, porfiadamente, pro-

longa sin objeto su estadía. Por fin sale, y muy molesta. A su cuerpo obeso lo engrosan aun más las polleras de gran ruedo. Con el gran pañolón de rebozo, que en la noche, temiendo el sereno, lo hace colgar como un manto desde su cabeza, desaparece por la puerta que da al patio oscuro. En el silencio se oye el leve chasquido que van haciendo sus zapatones de paño.

Cerca de Alsino está Banegas. Banegas, además de hortelano, es el matancero del fundo. Es el que degüella los corderos para el consumo de la casa y prepara el charqui, cuando, en primavera, algún vacuno muere empastado.

Es un si es no es filósofo. A Alsino le aconsejaba que sus heridas no se las dejase lamer por los perros.

—No hay nada mejor—afirmó—que orinarse en ellas.

Ha descubierto un remedio para obstruir las cuevas de las ratas, impidiendo que al no encontrar libre paso por ellas, desistan de abrir otras. Es usado especialmente en los graneros de Vega de Reinoso. El procedimiento se reduce a colocar, firmemente aseguradas, láminas de vidrio que tapen las salidas de las cuevas. Los ratones, aunque son listos, al chocar en ellas, se resisten a creer que eso transparente e incoloro les impida el paso, y se llevan toda una noche hociqueándolas. Cuando el remedio ya no da resultado, es fácil comprobar que el cristal está sucio.

Banegas habla poco. En ocasiones, podría afirmarse que durante meses no ha dicho una palabra.

Pero sabe reir, y ríe sosegada y beatíficamente, escuchando las historias que allí en la cocina se refieren. Viéndolo en esa actitud, produce un verdadero bienestar. Es algo sedante, que trae a la memoria cosas gratas, amplias y apacibles.

La señora Candelaria, terminada ya la comida, ha comenzado infatigable a lavar las ollas. Margarita, que debía ayudarla, se distrae escuchando.

Don Régulo, muy serio, trata de permanecer inmune al asombro.

Gestos inconcebibles recorren la faz de Florencio; arrugando y desarrugando la frente, rápido frunce y abre sus ojos.

Tieso, como tallado en madera, Calixto trabajosamente se embebe en lo que oye. Cosa que logre penetrarlo, en él quedará para siempre.

Acaba de contarles el hallazgo que hizo de un cementerio de guanacos. Lo escondido e inaccesible de ese rincón cordillerano donde, uno a uno, los guanacos de una tribu, que se sienten enfermos o heridos por los cazadores, acuden a morir.

Ante los ojos ávidos de esos labriegos y montañeses, se ha desplegado la riqueza perdida de ese sitio oculto. Les parece ver los numerosos guanacos muertos, vaciados por los cóndores, conservar intactas las deseadas pieles, debido al aire enrarecido y seco de la altura.

Alsino comienza una nueva historia:

—Como a fuerza de acostumbrarme en la oscuridad, distingo en ella claramente, esa noche, cuando buscaba en los nidales de las gallinas, divisé a

un zorro que, venía a hacer su agosto en cercado ajeno.

En cuclillas, mis alas arrastraban por el suelo.

El zorro, un zorro enorme, el más grande que en mi vida haya visto, me quedó mirando receloso. Bajo el alero que protegía los nidales, la sombra era aún más espesa, y, por ello, no se debe achacar a incompetencia suya, el que me confundiese con un pavo.

Como es de rigor en esos casos, el zorro hizo una venia, y otra y otra; luego dió unos pasos como alejándose. Ya distante, se volvió para repetir el saludo. Encaminóse, en seguida, en derechura hacia mí, a saltitos cortos, con la gracia del más consumado bailarín. Mientras él, sin dejar de aproximarse, miraba hacia otro lado para despistarme, yo, que seguía sus giros con el rabo del ojo, confieso que comencé a emborracharme, ante tales y prolijas musarañas.

—Vaya con el maldito!—exclamó Florencio.

—En el instante menos pensado, saltó el zorro sobre mí, pero logré darle un feroz puntapié en las quijadas, y, al mismo tiempo, irguiéndome cuán alto era, daba con mi cabeza en las latas sueltas del cobertizo, que se vinieron con gran ruido a tierra.

Saltando los restos de viejos tapiales, el zorro escapó al potrero vecino.

Yo, furioso, había roto en la refriega los únicos huevos encontrados, salí tras él volando.

El potrero era extenso, llano y sin árboles. En la

noche negra, sólo ojos capaces podían distinguir un bosquecillo lejano que seguía el curso del estero.

El zorro, que se había detenido para recobrarse de su asombro, al ver que sobre él venía volando un pájaro descomunal, huyó patitas para que te quiero.

Ah! Todo fué inútil; pronto le dí alcance. Esquivando las dentelladas que, al acercárme, bruscamente lanzaba a mis piernas, fuí sobre él como un jinete empinado en los estribos, espoleando sin descanso sus ijares; y al igual del domador que guía una bestia brava, tapándole uno u otro ojo con la manta, yo dirigía su carrera a fuerza de aletazos que lo cegaban.

Sin acordarme que nos habíamos encontrado en el gallinero con intenciones parecidas, lo apostrofé con un entusiasmo creciente.

—Zorro ladrón! le gritaba. Viejo ladino! ¿Tratabas de emborracharme? ¿Me tomaste por un pavo? A tu cueva ¿no me querías llevar? Llévame, ahora, así, jineteándote! Apura, apura, que me gustan los caballitos corredores!

Mis voces, el ruido y los golpes de mis alas, y el menudear de mis pies sobre su lomo, sumados a su natural espanto, hicieron que, vencido, comenzase a gemir lastimero. Semejante vergüenza me puso furioso. En un descuido, cuando el zorro, ya extenuado, parecía echar afuera los bofes, lo tomé de la cola y subí con él. Desde lo alto lo lancé al aire. Cayó dando volteretas, y al estrellarse contra el suelo, sonó como un saco que se derrumba y revienta.

Gritos de alegría, risotadas, golpes formidables

en la mesa y en las espaldas del vecino, en señal de entusiasta aprobación, acogieron el final de la historia.

Don Régulo, olvidado de sí, reía abiertamente; Banegas y la señora Candelaria, como buenos amigos se miraban complacidos de verse tan alegres. Margarita esquivaba los recios codazos que dábale Calixto en señal de regocijo por relato tan de su gusto. Florencio, cogido por el entusiasmo. en plena tartamudez, reía hasta llorar.

—Don Régulo—dijo, por fin—esto no puede quedar así. Esto merece trago.... Buen dar con el zorro indigno! Banegas, acompáñame a la bodega. Si don Régulo no dice nada...

—¿Vamos?—dijo Banegas a Alsino.

Los tres salieron al patio.

Era noche sin luna, llena de estrellas, coreada por las letanías de los sapos. De los potreros vecinos, donde en el día se hiciera la cosecha del pasto, venía el perfume incomparable del trébol seco.

La bodega ocupaba el sitio de una antigua capilla. Muerta la madre de don Javier, dejáronse de decir misas en ella; después, por ser recinto adecuado para guardar restos de maquinarias y cosechas, fué perdiendo, lentamente, su carácter. Cuando la viña nueva estuvo frutal, don Javier, sin escrúpulo, por una transición que el tiempo propiciara, utilizó la antigua capilla para cosechar el vino.

Montones ácidos de escobajos, canastos pringo-

sos, barriles y tinajas, veíanse cerca de la puerta de entrada. En los alrededores unas carretas dormían tranquilas, mientras una de ellas vigilaba atenta con el pértigo en alto, apuntando a las constelaciones.

Florencio abrió el portón de entrada. Encendiendo un farolillo portátil, fué, seguido por Banegas y Alsino, entre las sombras cambiantes que arrojaban las grandes cubas fermentadoras. Se oía el hervir del mosto. De una de las cubas, coronada de espuma compacta y carminosa, comenzaba a derramarse el vino nuevo.

Por entre las enormes barricas asomaban, pintados en las paredes, atributos religiosos de la antigua capilla, y santos grotescos, obras de algún artista campesino. Teñidos por las chorreras de la lagrimilla desbordada en numerosas vendimias, los santos comenzaban a desvanecerse.

De unos barriles pequeños fué probando Florencio el vino añejo, antes de decidirse. Banegas, con el farol en alto, alumbraba. Una prensa de orujos destilaba en una tinaja, empotrada en el suelo, un claro hilillo de vino. La luz del farol se quebraba en el chorro como en un rubí líquido; y al caer en la tinaja poníase a cantar con una voz tan pura como la de un pájaro.

Sorteando barriles, mangueras y carretillas que obstruían el paso, fuéronse silenciosos con un gran cántaro lleno de vino.

Medio asfixiados por los gases de la fermentación, al salir respiraron con placer el aire frío y

puro de la noche. Deslizándose contra las paredes, trataron de llegar, sin ser vistos.

Se detuvieron temerosos. Unas sombras, antecediéndoles, entraron en la cocina. Desde el exterior husmearon con cautela por el ojo de la llave.

—Si es don Ñico que trae a don Santiago, el ciego, y a Felipillo!—murmuró enderezándose, jubiloso, Florencio.— Estamos con toda la buena! La hicimos completa!

Calixto y don Ñico, los recibieron con gran algazara, mientras don Régulo, para mejor disimulo, púsose a liar un cigarrillo.

—Uh! uh! uh!—balbuceaba, alargando el hocico, Felipe el lazarillo, como si olfateara el vino.

Era un pobre imbécil de cara simiesca y edad indeterminada. Atado por la cintura al ciego, sostenía entre sus manos el guitarrón de su amo.

Don Santiago, el ciego, lírico vagabundo, conocidísimo en toda la región, jamás dejaba de recorrer una a una las haciendas, cuando llegaba el buen tiempo de las cosechas. Hombre grueso y sanguíneo, picado de viruelas, de cuyas resultas cegó, poseía un repertorio picante y cínico, muy del gusto de los hombres. Las mujeres, si protestaban de sus canciones, era, tal vez, porque al oírlas, reían de un modo tan desatado que resultábales peligroso.

—Figúrense—explicaba don Ñico—que aquí, el amigo, quería seguir de largo! Venía yo del pueblo después de dejar al patrón, cuando, en la revuelta de Paso Hondo, los caballos se espantan.

¿Creerán que don Santiago, allí, solo en esta noche oscura, estaba canta que te canta?

—Já! já!—rió el ciego.—¿Sabía yo si el coche que oía rodar era de amigos? Eché un reclamo como los jilgueros.

—Y era de amigos, caramba—repuso el cochero. —¡Vamos! arriba! les dije. Y Felipillo, el muy infeliz, resistiéndose; que no y no. De un huascazo le hice subir; y hemos venido a todo galope, por los caminos, cantando. ¿No es verdad Cacaseno?—Y atizó por las piernas un latigazo al lazarillo.

—Uy! uy! uy!—gritó, lagrimeando el cretino; y como no entendiese bien, creyendo, con la costumbre, que eso era lo que de él deseaban, púsose a bailar grotescamente.

Rieron y gritaron los contertulios, mofándose de las contorsiones del pobre diablo.

Antes de que se lo pidieran, cogió el ciego su guitarrón y, rasgueando sus cuerdas, dióse a cantar entre el acompasado coro de Florencio y Don Ñico.

Ay! ay! que yo se lo pido,
ay! ay! que yo no me atrevo...
Siempre, dudando, de nuevo,
el tiempo pasó,
y ¡ay!.. ¡si! y ¡ay!.. ¡no!...
¡chingado el tonto quedó!

—Bien merecido lo tuvo... Aprendan, niños!—gritó don Ñico.—Pero no se apure, compadre. Vamos, primero, aclarando la voz.

Y volvieron a beber.

Hay en el campo una hierba
de la borraja llamada,
. . . .

Se reanudaron las canciones. Pero luego comenzó a llegar el olvido, y pronto la alegría y la buena libertad.

Luego, callados, envueltos en ese recogimiento con que se inician las borracheras, tal si perteneciesen a un rito solemne, fueron bebiendo todos larga y parsimoniosamente.

Alsino, inconsciente, bebía más que todos. Sintiendo calor se sacó el poncho. Acometido por una locura súbita, púsose a danzar medio desnudo, mientras, con voz incomprensible, entonaba, desafinadamente, viejas canciones de su infancia.

Nadie se cuidaba de nadie, como no fuese Calixto de Margarita. Llevado por un ardor incontenible, Alsino proseguía su baile frenético.

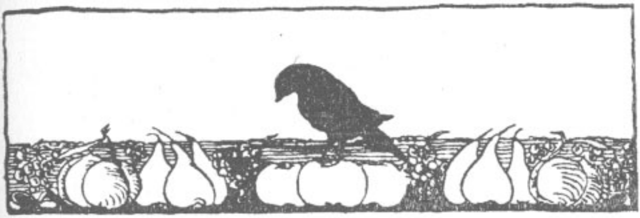
Volcó una mesa, viniéronse al suelo las copas. Enredado en una silla, cayó sobre los ladrillos del piso, quedando con las alas extendidas y sin movimiento, como un enorme pájaro muerto.

Ruda tarea comenzó para la señora Candelaria, cuando pretendió echar a los borrachos de la cocina. Salieron, por fin.

Alsino entre la cocinera y Banegas, abrazando a ambos con sus alas, la cabeza descoyuntada y oscilante como un péndulo, salió el último. En mitad

del patio se detuvo, y con voz profunda y estropajosa comenzó una nueva canción que dejó sin terminar.





XXXIII

OTOÑO

TÍMIDO y deseoso fué, tras la señora Bartola, subiendo la escalera que llevaba al segundo piso. Desde la lejana noche de su captura, Alsino no había vuelto a esa parte de las casas. Largos días habían pasado sin que Abigail se asomara por el huerto. Estando enferma, había encomendado a la señora Benita que llamase al prisionero.

Atravesó en los altos el corredor del norte, con sus tablas podridas y rotas, y el extenso corredor del oriente, sombrío por los viejos acacios en otoño, que dejaban filtrar una resolana quieta y dorada. Todo él estaba cubierto con las frutas últimamente recogidas. Caminando con cuidado por un angosto pasillo que dejaran libre, iba a la siga de la anciana,

contemplando la abundancia de los maravillosos dones del extenso huerto.

Allí estaban las nueces arrugadas y secas, rota y podrida la primera envoltura; vecinas, en un gran montón que había deshecho el trajín de los sirvientes, las castañas brillaban como recién barnizadas; más adelante, en extensión considerable, dispuestas por clases, lucían manzanas amarillas y chatas, manzanas verdes, gordas y enormes, manzanas tersas y rozagantes de un carmín trasparente y luminoso como el de los azulejos, y todas ellas exhalando un perfume fresco y muy grato.

Contiguas a las últimas manzanas agrupábanse las peras loicas, pequeñas y pecosas, con su gran mancha roja; las de guarda, verdes y tersas; la sección de las enormes peras de agua, ya con claros abiertos por el consumo diario. Y, por todas partes, abandonadas y dispersas, había grandes cantidades de frutas lacias, deshechas y podridas. Cediendo a su propio peso, aplastándose contra las tablas, hacían pasar hacia abajo, por grietas y junturas, lagrimones de miel. Un terciopelo de hongos blanquecinos crecía silencioso sobre esas frutas que, sobrepasada la plena madurez, comienzan a derretirse como blanda cera.

En el límite del corredor, custodiando a las frutas menudas, gordos y grotescos, la piel gruesa y rugosa, plegada como la de los paquidermos, enormes zapallos, de un gris verde azulino, descansaban solemnes.

Y por sobre este magnífico tapiz de una lujuriosa

abundancia, colgaban de las vigas del corredor, grandes racimos de uvas de guarda negras y rosadas, cuidadosamente defendidas por el tordo de la señora Benita.

Era éste un viejo pajarraco de plumaje medio deslustrado, gran ladrón de ovillos y otras chucherías. Habilidoso como todo guardián ¡ay! del zorzal que se atreviese a venir a merodear entre los racimos; furioso lo perseguía, sin descanso. De regreso, fatigado, cobraba su trabajo regalándose hasta la saciedad, de las frutas confiadas a su vigilancia.

Como más adelante el tránsito estaba obstruído por los primeros duraznos abrileños, siguieron por el interior de las piezas.

En el escritorio de don Javier, sobre la mesa, en desorden o ensartados en clavos sobre las paredes, legajos de papeles comenzaban a amarillear.

En unas mesillas de arrimo, encima de escasos libros, rotos y desencuadernados, había piedras de minas. Un olor fresco a fierro y maquinarias subía del piso bajo a través de las grietas del entablado.

La pieza vecina era la de Abigail. Al abrir la puerta, las bisagras cantaron suavemente. Como ese dormitorio caía sobre el departamento del primer piso donde guardaban la harina candeal, un ligero y sano aroma a trigo maduro flotaba en el aire.

Alsino, tímido, asomó la cabeza.

Abigail en su lecho, más hermosa por los colores que a sus mejillas prestaba la fiebre, le llamó sonriendo.

—Venga y abra la puerta del corredor; me muero de sofocación!

El picaporte, mohoso, se resistía. Las maderas hinchadas se negaban a desprenderse. Al ceder, por fin, crujiendo, con la luz dorada que filtraban los acacios, rodaron bulliciosas hacia el interior del cuarto las manzanas que afuera, estaban apoyadas contra los batientes.

Abigail rió alborozada.

—No las recojan. Ellas también vienen a verme! Alcáncenme una. Qué bien huelen!—dijo acercando a su rostro la que le pasara Alsino.

—Siéntese—ordenó a éste.—Allá no. Aquí. Me aburro cuando estoy enferma. No soy capaz de leer, me duele la cabeza. He pensado que hoy podría conocer una nueva historia suya. Recuerde alguna que yo no sepa.

—¿Está enferma?—preguntó Alsino—¿tiene fiebre? Señora Benita ¿por qué no me había dicho nada? ¡Ah, no quiso creerme! ¿Qué objeto tenía el pasarse todo el tiempo, primero con Margarita, y, luego, con los enfermos que siguen llegando cada día? Y esto ¿qué es?—dijo aspirando el olor que despedía una pócima que estaba sobre la mesita de noche.

—El patrón no cree en sus remedios—farfulló la señora Benita.—Ayer, antes de irse con Ricardito a Santiago, que se zafó un brazo por querer volar como usted, se enojó conmigo. A mi hija darle esas tonterías! gritó, y, quitándomelos de las manos, lanzó lejos la yerba dulce que traía para los labios de la pobrecita. ¿Mire usted como los tiene? le sangran

de secos y agrietados. Y ¡dios santo! le están dando remedios inútiles que traen del pueblo. Recetas que prepara ese borrachín hereje del boticario.

Alsino se sentó. El ceño contraído, miraba con insistencia el suelo.

—Pobre papá! me ve enferma y se confunde. Pero estoy mejor ¿no lo cree?—y Abigail le alargó la mano como a un médico.

Humilde, Alsino se acercó a ella, tomándola de la muñeca. Medio ensordecido por los golpes de su propio corazón, púsose a contemplar esa mano pequeña y fina de dedos aguzados, y uñas sonrosadas y floridas de puntos blancos como gotas de leche.

Cuando volvió a sentarse, quedó más adherida que una brasa a las yemas de sus dedos el fuego de la fiebre de Abigail. Como permaneciera callado, la enferma, intranquila, lo espiaba. Alsino escuchó sus pensamientos de zozobra, y, haciendo un esfuerzo, sonrió.

—No tiene casi nada—dijo.—¿Qué remedio darle? No hay cosa alguna mejor que la goma de cardón.

La señora Benita, sonriendo, sacó del envoltorio en que traía su interminable tejido, un frasco pequeño.

—¡Ah!—exclamó regocijado Alsino.—Acerque un vaso con agua. Aquí hay. Espere! Beba sin miedo! Que ponga agua nueva porque había flores en el vaso. Son crisantemos, mejor que mejor. Beba! Así! Pero qué gesto hace; es el dejo al alcanfor.

Afuera se sintió un rápido batir de alas, y un claro

y pasajero fulgor bañó la pieza. Era el reflejo despedido por palomas en vuelo, al cruzar por el aire bañado de sol.

Al otro lado del lecho, cerca de la puerta, acomodándose en una silla baja, la señora Benita, desenredó su lana y su crochet, y púsose a tejer.

—Yo no lo llamé, Alsino, para que estuviese callado—exclamó burlesca y con afecto Abigail.

—¿Qué puedo referirle? ¿Aun una nueva historia? ¿No le conté, últimamente, mi aventura con los ladrones, y la que tuve con unos buitres cuando recién volaba? ¿no le he relatado la del tristabaco, y la historia con las llacas y comadrejas que tenían como casa propia la capilla del Totoral? ¿Y tantas, y tantas otras? ¿Qué quiere que aun le cuente? ¿El juramento de los picaflores? ¿Lo ha olvidado? ¿No conoce también mi caída al mar? ¿No? Es extraño. Sólo ahora recuerdo que no la he referido. Ah! cuán insaciable es. Debiera haber sufrido yo otros mil percances, y usted todavía no quedaría satisfecha. ¡Aun otra historia! ¿Se mofa? ¿Acaso no es así?

Abigail reía ruidosamente.

Alsino, en silencio, la contemplaba. Contagiado, terminó por reir a su vez.

—Una tarde—comenzó—érase en el tiempo en que yo recién iniciaba mis vuelos, aun presa del loco entusiasmo de mi nuevo poder, sin reparar en obstáculos y espoleado por deseos inagotables, mil veces superiores a mis fuerzas, volando sobre unas serranías, divisé tras ellas el resplandor del mar. Era poco más de medio día, hora en que las olas ruedan

tranquilas y mejor reflejan, como las escamas de plata de un pez gigante, la luz cegadora del sol.

Cuando estuve encima de las playas comencé a bajar, internándome sobre las rompientes. Llegaba hasta mis labios el rocío de los enormes tumbos de la mar boba, al chocar contra las rocas. Gustando su frescura salina, como si bebiese el más poderoso de los licores, caí en uno de esos mis antiguos arrebatos de alegría desbordada. Durante ellos no cabía dentro de mí mismo, y, por eso, en el aire, danzaba frenético como si quisiese dar libertad a mis alas, a mis brazos y mis piernas que bailaban enloquecidos. Descendiendo, cada vez más, muy cerca de las rocas, volaba rozando las aguas hirvientes: olas colosales que se erguían abrumadoras como montañas. Ah! cuán feliz era al retozar entre la chispería tornasolada de los tumbos despedazados! Mis alas húmedas resplandecían al sol.

Al divisar el nacimiento de una nueva ola soberbia, y ver que por el agua de su cumbre, de una indecible claridad verdosa, cada vez más trasparente, cruzaba el relámpago de un pez, me vino el mismo deseo incontenible de los piqueros cuando se dejan caer en el mar. Sin atender al peligro, cerré mis alas y veloz, como una flecha, me hundí profundamente en el agua, logrando aprisionar entre mis manos al pececillo.

Nunca lo hiciera! Medio aturdido por los tumbos, con mis alas empapadas, sólo cuando logré abrirlas sobre la superficie de las aguas, pude po-

nerme, dificultosamente, a flote. Una nueva ola, cogiéndome por la espalda, me hizo pasar, envuelto en espumas hirvientes, por un desfiladero de rocas cortadas a pico, cubiertas de algas resbaladizas que se me escurrían. Salí impelido, con las últimas espumas, a una bahía pequeña y tranquila.

Magullado por las rocas, sin conservar entre mis manos al pececillo que se me escabullera; al levantar penosamente una de mis alas heridas, el viento de la tarde comenzó a dar en ella, y cada vez con mayor rapidez, como un barco que alza su velamen, iba deslizándome sin esfuerzo hacia la playa distante.

Satisfecho de mi descubrimiento contemplaba complacido el desfile de las rompientes, cuando distinguí, entre las rocas que cerraban la bahía hacia el sur, a innumerables lobos marinos que tomaban el sol. Al divisarme, asustados, creyendo que se acercaba una chalupa, comenzaron a dejarse caer al mar. Hubiese podido apaciguarles con mis voces, pero era tan hermoso el espectáculo ofrecido por su terror que, encorvando mis pies como timones, y disponiendo mejor mi ala erguida, enderecé rumbo hacia ellos.

No me fué posible darles alcance. Algunos machos que cubrían la retirada, parecieron dispuestos a acometerme. Les grité. Intranquilos se detuvieron, dando lamentosos bramidos. Cuando pude convencerles, se me acercaron llenos de precauciones.

Sólo algunos lobos viejos cubiertos de cicatrices, recuerdos de sus luchas amorosas, dejaron caer

de sus hocicos las piedras que traían para su defensa. Piedras que disparan lejos, levantándose sobre las olas, cuando los cazadores los atacan. Luego vinieron todos en torno de mí; hasta los lobeznos, que jamás se apartan de sus madres. Maravillados, giraban y giraban, nadando a mi alrededor.

Al divisar sus cabezas redondas, que algo recuerdan las nuestras, y ver brillar sus ojos inteligentes, me parecieron hombres encadenados por un maleficio a vivir en el mar.

Cuando viré dirigiéndome a la playa, todos me siguieron curiosos; y durante el largo tiempo que estuve fuera del agua, desentumeciéndome, sobre las arenas calientes, los lobos, hasta que llegó el crepúsculo, entre las olas tornasoladas, en un ir y venir, clamaron por cosas aun para mí incomprensibles.

Al alejarme de esa playa desierta, rumbo a mi cueva de la montaña, volé algún trecho sobre el mar. Los lobos, para verme mejor, sacaban sus cabezas fuera del agua; y como llegaran hasta mis oídos sus trágicos bramidos de angustiosas y oscuras interrogaciones; y como sus cuerpos húmedos se viesen negros surgiendo de entre las olas rojas que parecían llamas de un mar de fuego, pensé tener ante mi vista a otros desconocidos moradores de un infierno.

El narrador había ido entusiasmándose durante el curso de su propio relato. Cuando le dió término, revivificado su recuerdo por su potencia evocadora, sus ojos y todo su aspecto eran los de un hombre

que viene de salvar los riesgos de una extraña aventura.

Abigail, profundamente atenta, sin interrumpirle una vez siquiera, también parecía haberla presenciado.

La señora Benita, sorda e indiferente, adormilándose por el bochorno de la siesta, comenzaba a cabecear.

—Alsino—dijo Abigail, con voz emocionada—me parece haber estado en su compañía

El tordo entró a saltitos. Después de dirigir atentas miradas hacia los rincones, de un picotazo ensartó el ovillo caído de la señora Benita, y salió con él sin que nadie lo advirtiese.

—Oyéndolo, me parece que yo también he volado alguna vez!—continuó la enferma.

El narrador, confuso y agradecido, sonreía.

—Ah! si yo tuviese alas, qué de aventuras no correríamos juntos!—dijo alegremente la joven.—Nos casaríamos ¿verdad Alsino?—preguntó burlesca. Porque, así, yo sin alas y usted con ellas, bonita pareja.... Que le venían ganas de volar; pues yo a quedarme plantada. Si volaba conmigo a cuestas, no subiría alto ni llegaría lejos. Si se resignaba a permanecer siempre a mi lado, entre las gentes no podría ir medio desnudo; y si se cubría las alas ¡qué joroba! ¡Dios mío! Los chiquillos nos seguirían, lanzándonos piedras!

Riendo ruidosamente de su fantasía, con ese alborozo efímero y superficial que sienten las jóvenes ante los problemas ficticios de un amor ima-

ginario, Abigail no reparó en cómo se contraía dolorosamente la frente de Alsino.

La señora Benita roncaba plácida. El calor de la tarde y el voluptuoso perfume de las frutas, llenaban el aposento. Como la enferma se quejara nuevamente de calor, no encontrando Alsino en parte alguna el abanico que la joven le pidiera, se sacó su manta, y abriendo una de sus alas mutiladas le dió aire con ella.

Abigail, gozosa ante la gran frescura que la envolvía, cerró dulcemente los ojos. Sólo Alsino vió salir, de debajo de los muebles, grandes y livianos globos de pelusas que comenzaron a danzar silenciosamente...



XXXIV

ERRANTE

Los gallos daban la media noche cuando a Alsino lo despertó una algazara de borrachos. Iban en una carreta, por el camino público, detrás de los álamos. Se oían claramente los agudos chirridos del eje desengrasado y, más confusas, voces broncas y carcajadas groseras, que sonaban temibles en el silencio nocturno.

Los perros de las casas dieron el alerta. Ladridos interminables sucediéronse hasta largas distancias. Banegas se revolvió quejoso en su lecho.

Poco a poco el escándalo iba alejándose; pero los innumerables tiuques que dormían detrás de las casas, en el bosque de álamos, se llevaron largo tiempo, desvelados, en un cuchicheo agrio y conti-

nuo, apenas perceptible por el vasto rumor de los álamos que mecía el viento de la noche.

De vez en vez, gritos perdidos turbaban nuevamente el sosiego de los campos. Al poner en ellos atención, escuchábanse leves crujimientos, golpes incomprensibles, lejanos y sordos, y, distante, el ruido perenne de la cascada del canal.

Un ratón, allí cerca, roía tranquilamente. Contagiado por su serenidad, Alsino comenzaba a tranquilizarse, cuando un lamento desgarrador y penetrante pasó por el aire, volando como una negra ave fatídica.

Todo quedó inmóvil, en una crispación tan dolorosa, que hasta el ratoncillo detuvo su trabajo.

Entreabriendo el ventanuco, por entre los gruesos barrotes y sunchos entretejidos, Alsino, a la luz rojiza de la luna menguante, vió a los perros, que dormían en los corredores de las casas, incorporánrarse con actitud extraña.

Uno en pos de otro, las cabezas pendientes como agobiadas, las orejas lacias y caídas, todo el cuerpo desmadejándose humilde, como ante un amo invisible, a paso lento y arrastrado, iban por entre los montones de maíz, hasta el centro ibre del patio Irguiendo repentinos los cuellos, y cara a cara a la luna, comenzaron, con los pelajes erizados, a lanzar siniestros aullidos.

Oyéndolos, un calofrío recorrió a Alsino. La larga enfermedad de Abigail, y el no haber tenido de ella noticias claras en esos últimos días, intranquilizaron al prisionero. Una sospecha desolada lo sacudió

al divisar un ir y venir de luces en las piezas de los altos.

Sin despertar a Banegas salió al huerto; pero ante las altas y espesas zarzamoras, quedó irresoluto. Quiso pasar a través de ellas por el albañal de la acequia de regadío, mas las gruesas y firmes espinas, aferrándose tenaces a su poncho, le retuvieron. Retrocedió penosamente; luego, desnudo, hizo una nueva tentativa. Volvieron a retenerlo las agudas espinas; pero, aunque desgarraban su cuerpo y sus alas, siguió resuelto.

Al cruzar la plazoleta, donde se hacía la cosecha del maíz, entre fogatas humeantes que iban extinguiéndose, oyó a los innumerables grillos venidos de los potreros, ocultos entre las hojas de los choclos, allí, por miles, cantar reunidos.

Nadie vió a Alsino deslizándose por el corredor de los altos, sin cuidarse de las frutas dispersas, ir receloso en demanda del dormitorio de Abigail.

Al aproximarse a él, lo sorprendió un murmullo de oraciones, entre un grato perfume a cera quemada y una húmeda fragancia a rosas y alcanfores.

Vió cirios ardiendo en la pieza oscura. Divisó gentes de rodillas; invisibles los rostros inclinados. Toses histéricas y llantos agudos, que culminaban en alaridos, venían de la pieza vecina.

Toda la casa y el aire de la noche estaban mecidos por lamentos y oraciones. En ese instante hasta el mugir de una vaca en el establo sonó como una nueva plegaria.

Al lado de la puerta, en un rincón, de pie, mu-

dos, los sombreros pendiendo de las manos que colgaban pesadamente, estaban don Régulo, Calixto y don Ñico.

Como un sonámbulo, el ceño inquieto, la mirada en espanto, Alsino se llegó a ellos interrogativo. Nadie dijo nada. Sólo don Ñico levantó la vista. En sus ojos se irisaban la luz de los cirios, y en sus mejillas había rastros brillantes.

—¡Ave María Purísima...! —entonaba, temblorosa, la voz de la señora Dolores.

—¡Santa María...! —coreaban las otras mujeres arrodilladas. Distinto y enérgico, entre se distinguía el acento rotundo de la señora Candelaria.

Desnudo y sangriento por los arañazos que le hicieran las zarzas, la actitud resuelta, los ojos extraños, Alsino ante los cirios y las flores que rodeaban el lecho de Abigail, quedó desconcertado. Como los pájaros cuando husmean en un sitio desconocido, estiraba el cuello, atentos los oídos sutiles

Dió un paso adelante. Todos, al levantar la cabeza, quedaron inmóviles ante su trágica aparición. Don Ñico, obedeciendo un gesto de la señorita Matilde, se acercó al prisionero, lo tomó de un brazo y quiso hacerle salir de la pieza. Alsino, sin comprender, contemplándolo todo con terribles ojos de ausente, presa de inesperada violencia, frenético y resuelto, arrojó lejos al cochero. De un salto, con furia extraña, derribando uno de los candelabros, se acercó al lecho de Abigail; las mujeres dieron gritos, incorporándose, temerosas, al arrimo de las

paredes oscuras. Contemplaban despavoridas a Alsino desnudo, y el erguirse tembloroso de sus alas que despedían negras y grandes sombras

En el silencio angustioso se oían crujir bajo los pies desnudos del prisionero, las flores caídas alrededor del lecho. Los hilos de sangre que cruzaban su cuerpo resplandecían a la luz de los cirios.

Al divisar el dulce y pálido rostro de la muerta, Alsino dió un grito penetrante y salvaje; aullido gutural que removió hasta las más ocultas fibras de las entrañas. Entre sollozos enormes, con voz desconocida, Alsino suplicaba:

—Abigail! Abigail! ¿Es posible? ¡Dios mío! ¿Callas? ¡No es tu voz oculta la que ahora te rodea! Es otra desvanecida e igual a la de tantas cosas inertes. Abigail ¿no me engañas? ¿dónde escondes ese rumor que te envolvía? ¡Era como uno de esos velos sutiles que trasparentan mejor las formas ocultas!

Estrujándose desesperado las manos, como deseoso de arrojar lejos su dolor impotente, siguió con voz quebrada:

—Pareces dormida. Mas, como la niebla que en la noche brota del río, un halo, visible para mí, del que duerme se eleva.

Los sollozos, ahogándole, le hicieron caer de rodillas al pie del lecho.

—¡Malditos sean mis pensamientos incapaces—gritó iracundo—que no supieron, como los tuyos, brillar en torno mío y ser reveladores de mi secreto! ¡Maldita sea mi cobardía que me hizo callar! Pasó el

amor rozándome, y yo, turbado como un mendigo que recibe una moneda de oro, la ví escurrirse entre mis dedos abiertos! La busco ahora anhelante, pero como si se la hubiera tragado la tierra..! Miserable de mí! No sólo los demás me tuvieron por un ser extraño a ellos; yo, también, así lo sentía. Sólo cuando el amor llegó, supe que era igual a todos...!

Sacudido por nuevos sollozos iba desplomándose sobre el piso, débilmente apoyado en sus alas caídas.

Cuando los circunstantes volvieron del pánico, don Régulo, Calixto y don Ñico se acercaron al prisionero y, tomándole de los brazos, le hicieron salir.

Alsino, rendido, los seguía inconsciente. Sólo al bajar la escalera, y ver que se encaminaban con él hacia su prisión, acometió en contra de ellos, tratando de desasirse.

En el patio, alumbrado vagamente por el resplandor de la luna medio oculta tras de las ramas de los árboles, una lucha imprevista se desarrolló violenta.

Fuerte era Calixto, mañoso don Ñico, y, herido en su vanidad, don Régulo reveló fuerzas hercúleas; pero Alsino, poseedor de una energía desconocida, tumbando nuevamente al cochero que le sujetaba de las alas, derribó pronto al mayordomo. Entonces, Calixto, solo ante él, amedrentado, no se atrevió a cruzarse en su camino.

El prisionero, al hallar las puertas cerradas, tomó por el aprisco de las ovejas, poniéndolas en fuga. Pero las ovejas, al entender sus voces de desespera-

ción y de locura, como quedase abierta la puerta que daba hacia el campo, fueron tras él, por los caminos sumidos en la noche, balando lastimeras.

QUINTA PARTE



XXXV

LA HIJA DEL LEONERO

ALLÍ donde el río Plomo recibe el agua de las quebrada de Las Siete Lagunas, en esa angosta abra de cordillera; cerca de las minas de Maltusado y del portillo del mismo nombre, paso solitario por el que sólo cruzan los contrabandistas de ganado argentino; no lejos de las primeras nieves y en lo alto de la única loma que, un año sí y el otro nó, ostenta una pequeña sementera de trigo, entre unos durazneros torcidos y un saúco frondoso, hay un rancho de piedras techado de ramas y de latas viejas.

En la sementera, las cañas del rastrojo asoman entre la tierra amarilla como barba de ocho días. Aun no caen las primeras lluvias, y las nieves siguen altas.

Hacia el tajo por donde corre el Reinoso hay unos maitenes. En las frías mañanas, cuando la niebla, como un aliento del río, sube y espesa, y va ocultando las serranías de la otra orilla, aquellos árboles solitarios se llenan de una trágica melancolía, porque parecen arraigar en el extremo último de la tierra, al borde del gran abismo. Y quien a esa hora así los contempla y así los siente, ve cómo ese agreste y remoto rincón cordillerano, firme de rocas y de silueta altivo, avanza contra la niebla insondable como si fuera la proa misma de la tierra. El río, abajo, olvidado, despeñándose, truena. Al oir su voz y sentir el viento que se levanta sólo se piensa en el rasguido de invisibles olas desconocidas.

A ese rancho miserable, aun más empequeñecido por estar en medio de aquellas moles abrumadoras coronadas de nieves y de rocas, vino a dar Alsino.

Era la última vivienda que había en la hijuela de cordillera de la hacienda llamada de Trasmalal. Si bien la conocían con el nombre de «la casa del leonero», ya hacía tiempo que no ladraba en torno de ella la valiente jauría. Muerto el perro maestro, desaparecidos o dispersos los restantes, los pumas bajaban con las primeras nieves, y pronto los potrillos, terneros y el ganado menor comenzaban a desaparecer.

El dueño de casa, enfermo desde hacía tiempo, sin poder bajar por sus mismas dolencias hasta las casas de la distante hacienda de Reinoso, en busca

de aquel hombre extraordinario, cuya fama alcanzara a sus oídos, le vió alcanzar una tarde hasta su propio hogar.

Cotoipa, su hijo, al verlo, trémulo llegó corriendo hasta su silla de enfermo. Mudos ambos por el estupor y el miedo, pero poco a poco ganados por la voz bondadosa de aquel hombre desnudo, diéronle hospitalidad.

Y cuando las niñas llegaron de las compras que venían de hacer en el pueblo para surtir el pequeño almacén que servía a cateadores de minas y contrabandistas, ruborosas, intranquilas, esquivando las miradas de Alsino, entraban y salían de las oscuras habitaciones.

Eran dos muchachas con belleza de juventud, y no sin práctica real en lides amorosas; pero, montañeses ingenuas, sin saberlo, servíales más, para el gusto de los hombres de esa tierra, cierta facilidad al rubor y a la timidez.

El padre, viejo, enfermo y fatalista, no se había sobresaltado cuando, el año anterior, Rosa, la menor de ellas, dió a luz un hijo. Y no tuvo, después, para el recién nacido, ni desvío ni ternura. Llevando en las sienes parches de torrejas de papas, enteraba los días sentado en su silla de totora, con la cabeza inclinada ante los montes, mascullando, muy de tarde en tarde, unas escasas palabras.

Etelvina, la mayor, atendía de preferencia el pequeño negocio. Rosa cuidaba de su guagua, y ambas y Cotoipa, del cultivo de la tierra y de los quehaceres de la casa.

Sintiendo el viejo leonero alguna mejoría con los remedios de Alsino, trataba de retenerlo. Lentamente la noticia de que allí se encontraba el famoso curandero de Reinoso, fué extendiéndose, y comenzaron a llegar hasta su rancho, enfermos y peregrinos que hacían algunos gastos en el boliche, y eran, además, portadores de dádivas: aves, quesos y frutas de la tierra. Las jóvenes Rosa y Etelvina, ante tal inesperada ayuda, se ingeniaron para retener al huésped.

Rosa, al comenzar con Alsino una vida de mayor acercamiento, perdiendo los temores y los resabios de los primeros días, fué cayendo de interés, en curiosidad; de curiosidad en asombro creciente y continuados pensamientos, que resbalaron, sin tregua, hasta dar en un caprichoso amor.

Con sus alas aun incapaces, triste y taciturno, Alsino mirábalo todo con un aire de ausencia y de fatiga.

Indiferente a la pasión que despertara, iluminado apenas por una sonrisa desolada, contestaba a las palabras de Rosa sin darse clara cuenta de ellas, clavando en cualquier parte fijamente sus grandes ojos para dejar vagar, lejos, sus pensamientos.

Cerca de la ruca del leonero, a mitad del camino hacia Reinoso, y poco antes de llegar al Portezuelo, en unos terrenos anegadizos, orillados de sauces y de mimbres, con queltehues en constante algarabía, vivía otro inquilino: don Cleofe, el cestero. La madre de él, la más famosa curandera por leguas y

leguas en contorno, había visto decrecer su clientela desde la llegada de Alsino a Reinoso. Amargada por el desaire, y empobrecida por el abandono, vió una mañana, muy de madrugada, llegar en su busca a la menor de las hijas del leonero. Andando, andando, fueron internándose bajo los sauces que amarilleaban con el otoño.

Pasado largo tiempo, volvieron aparecer; conversaban aún.

—Si, hija, sí. Te querrá toda la vida. No ha habido caso imposible. No lo compres donde el boticario—decía la anciana—no te lo vendería; pero mi comadre debe tener. ¿No la conoces? Vive en el crucero que hace el callejón largo, con el camino que va a Reinoso. No hay otra casa. Cómprale a ella. Basta una poca cosa: un frasquito pequeño. Y de él sólo ocuparás la mitad; porque, antes, debes vaciar algo sobre una piedra que haya sido guarida de lagartos, pero que ya no los cobije, y el resto, en el frasco, lo dejarás sobre esa misma piedra, de modo que reciba la luna de toda una noche. Hoy puedes hacerlo. que si no se levanta viento y corre el nublado, brillará la luna. Cuando él duerma, vacia rápidamente en sus ojos el frasco. En los dos a un mismo tiempo. Porque si así no lo haces, y uno de ellos queda libre, por él te burlará. Con cuanto cariño, desde entonces, ellos te mirarán! En los dos, no olvides. ¡Verás! En adelante, te seguirá a todas partes como un perro. Continuamente buscará alcanzar tu compañía. No se ha visto caso en que así

no ocurra. Como un perrillo, hija, un perrillo hambriento a tu siga..!

A la caída del sol, Rosa, en su caballo, venía de Reinoso con el filtro de amor en su faltriquera, recordando una a una las advertencias de la vieja bruja.

Tosa esa noche brilló el frasco a la luz de la luna, sobre una piedra que los lagartos abandonaron.

Cuando aun no amanecía, oculta ya la luna, Rosa, en camisa, salió del rancho. Corría el puelche, viento helado que la hizo darse más prisa. Rápida volvió. Metida nuevamente en su lecho, estuvo esperando, llena de impaciencia, que comenzara a clarear el día.

Cuando el primer fulgor, colándose por las rendijas, iluminó con vaguedad cenicienta el oscuro aposento, en gran silencio, fué al cuarto vecino.

Al borde del camastro, molesto por sus grandes alas, la ropa caída, medio desnudo, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, en la triste quietud de esa luz espectral, Alsino parecía un muerto.

Un grito espantoso estremeció el rancho. Incorporándose de un salto, Alsino llevaba ambas manos a sus ojos. Enredado en las ropas caídas, tropezando en la oscuridad, sacudido por aullidos guturales, como presa de una espantosa pesadilla, parecía enloquecer de dolor sintiendo en sus ojos dos llagas ardientes. Con sus brazos abiertos, y agitados atropellándolo todo, logró salir del rancho.

Al oir aquellos desgarradores lamentos, cesaron

las diucas en sus primeros gorjeos, y sólo los montes y sus ecos, le siguieron prestando acogida.

Alsino inútilmente volvía a todas partes su rostro; jamás había visto desplegarse en torno suyo una noche llena de sombras más impenetrables.



XXXVI

CIEGO

Sí, como un perrillo seguía Alsino a la hija del leonero. A cada instante necesitaba de su mano para que le guiara.

Los días para él se fundieron en una noche eterna. Y cada despertar era como volver a la pesadilla de un perenne insomnio, siempre en espera del alba que tardaba.

Veía que el tiempo, como si se sirviera de sus ojos inútiles, iba tan lentamente, que parecía caminar lleno de presentimientos.

Más de una vez, la razón extraviada, arañó impotente su rostro, buscando romper la espesa som-

bra que le cegaba. Sólo cuando sus propias uñas le herían, el dolor, al despertarlo de su locura, le hacía caer en un terrible marasmo.

La angustia de su ceguera se encauzó en mayor deseo de soledad y de mutismo. Mientras la infeliz muchacha, instrumento de la venganza de una bruja, aun temblaba desesperada por el daño inmenso que había causado, Alsino, inmóvil por horas y horas, tendido frente al rancho, recibía el delgado y tibio sol de otoño.

Y del mismo modo que el ruiseñor, cuando dejan de dolerle los ojos heridos y ciegos, canta más seguidamente, Alsino, al cicatrizarse sus llagas, aclarado ya el misterio de su desgracia irremediable, comenzaba, a menudo, con una voz apenas perceptible, el murmullo de nuevas canciones.

Así como al incubarse en él las alas un ruido nació, y al volar él se fué aclarando, desde el día de su ceguera escuchaba otro gran murmullo; y como relámpagos que perforasen la noche, por momentos le parecía ver más allá de la vida y del mundo.

En las tardes, acompañando a Cotoipa que le servía de lazarillo, iba en busca de una vaquilla voluntariosa que lechaban cada mañana. Cotoipa, sin fuerzas, después de enlazarla, entregaba la soga a Alsino.

En el día, a veces, al oir el lloro del hijo de Rosa, el ciego se dirigía a tientas, hasta la cuna, y tomándole en sus brazos, para aquietarlo, le cantaba. Y cada vez era una canción diversa.

Una tarde de ese otoño revuelto, mientras a ráfagas llovía, así le cantó:

—¿Por qué lloras y lloras? ¡Ven, pequeñito! Ah! bribonzuelo, cómo te gusta acomodarte en los brazos de Alsino. Al oirme callas como por milagro.

Y cuán justamente calzas en el nido que te ofrezco!

Qué buscas en mi pecho, hijo? ¿Estas loco? Es verdad que sólo falta que yo te amamante. Queda tranquilo. Espera, te conozco; a falta de leche te daré mis caricias y canciones.

Mis manos aman el roce de tu rostro, de tan grata suavidad e inefable tibieza, que ellas quédanse deseando no tocar en adelante cosa alguna, para que perdure, limpio y sin mezcla, el dón divino que a tu sólo contacto reciben.

Si me inclino y bebo tu aliento, respiro el aire más puro del mundo. La mañana sabe ofrecerlo rejuvenecido, la primavera lo perfuma; pero sólo el que fluye del pecho del niño, por venir aún mezclado al soplo creador de Dios, huele a tan infinita esperanza.

Ciego, triste y sediento me inclino y lo aspiro, y como un ebrio comienzo a sonreir al embriagarme de ese inmenso y sutil aroma que deja en mis venas una lánguida ternura de confianza y santidad.

¡Tan pequeñito que eres, hijo! ¿cómo puedes ser capaz de vestir a la vez todas las desmesuradas túnicas de ilusión que los que te aman te regalan?

Por sabio o necio, por noble o ruin que en ade-

lante resultes ¡oh ser insignificante! ¿cómo haces para llevar, con tan igual dignidad, cualquier gran ensueño que, sobre tus débiles hombros, ponen?

¡Ah, te aquietas! adivino que otra vez descubres ese extraño ruido. Ya no oyes mi voz por quedar sólo atento a él.

Así como vas sobre mi brazo izquierdo y contra mi pecho, lo escuchas claramente. Es mi corazón! ¿Acaso entiendes lo que él dice? ¿Por qué entonces lo prefieres? Ningún canto te adormece como el suyo.

Ciego soy y, sin embargo, claramente sé cuando entre mis brazos comienzas a dormirte. Tus menudos miembros se aflojan y doblan mustios, tu cabeza rueda y pende lánguida, y una vez más me turba ¡oh niño mío! que tu cuerpecillo, antes liviano, pese ahora tan profundamente como el de un muerto.

El silencio que dejó la canción, fué enriquecido por el susurro de la lluvia.

Rosa, tímida, al oir al ciego, venía aproximándose. Alsino, sintiendo su presencia, aseguró con uno de sus brazos al niño y estirando el otro hacia ella, puso paternalmente su mano sobre los cabellos de la madrecita, y enseguida acarició su rostro,

Como sintiera entre sus dedos humedad de lágrimas, alzó vivamente su cabeza y dijo:

—¿Aun lloras, Rosa? ¿Por qué te torturas? También mis ojos ciegos saben de lágrimas; y acaso los ojos, más que para ver, nos fueron dados para llorar.

La joven, sollozando, se inclinó hacia él y quedaron ambos más juntos y enmudecidos.

—Chit!—susurró Alsino. —No lo despiertes—y puso, suavemente, entre los brazos de la madre, al hijo dormido.



XXXVII

LOS PEREGRINOS

El angosto camino labrado en la falda del cerro daba una revuelta, y metiéndose entre grandes peñascos y árboles enanos, por largo trecho seguía a la sombra.

Respiraron complacidas las pobres mujeres al dejar el sol ardiente que las llevaba rendidas y sudorosas. El niño enfermo, mustio y pálido, que trasportaban en brazos, al no sentir el azote de la luz cegadora, abrió los párpados amoratados; y con sus grandes ojos negros y tristes, paseó una mirada indiferente por el rostro de las mujeres, por los arbustos vecinos y por el valle profundo que se extendía verde y silencioso.

La bufanda de lana azul y las largas y flacas piernas del niño, de vez en cuando, arrastraban por tierra.

La mujer que lo trasportaba, dando una sacudida, veía por cogerlo mejor y llevarlo más en alto. La más anciana desprendía la bufanda engarzada a las ramas salientes de los espinos, y las dos mujeres, perlados los rostros de sudor, bajo los negros mantos, proseguían su marcha levantando una nubecilla de polvo con el arrastre de sus largas polleras sucias y raídas.

Un viejo de barba abundante y entrecana, montado en una minúscula yegua mulata, flaca y vivaracha, traía a las ancas de su cabalgadura a una joven con el rostro hinchado, lleno de costras repugnantes.

Hiciéronse a un lado las mujeres para darles paso. Rendidas y calladas, se sentaron en unas piedras.

Al reanudar su marcha vieron, con gran angustia, que el camino salía nuevamente a pleno sol. Pero les dió ánimos para seguir en su peregrinación, divisar, no lejos de ellas, en el bosque próximo, humos de fogatas, y ver a grupos de campesinos y caballos.

Bajaron las mujeres por un sendero empinado y resbaladizo, cubierto de hojas secas. En una gran extensión el bosque había sido derribado. Era dificultosa la marcha entre las ramas caídas y el terreno descepado de litres y quillayes. Un horno de carbón desprendía por sus agujeros humillos acres.

Bajo una sombra mezquina, en mitad del descampado, en unas parihuelas, fabricadas con ramas aun verdes, que languidecían, estaba recostada una mujer octojenaria de extraordinaria flacura. A no ser por el temblor continuo de una mano reseca,

asomada entre las mantas, se la tuviera por muerta.

A su lado, arropada la cabeza en un rojo pañuelo de hierbas, un hombre ya maduro, y un muchachón indiferente, descansando en cuclillas, fumaban. Por el suelo había un saco pequeño a medio llenar, y, tal vez sencilla ofrenda, dos gallinas atadas.

A un grupo de caballos, las cabezas gachas, las bridas pendientes, se les veía inmóviles bajo la sombra de unos perales solitarios.

Humillos de fogatas azules y olorosos subían apacibles por entre los árboles del bosque. Un hombre entre dos muletas, que llevaba encogida y colgando una de sus piernas, toda fajada en vendajes sucios y purulentos, penetraba en la espesura. Diéronle alcance las mujeres.

—Sí, sí—dijo el cojo, contestando—allí está. Se escuchaba, indistinto, un murmullo de voces.

Y salieron a otro descampado en declive. En la parte baja y sombría, apoyándose en sus hachas y en los troncos retorcidos de los últimos árboles, estaban los leñadores y carboneros. Delante de ellos, en pequeños grupos, numerosos enfermos y lisiados, en compañía de sus deudos, escuchaban con un aire de fe y de clarovidente tristeza.

Entre los peregrinos, destacándose por su elevada estatura, sobresalía un anciano calvo, tieso y erguido, que sostenía en uno de sus hombros un pequeño fajo de trapos de donde brotaba el lloro de un niño; pero un lloro tan débil y gastado que no duraría largo tiempo.

Arrebujándose hasta la cabeza en una manta, un hombre joven y amarillo como un limón, en compañía de una muchacha, trataba de esquivar la vecindad de un infeliz pestoso medio caído en tierra, que se estremecía con los calofríos de la fiebre. Solícita, sólo a él atenta, una pobre mujer revelaba con su actitud ser su madre.

Chiquillos tiñosos y cubiertos por las asquerosas erupciones que provoca la sombra del litre, ignorantes de la repugnancia que inspiraban, iban deslizándose como sabandijas por entre las fogatas y los enfermos. Sólo se detuvieron al contemplar en un cajón con ruedas, a un monstruo sin brazos ni piernas, informe como un odre medio vacío, de donde saliera una cabeza pequeña de piel, plegada en mil arrugas, de barbas ralas, negras y desgreñadas, y de ojos profundos, de un mirar pertinaz y trágico.

Las toses cascadas de los enfermos, y los relinchos de un caballo atado en la espesura, interrumpían de vez en vez a Alsino.

Reclinado contra el tronco de un árbol, el ciego, enflaquecido y medio cubierto de harapos, apoyaba, por momentos, su mano pálida sobre la cabeza de Cotoipa, que estaba a su lado.

Tras él, un hilo de agua caía con fresco murmullo, y rápido derivaba, por entre los helechos, hacia el bosque.

El sol dábale en los pies, pero como ya comenzara a soplar el viento de la tarde, al entreabrirse, por instantes, las ramas, se iluminaban con vigor los

seres miserables agrupados en ese sombrío recinto de la floresta.

Los ojos muertos de Alsino parpadeaban rápidos, y sus alas, aunque grises, daban un fugaz destello.

Abriéndose paso dificultosamente entre los peregrinos, llegaron hasta él las mujeres que traían al niño enfermo. En actitud humilde, como dispuestas a prosternarse, tironearon los harapos de Alsino para advertirle de su presencia, al mismo tiempo que imploraban para su hijo un remedio milagroso.

El ciego, alzando uno de sus brazos, a tientas, alcanzó el rostro del pequeño doliente.

Su mano inquieta y liviana como una mariposa, palpaba con trémula rapidez el cuello, las mejillas, la frente del niño.

—No teman—dijo.—Este niño mejorará pronto. ¿Le han dado infusion de doradilla?

—Sí, y nada le ha hecho.

—Pues bien, vuelvan a hacer lo mismo e insistan en ello siempre.

¿Por qué callan? ¿Murmuran? ¿No han quedado satisfechas? Las madres y las abuelas nunca lo quedan. Pobres mujeres! Es mi hijo, dicen, y cada cual implora por el suyo como si fuera el único tesoro del mundo.

Y los hijos van absorbiendo la vida de los padres, y los padres quédanse vacíos de obras. Y hay quienes sólo sirven para que cuiden de sus hijos; y éstos, a su vez, cuando les llegue el tiempo, para que de los propios hijos cuiden. Y unos y otros van

sucediéndose estériles como caminos. Sí; por generaciones de generaciones la vida en ellos sólo en tránsito pasa. Miles de seres, sin saberlo, gastan su existencia atentos al hijo que aguardan, al hombre verdadero por quien tantos y tantos se han sacrificado; y cuando por fin llega el hijo inconscientemente ansiado, nadie lo reconoce y nadie lo comprende, y todos lo tienen por un ser ajeno y extraño. ¿Para qué, entonces, pobres mujeres, ese afán en conservar el vuestro, cuando no váis, por su intermedio, sino en busca de ese otro que os será distante e incomprensible?

Calló Alsino. Las recién llegadas, confusas, sin comprender, poseídas de vergüenza, experimentaron algo así como un temor desconocido.

El ciego, como si continuase una conversación interrumpida, prosiguió:

—Todos tratan ¡ai! de defender sus vidas miserables, y yo entre ellos ¡Dios mío! Y muchos de los que aquí vienen por enfermos llorarán a los que, ahora, sanos les acompañan. Y serán los jóvenes, los que recién dejan la adolescencia, los que morirán primero. Nadie escucha, y tan claros y distintos que suenan los pasos de la tragedia que viene!

¿Por qué enturbiar vuestra tranquila sordera? Hermanos, fatalmente, al despertarse, ya el hombre tiene su día lleno de realidades, que va recogiendo como monedas caídas. Ellas le aguardan, ni una más ni una menos; pero mientras se acerca al sitio en que reposan, fantástico sueña con su número y su calidad.

Y no serán pronto monedas, ni frutos, los que alce del suelo, que a él lo alzarán, sin que él lo advierta. Sí, viene sobre nosotros la guerra, y para muchos el largo sueño.

¿Y cómo eludirla? Y a todos los que en ella intervengan les será fatal. Que los victoriosos quedarán, al igual de los vencidos, dominados por lejanos pueblos; y sólo sangre inútil y ruina habrá por todas partes.

Y vendrán tiempos de confusión, y los mismos pueblos dominadores fermentarán como las cubas donde hierve el mosto. En ellos lo que está arriba estará abajo; y lo de abajo, arriba; y lo que debiera estar sobre todo, vivirá eclipsado, invisible por el velo que la sangre vertida pone ante los ojos de los hombres.

Pronto todo danzará en torno de la propia hoguera del mundo, y como los leños al consumirse fingen graciosas actitudes, habrá pasajeras acciones, bellas y grandes, pero todas efímeras, tal el resplandor de las brasas que se hunden.

A aquel crepúsculo sangriento seguirá la éra de una larga noche, en la que los hombres serán presas de terribles alucinaciones. Y cuando llegue el día ansiado, nadie lo reconocerá, y seguirá la confusión y el desencanto. Como los padres que vienen procreando para dar a luz el hijo definitivo, los hombres, ante la propia obra de sus manos, quedarán irresolutos y atemorizados.

—¡Para esto!—dirán—hemos sufrido en tan eterna batalla!

Sí, para eso. Y se verá que la despreciada vanidad hizo su buena obra, y la ambición la suya, y que aquellos instintos tenidos por bajos, laboraron fieles y necesarios. Nada deberá ser, en adelante, despreciado.

Y cuando esto se haya conseguido, siglos mediante, no tardará mil años el mar en volver a recuperar estos valles. ¡Cuán lejano estará ese tiempo, si pensamos que, entonces, nadie, como ahora, buscará librarse de la muerte! Como aquel que terminada la diaria labor, vuelve con la última luz del día, pensando en proseguirla al alba siguiente, cada cual buscará descansar durante la pasajera noche que se ofrece entre ambas claridades.

Un balar de cabras vino aproximándose. Curiosas metían sus cabezas barbudas entre los enfermos. Tras ellas apareció el cabrero; un muchacho cobrizo, de cabello hirsuto y ensortijado.

—¿No entendéis lo que estos animales dicen?— exclamó Alsino. Y llegará el día en que todos lo entiendan, y al asombro seguirá la tristeza de tantos siglos de sordera. El hombre quedará vergonzoso de sus viejas crueldades, y rodeado de los animales despreciados, aprenderá de ellos todo un nuevo y extraño saber. Se abrirán antes sus ojos horizontes profundos, y tendrá una nueva conciencia de la verdad, del bien, y del mal. Entonces habrá menester de más misericordia para sí que para los demás; y como jinete que no puede dominar una bestia arisca, le atenazarán los remordimientos de sus obras,

crudamente iluminadas por su conciencia enriquecida. Se morderá las manos de desesperación, y echando cadenas a sus propios pies, gran parte de su vida la gastará en quedar atento y vigilante sobre sí mismo.

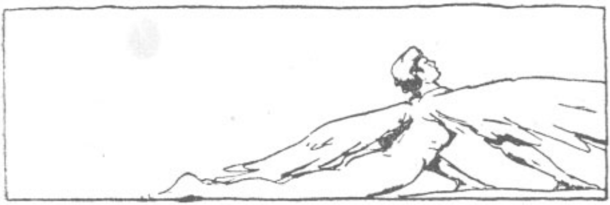
Poco a poco la presente civilización se irá despojando de sus vistosas vestiduras. ¡Cuántos, por desconocerla, comenzarán a llorarla por perdida! ¡Y ella, invisible y desnuda, permanecerá entre los hombres! Cuando nuevamente sea fecundada, su presencia se hará resplandeciente, y todos comprenderán, por fin, la mayor y suprema belleza que, desnuda, fuerte y pródiga, ofrece a la última sed!

Aunque no comprendáis claramente, enfermos y rudos campesinos, niños inconscientes, pobres mujeres, leñadores y cabreros, os hablo de todas las cosas que llenan la negra noche en que vivo. Los tristes y los humildes entienden mejor que los falsos sabios las nuevas verdades, porque ponen en juego, no su atención razonadora, sino su sér todo, vibrante como un pájaro nuevo al borde del nido que desea abandonar.

Los rayos del sol se filtraban rojos por entre los troncos de los árboles. El cabrero, los enfermos y peregrinos, cada cual portador de sencillas ofrendas, fueron rodeando más estrechamente a Alsino.

El ciego, sentado en una peña, con un brazo colgante, una mano hundida en el arroyo, sintiendo el suave roce del agua, acariciaba con la otra a los perros de los campesinos, y a los cabritos nuevos que acudían a balar entre sus rodillas.

Los pájaros cantaban en las altas copas bañadas de sol dorado, y el caballo que antes impaciente relinchara, saliendo de la espesura, se acercó arrastrando sus bridas rotas.



XXXVIII

ABANDONADO

Cuando Alsino y Cotoipa en busca de la vaca salieron al camino, les sorprendió el extraordinario calor que aun hacía. El sol acababa de ocultarse.

Dos solitarios maitenes, que siempre meciera el viento de la altura, se veían quietos.

Ni un soplo de aire movía las grises cicutas y los hinojos polvorientos. Un penetrante aroma de anís se exparcía lento por el aire, si la varilla de Cotoipa alcanzaba las cicutas, tronchándolas.

De las laderas de los cerros, del polvo suelto y de las grandes rocas desprendidas de la cumbre y dispersas por todas partes, fluía, intenso, un calor seco.

Atravesaron el torrente y se les hizo más dura

la marcha cuesta arriba con el recuerdo que llevaban de las aguas frescas y bulliciosas que aun seguían escuchando.

—¿Está cerca?—preguntó Alsino.

El niño permanecía en silencio. Miraba cuidadoso en contorno. Escrutando los matorrales y las pequeñas quebradas, llevó sus pesquisas hasta los farellones de la altura.

—No está—dijo.—Aunque... Espera!... No, no es. Nuevamente ha pasado la cerca el maldito animal.

Alsino al estrechar una mano del lazarillo la sentía caliente y sudorosa.

Se detuvo y, sacándose con cuidado su manta deshilachada, sacudió las alas. Al ir, oprimiendo sus espaldas, dábanle excesivo calor.

A tientas buscó una piedra conocida donde sentarse.

Quedó sobre ella inmóvil, con las alas entreabiertas. Sus ojos blancos, deshechos y lacrimosos, se revolvían sin descanso entre los párpados enrojecidos. Una mueca de constante expectación llenábale de arrugas la frente, y dibujaba una sonrisa perdida en su boca silenciosa y en sus mejillas enjutas.

Al igual del zorzal cuando en los huertos húmedos oye a los gusanos que caminan bajo la tierra, Alsino, con la cabeza un tanto inclinada sobre el hombro izquierdo, parecía escuchar algo oculto y subterráneo que se deslizase.

El niño se distrajo observando los hormigones

del cerro que acudían a sus cuevas en negras hileras con los abdómenes en alto, la actitud amenazante, trayendo briznas de paja y quebrados granos de trigo.

—Cotoipa—dijo Alsino—en vez de tener que subir a pie con este calor molesto ¿quieres que vayamos volando? Si supieras el fresco que al volar nace! En un instante estaríamos más alto que los cerros. Te sería muy fácil ver, desde arriba, donde se ha metido la vaca.

—¿Ya puedes volar?

—¡Oh! sí. Además de aferrarte de mí, yo te llevaría entre mis brazos. ¿Por qué no vamos? Bastará que me indiques el camino y me digas dónde puedo bajar, para no estrellarme con los árboles o las rocas.

—Tengo miedo—dijo Cotoipa, vacilando.

—Una vez que vueles, aun cuando pases susto, después desearás siempre volar.

—¿Pero tú me sujetas?

—Sí, hombre ¡vamos!—y Alsino extendió sus brazos. El niño, miedoso, dió dos pasos atrás.

—No, otro día...

—Pues otro día también lo haremos. Si tú supieras, Cotoipa, cuánto deseo volar! Hace ya tiempo que mis alas crecidas, están, otra vez, capaces. Ven! te llevaré con gran cuidado. Iremos volando despacio. Tan suavemente! Si vieras, ¡antes los veía yo! si vieras cómo se divisan las montañas, los ríos, las casas, los hombres, desde arriba...! Así de peque-

ños! Todo parecerá juguete a tus ojos. Ningún niño habrá tenido para sí regalo semejante.

—¿De qué tamaño se ven las vacas?

—No mayores que los ratones.

—¿Y las casas?

—Ven! las verás.

—¿Como las casuchas de las abejas?

—Más pequeñas.

—Bah! yo también las he visto, y más chicas, desde lo alto de los cerros.

—Cualquiera lo cree y, sin embargo, es tan distinto! Rápidamente todo se te ofrece del tamaño que quieres. Al ir subiendo, las gentes serán, primero, muñecos, luego, hormigas, después, si lo deseas, llegaremos donde ellas desaparecerán como tragadas por la tierra. Y ¡cómo lo recuerdo! no sabes tú qué gran sensación llega al contemplar la tierra en soledad...

—Subiría si vamos despacio. Muy alto, no. Yo quiero ver las gentes como estos hormigones, no más.

Alsino, sonriente, se despojó de los harapos que podían entorpecer su vuelo.

Estrechando entre sus brazos al niño que, dudando, terminó por aferrarse a él con temor, el ciego, feliz, movía rápido los párpados como otras pequeñas alas. Luego emprendió uno de esos sus grandes vuelos olvidados.

—Primero, vamos a subir y subir—decía ascendiendo—luego tú dirás hacia donde debemos dirigirnos.

Sin que el peso de su carga pareciese molestarle, Alsino volaba como una enorme ave de rapiña llevando su presa.

El niño, hundido el rostro en el pecho del ciego, asustado, no lo despegaba de él.

—Mira hacia abajo, niño; mira y dime lo que debo hacer.

Tan sólo a medias dió vuelta Cotoipa su rostro. Al saber a sus pies sin apoyo y verse a tal altura, el vértigo le dió su zarpazo.

En su desvanecimiento sólo atinó a lanzar terribles alaridos.

—Bajemos! Bajemos!

Revolviéndose como un gusano, hasta el extremo de estorbar con sus contorsiones el vuelo de Alsino, no cesaba de proferir con voz oscurecida por el terror, lamentos de angustia delirante.

—Bajemos!... Bajemos!...

—Estate quieto, ya vamos a bajar. Pero ¿dime dónde?

Poseído de inconsciencia, el niño no atinó ya cosa alguna; y debatiéndose con fuerzas acrecentadas por el furor del espanto, cayó en locura ciega.

Batallando desesperadamente, Alsino veía por retener entre sus brazos al muchacho que, perturbada la razón, sólo forcejeaba incansable por desprenderse de ellos.

Ganándolo al fin la fatiga, desesperado, inició rápida bajada.

Mayores fueron las contorsiones de Cotoipa

al experimentar la fría angustia del descenso. Entrelazando con sus piernas el cuerpo del ciego y alcanzand., con sus manos, por breves segundos, una de las alas. entorpeció el vuelo.

Alsino lanzó un grito. En ese instante tocaban las copas de unos árboles; y ambos rodaron, entre ramas y piedras sueltas, al fondo de una quebrada.

No bien Cotoipa se vió en tierra firme, maltrecho y todo, se lanzó a escape huyendo sin rumbo y sin reparar en los matorrales que rompían sus ropas.

Alsino, al volver en sí del aturdimiento que le causaran los golpes recibidos, en profundas quejas que no podía refrenar, se lamentó de fuertes dolores a la pierna y costado izquierdos.

Al llevar sus manos a los sitios doloridos, comprendió que manaba su sangre, tibia y abundante, de heridas que debieron hacerle las ramas de los árboles.

Con valerosa decisión se extrajo, resuelto y rápido, una enorme astilla que le apuñaleaba el muslo.

—Cotoipa! Cotoipa!—gritó desfallecido. En la hondonada que formaban los cerros se hacía mayor el silencio inquietante de los campos solitarios. Toda voz era débil ante él, y los ecos sucesivos que despertaban los lamentos del ciego, al irse alejando, parecían dejarlo más abandonado.

Quiso ponerse de pie, pero el dolor lo obligó a permanecer quieto.

—¡Cotoipa!

—Va lejos, no volverá.

—Fiarse de un niño...

—Estira tu brazo, estoy cerca de ti. Lava tus heridas.

Eran los pájaros, los árboles y una vertiente los que así hablaban.

—¿Dónde estoy? preguntó Alsino.

—Estás aquí, en la montaña.

—¿Al otro lado del portezuelo?

—¿Qué portezuelo?

—¿El del camino que va a Vega de Reinoso?

—Queda muy distante.

—¿Cómo puede ser, si volé tan corto tiempo?

—Pero vuelas tan rápido! Y, ciego ¡cómo quieres saber! Vega de Reinoso, el portezuelo, están lejos; lejos toda vivienda.

—¿Qué pasa?—preguntaban las aves que venían llegando. Posadas en las altas ramas, se inclinaban temerosas mirando hacia la sombría quebrada. Eran loicas y turcas, luego unos zorzales.

—¿Qué pasa?

La novedad era incitante. Como si las atrajera el anuncio de una culebra, todas las aves de la región, que venían a pernoctar en esos bosques, acudían unas tras las otras.

Hasta los boldos secos, a los que los torrentes del invierno habíanles descarnado las raíces, vieron poblarse su triste ramazón de pájaros inquietos, pe-

queños y bulliciosos como hojas propias agitadas por el viento.

Hubo chercanes que formaron altercados por ocupar un sitio cómodo. Mecidos por ligeros y encontrados vaivenes, que las aves motivaban, todos los árboles, en torno de Alsino, inclinaban sus ramas con esa languidez que sólo alcanzan cuando oscilan bajo el peso de las frutas maduras.

—¿Qué pasa?

De uno a otro corría la noticia de que allí, bajo ellos, estaba herido y abandonado ese joven ciego, de quien habían oído decir que hablaba con voz comprensible.

—¿Es él?

—Sí, es él. Venía volando. Traía un niño entre los brazos. El niño enloqueció.

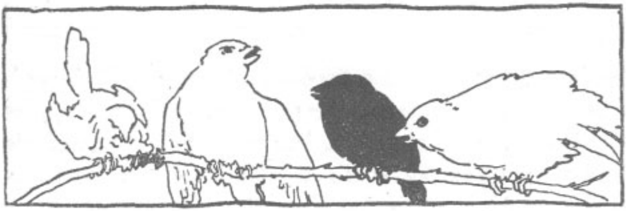
La historia de la caída era preciso referirla una y otra vez a los últimos llegados. Algunas aves volaron hasta posarse en el suelo en derredor de Alsino. Estiraban los cuellos, moviendo las cabezas acompasadamente en saludos engañosos, que eran sólo de prolija observación.

El ciego, por la sangre perdida, comenzaba a desmayarse.

Volaron las aves a las altas ramas con los plumajes erizados.

Lenta, una vasta y melancólica greguería comenzó a brotar de sus pequeñas gargantas. Olvidando las tribulaciones propias, las aves ocuparon las oraciones de aquella tarde en rogar por ese joven herido, allí, bajo ellos, ciego y en abandono.

Entrada la noche, llegó el zorro. Silencioso se acercó a Alsino, y púsose a lamer, cuidadosamente, las heridas de la pierna y el costado.



XXXIX

LA HUMILDE AYUDA

Cuando, pasada la alegría del amanecer, iban lejos las aves en busca del alimento diario, cerca de Alsino quedaba de guardia una vieja tenca casi desplumada, que tenía, para largas distancias, el vuelo difícil y penoso.

Imitando a maravilla el canto de casi todos los pájaros ausentes, iba y venía en torno de Alsino, quien, creyéndose siempre acompañado de sus pequeños amigos, recobraba por instantes, pero no sin esfuerzo, el poder de sonreir.

A la izquierda del ciego, cantando con todo el acento variable de un tordo presumido y sentencioso; luego a la derecha, la voz golpeada y cristalina, monedas cayendo en agua límpida, a imitación de los vigorosos gorjeos de la diuca; ya a la espalda del

herido, ensayando con mediano éxito el difícil repiquete de los jilgueros; terminaba, casi en los pies de Alsino, no sin gracia burlesca, por preguntarle una y otra vez por el tío Agustín, ese famoso e ilusorio tío Agustín de los chincoles.

Desde el chillido agrio y disonante de los chercanes, desde el silbo acusador de soledad y alejamiento de las turcas, llegaba en su pretensión, poniendo en medio espesura de ramaje, para que el engaño no fuese notado, hasta imitar el difícil canto del lírico zorzal.

Y aunque su voz no tuviese la dulzura, la variedad, ni la potencia requerida para tal hazaña, y aunque lo que iba diciendo no podía menos de quedar teñido por su carácter ligero y burlón, hacía su efecto en Alsino. Bastábale al ciego, en su estado, muy poca cosa para que fuesen heridas y quedasen libres su profunda melancolía y la tensión constante de sus febriles ensueños.

A la caída del sol comenzaban a llegar las aves. Si las minúsculas tijeritas, que visitan los jardines, sólo traían alguna flor, menos que eso, pétalos olorosos; si las tórtolas cordilleranas no hacían sino en lamentaciones llorar su olvido; en cambio el quete-quete o martín pescador nunca dejaba de traer plateados pejerreyes; y el tiuque, groserote y ladrón, dejaba en las propias manos de Alsino tiras de charqui robadas, sin escrúpulos, de las que los campesinos ponen a secar en los techos de totora de sus ranchos.

Más tarde, casi siempre el último, aparecía un

hermosísimo zorzal mero, constante portador de unas uvas doradas incomparables; valioso regalo por lo avanzado del otoño.

Y entre tantas y tantas aves que venían a hacer compañía y aliviar al ciego, no faltaban el caminante, contando chismes sobre los últimos viajeros y noticias de Vega de Reinoso; y tampoco la agachadera y los bailarines que le hacían rápidas y ceremoniosas genuflexiones y extrañas danzas, que si bien no eran vistas y apreciadas por Alsino, dábanle olvido y alegría contagiosa al escuchar la celebración que hacían de ellas las demás aves y oir los curiosos dichos y canciones que les ponían por acompañamiento.

Tarde de la noche, la luz rojiza de la luna menguante penetraba en la espesura interrumpiendo el intranquilo sueño del herido que se revolvía quejoso. Entonces las torcazas, maternalmente, comenzaban a arrullarlo en su desvelo.



XL

NUEVAS VOCES

Durante la mañana que siguió a la noche en la que vino el puma, y cerca de Alsino estuvo echado e inmóvil, contemplándolo como un perro que piensa, dolorido de no comprender; cuando los cóndores innumerables volaban intranquilos desde la cima del cielo en gigantescas espirales, sin atreverse a bajar al sitio donde el ciego se encontraba; débilmente, con el melancólico gorjear de un ave herida, Alsino decía:

—Entre todos los días de mi vida yo te señalaré a ti, día de dolor. Celebraré tu aniversario con mayor regocijo que el de mi nacimiento. Buscaré siempre referirme a tí. Todo irá mezclado y unido a tu recuerdo. Serás como el centro que coordina y da unidad a las cosas aparentemente dispersas y frag-

mentarias. Como un corazón latiendo oculto se extenderá tu poder por mi sangre y mi vida.

Te creía cruel e indiferente, y has sido hecho tan a la medida de mis fuerzas, que pude sobrellevarte. Te juzgué implacable; mas, cuando creciste demasiado, tú mismo regalabas la fatiga necesaria para que viniese en mi ayuda una dulce inconsciencia.

Dos grandes heridas cruzan mi costado y mi pierna.

Inmóvil en el suelo, como si por mis heridas pasasen clavos monstruosos que me aferraran al mismo sitio, quieto y sumiso, yacía agarrotado.

Si movía un brazo, el dolor, espiando como un buitre, me clavaba su zarpa. Debía renunciar a todo movimiento y fingirme muerto.

Se incrustaban en mis carnes los guijarros incontables, y mi cuerpo joven y ágil, hecho para la lucha y el vuelo, permanecía más inmóvil que una piedra.

Mas, bendito sea Aquél que ha derramado, hasta en el mal, el bien; y que hace que los goces supremos no dependan de una orgullosa plenitud.

Con mayor despacio que el que gasta una oruga para arrastrarse, lentamente, sobre mi mismo fuí girando. Burlaba temeroso a mi dolor vigilante, hasta que pude ofrecer a mi cuerpo un ligerísimo cambio.

Y ¡oh sabiduría inalcanzable! oculta en todos los pliegues de nuestra existencia: sólo por el logro de

mi nueva actitud, vino a mi corazón el más profundo e imprevisto goce, la más intensa felicidad de toda esta mi vida ardorosa. Mi pecho se ensanchó ante la repentina dulzura del aire, y abrumado por aquel bien inefable, fuí sintiendo que se dibujaba en mi rostro ¡oh Dios mío! como si el tuyo bondadoso contemplara, cada vez más profunda, una imborrable sonrisa de beatitud.

Mi razón, ahora insatisfecha, es el cotidiano alimento de mi inquietud.

La verdad no se compone de hojarascas de palabras, de sombras de pensamientos, de razones insaciadas.

Saber no es poder probar a otros, ni aun a sí mismo. Saber es convivir. Entonces se está mudo y temblorosamente cierto.

Cuando las pequeñas verdades tiemblan, la verdad perenne se avecina.

Déjame ¡oh, Dios mío! alabar la limitada razón que tú me has dado, porque lo cercano de sus estrechos límites es lo que la hace dudar más pronto de sí misma; y donde ella duda, un sendero nace: un sendero que va, serpenteando, en tu busca.

¡Señor! yo ardí más inflamable que una brizna de paja en el júbilo que vertiste sobre la vida y el mundo. Ebrio, una y mil veces, me hundí en el cielo como en el monstruoso cáliz de una flor.

Pero, al igual de un sitio donde todos los caminos se cruzaran, fuí hollado, a la vez, por todas y cada una de las ansias infinitas.

Cuando volaba sobre el mar, nunca me abandonó el recuerdo de la tierra; y cuando me dirigí derecho hacia tus astros, siempre me supe ligado a ella.

Jamás a nada pude entregarme por completo: una de mis alas llevábame a la derecha; la otra, a la izquierda; mi peso a la tierra; y mis ojos hacia todos los ámbitos!

Siempre el vuelo fué para mí un goce doloroso!

Hecho a vuestra semejanza, perdóname, Señor, si yo también sentí el ansia de estar en toda cosa!

Una noche de otoño, en el tiempo en que las aves comienzan a emigrar, atraído por los cánticos de los incontables pájaros fugitivos, acercándome a su ruta, en vuelo contenido, me mantuve a la orilla de ese río oscuro y sonoro que cruzaba la noche.

Ensimismadas en sus oraciones interminables, ninguna de las aves respondió a mis preguntas. Hambrientas del nuevo día, volaban y volaban. . .

Mas ¡ai de ellas! cuando divisaron, en el límite de las tinieblas, la viva luz de un faro. Perdido el rumbo, se dirigieron en vuelo vertiginoso hacia el refulgente haz de rayos.

—Venid! venid!—decían —Se ha roto la vieja tela de la noche. Al otro lado brilla la luz eterna. Por

donde su resplandor pasa, por allí nosotras cruzaremos hacia el día inmortal! Venid!

Volando altos sobre las negras olas, por entre las espesas sombras, iban veloces las aves enloquecidas.

Sordas a mis voces, ninguna de ellas quiso atender mis súplicas delirantes.

Al ruido del choque de los pájaros contra los cristales de la linterna, salió el guardián del faro pretendiendo, inútilmente, espantarlos.

Caían y caían, en torno, aves incontables con las alas rotas.

Sólo cuando la sangre vertida contra los cristales de la linterna fué espesándose, y la luz del faro pareció extinguirse, el resto de las aves siguió su curso.

Señor, esta eterna e insondable noche, también para mí se rompe y deja filtrar algunos de tus vivísimos y eternos rayos! Más feliz que las ciegas aves que emigran, permite ¡oh, Dios mío! que ellos me guíen, y por el mismo sitio donde las tinieblas se rasgan, pase yo a tu reino!



XLI

EL FUEGO

A PESAR de que el zorro vino solícito a lamer durante varias noches las heridas; aun cuando las minúsculas arañitas rojas tejan ahora, incansables, sobre ellas, las finas telas que saben hacer, buscando secar el líquido seroso que las llagas vierten; pese al avellano que lo cobija y que ha trasformado la rama tronchada por la caída en un abanico que oscila al paso de los vientos solícitos, Alsino, quemado por la fiebre, se empeora y consume.

Los abejones silvestres, antes que las arañas pusiéranse en labor, vertieron en las heridas gotas de miel; los pájaros no lo desamparan; las frías y puras aguas de la vertiente, abriendo nuevo lecho, un tiempo bañaron el flanco enfermo de Alsino.

Pero el ciego, ahora, quemado por la fiebre, delira y vaga cojeando por la áspera quebrada.

Por momentos, lúcido, cae en profunda tristeza; pero luego es poseído, nuevamente, del delirio. Un frenesí arrebatador le lleva a cantar, en siniestros aullidos, cosas incomprensibles que atemorizan a las aves y a los animales, que hace aquietarse a los árboles y enmudecer a las aguas y a los suaves vientos.

—¿Dormir? ¿Sigue aun de noche? Oigo a los pájaros que cantan las canciones de la tarde. ¡Cómo huelen la tierra y los árboles después de la terrible lluvia de ayer! Desnudo como voy, ella ha reblandecido los costrones de mis heridas, que ahora se desprenden fáciles. ¿Pero qué dicen los pájaros? ¿Ruegan por mí? ¿Con quién hablan? ¿Dios? ¿Conversan con él?

Amigos inocentes! qué sabeis? Dios sólo es visible cuando llegamos al fondo de la máxima tristeza. Ved a qué abismo es necesario descender! O cuando logramos realizar la más alta esperanza, y aun nuestros ojos miran hacia arriba! Ni las vuestras, ni mis alas, son capaces de escalar una cumbre semejante.

Todo para mí ha sido soledad; ha caído como una maldición este vuelo limitado. Alas que no pueden llevar más lejos que ellas mismas...

Por donde paso todo es sobresalto y ruina. Cotoipa ¡pobre niño! loco para siempre, dice el caminante. Y yo que sólo creía darle un placer inmenso!

Una noche en que volaba sobre unos desfiladeros en la cordillera, no reparé en una tropa de mulas de las que bajan metal. Mi vuelo les produjo un pánico

terrible. Aun las veo despeñarse, y oigo el grito de angustia del arriero, cayendo a la negra sima.

Mi vuelo donde quiera, llevaba el desconcierto; pero yo necesitaba volar y volar!

Para todos fuí asombro, y curiosidad, y miedo!

Los hombres, al encontrarse ante sus semejantes, se ven en ellos reflejados como en un espejo; sólo yo no he visto, al llegarme ante ser alguno a mí parecido, estas alas solitarias.

¡Amor! el mío como las aves ingenuas que se extravían sobre el mar, no encontró donde posarse. Y todo él estaba ansioso de no morir! Cuando llegó esta última primavera, y hasta los efímeros mosquitos volaban en parejas, yo sentía unas ansias infinitas! Sólo cuando vino el otoño, allá en Vega de Reinoso, y toda la vieja casa estaba olorosa a las frutas maduras, pude dar, con mis alas cortadas, aire a una dulce niña enferma. Entonces ¡oh sueños! el amor me pareció posible.

Mi último vuelo lo hice ciego. Subir o bajar, todo era lo mismo; sólo por abrírseme crueles heridas vine a saber que estaba ya en la tierra.

Da unos pasos. Parece que un síncope lo sacudiera.

El día fué ardiente y húmedo. Alargadas y espesas nubes azules se ciernen sobre el amarillento y pálido cielo del ocaso. Gravitando inmóviles y extrañas, se aureolan de un fulgor cárdeno y oro cada vez más mortecino. El aire está extraordinariamente límpido y quieto, y todo él saturado, hasta la saciedad, del graso y tibio olor de las hojas maduras que

fermentan, y de la tierra húmeda que pudre los despojos del bosque.

Al oriente, más allá del angosto valle, por sobre otros cerros, se yergue la visión de las cordilleras nevadas. Las altas cumbres están en sombra. La nieve, en ellas, es de un blanco verdoso, pálido y sutil. El invisible sol poniente baña, de la inmensa mole andina, sólo la base de las laderas abruptas que arden en un rojo carmesí, acusando en rasgos netos, de un contraste violento, las caprichosas quebradas llenas de profundas sombras violetas. Lentos suben hacia lo alto los rayos del sol. Las nieves se encienden; y mientras por la base de las montañas, con cendales de bruma, trepa, azul, la noche, a esa hora todos los valles de Chile se iluminan lentos con el resplandor de las altas nieves lejanas. Es una luz rosa, suave e incierta, como la primera que fluye, débil, de las lámparas encendidas al crepúsculo.

Las cordilleras lentamente se apagan. Grises, parecen aun más lejanas. Detrás de ellas, con una suavidad inenarrable, en marea avasalladora, la noche asciende con sus aguas sutiles, de un inefable verde azul, pleno de quietud y trasparencia.

Ya han nacido y brillan innumerables estrellas.

En el aire lavado por la lluvia, hasta a los astros más pequeños se les distingue con claridad. Todos resplandecen nítidos. Parece que a esa noche la alumbrara un número doblemente infinito de mundos desconocidos.

Alsino, bañado de sudor, sale de su ensimismamiento y exclama, la razón perturbada:

—Uf! qué sofocación. La vertiente hace subir sus aguas hasta mi cabeza. Cómo corren por mi espalda y mi pecho! Pero vienen tibias! ¡Cuán desagradables! Suben y suben, y se meten por narices, oídos y boca.

Extiende sus alas.

—Pero ¿qué es esto? Es preciso salvarse. ¡Vamos! No podré volar. ¡Qué engaño!

Ensaya correr entre los árboles. Llevado por su poderoso instinto, logra salir volando, aire arriba, por un claro del bosque.

Espantando a las solitarias aves nocturnas, Alsino, ciego y febril, recto hacia la alta noche negra, asciende agitando sus alas enormes en un vuelo poderoso y trágico. Sus voces delirantes hieren el profundo silencio de los campos, como los graznidos penetrantes de una inmensa ave agorera.

Abajo, montes y pequeños valles, árboles y animales, brisas nocturnas y aguas corrientes, escuchan sumidos en un marasmo angustioso esas únicas voces de hombre que ellos comprenden.

Contra el cielo, todo florido de luminarias de plata, ven subir y reducirse cada vez más, hasta desaparecer fundida en la noche, la última y pequeñísima sombra incierta del ciego volando.

Ajeno a la realidad, Alsino va profiriendo voces entrecortadas que traducen, fugaces, el desvarío de sus extraños pensamientos.

—¿Volando?—exclama.—¡Otra vez vuelve esta pesadilla! ¿Hasta cuando soñaré que vuelo? ¡ Y cuán fácil es! ¡Vamos! más y más alto... Hoy quiero llegar hasta la cumbre última del cielo. Más y más alto!

¿Qué dirá Poli mañana? Quisiera tenerlo aquí para que se convenciese. Es tan testarudo! ¿No me crees? Pues, espera; y volaré ante su asombro. Pongo toda la atención posible para no olvidar nada cuando despierte. ¿ Y por qué no llamar, también, a la abuela? Sí, volaré ante ellos, y ante todos los que duden. Já! já! me río de sus caras de espanto; las moscas entrarán sin recelo en las bocas abiertas.

Hace ya horas que Alsino asciende sin cesar. Se encuentra a una altura vertiginosa, dos veces mayor que la que alcanzan los últimos cóndores. Y sigue, sigue en su vuelo imperturbable.

El aire, extraordinariamente delgado, lo fatiga; pero él continúa en arrebatada furia. Los golpes de su corazón corren por su cuerpo como los tañidos ensordecedores de una campana. En su estruendo se aturde su conciencia enloquecida. Una mortal sensación de ahogo lleva al último destello de su mente la sensación de ser presa de la más espantosa pesadilla.

—A despertar! A despertar!—exclama.

En el aire enrarecido no tienen ecos sus palabras.

—Oh!... Despertar....!

Y como quien desata sus ligaduras, extiende tembloroso sus manos, y echando sus alas hacia delante y hacia abajo, en su desesperación, las toma y aprieta entre sus brazos como en un círculo de hierro.

Súbitamente cae con una velocidad espantosa, que se va acelerando al infinito.

Antes de que a él vuelva el sentido de la realidad, el roce de su cuerpo con la atmósfera, cada vez más

densa, comienza por encender sus alas y, rápido como en un vértigo, el fuego se apodera de él y lo consume.

Era en el mes de Mayo, mes de estrellas fugaces. Confundido entre las que cayeron esa noche, nadie fuera capaz de distinguirlo.

Una legua antes de llegar a la tierra, de Alsino no quedaba sino ceniza impalpable. Falta de peso para seguir cayendo, como un girón de niebla, flotó sin rumbo hasta la madrugada. Las brisas del amanecer se encargaron de dispersarlas.

Cayeron al fin, sí; pero el soplo más sutil las volvía a elevar. Deshechas hasta lo imponderable, hace ya largo tiempo que han quedado, para siempre, fundidas en el aire invisible y vagabundo.

INDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

QUINTA PARTE

EDITORIAL "MINERVA"
M. Guzmán Maturana
AHUMADA 39-41 — SANTIAGO

IMPRENTA UNIVERSITARIA
ESTADO 63 — SANTIAGO